



Agustín Moreto

# **Primero es la honra**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Agustín Moreto

## Primero es la honra

PERSONAS

EL REY DE SICILIA.

FEDERICO.

EL MARQUÉS.

EL ALMIRANTE, viejo.

LA REINA.

PORCIA.

LAURA, criada, graciosa.

TORREZNO, criado, gracioso.

CELIA, criada.

CLAVELA, criada.

FENISA, criada.

DAMAS. -CRIADOS

MÚSICOS.

La escena es en Palermo.

Jornada primera.

Calle-Noche.

ESCENA I

EL REY, EL MARQUÉS, MÚSICOS

REY. Marqués, ya estáis enfadoso;  
quien me viene a acompañar,  
no me viene a aconsejar.

MARQUÉS. Sin ser, Señor, sospechoso  
puedes lograr tu deseo;  
que no le está bien a un rey,  
que es custodia de la ley,  
publicar un galanteo  
de una hija de un almirante,  
a quien Sicilia pregona  
que, debe más tu corona  
que el cielo al nombre de Atlante.

Y este recato, Señor,  
que mi advertencia te mueve,  
más a la Reina se debe  
que al respeto de su honor,  
pues siendo en la sucesión  
de Nápoles heredera,  
por ella Sicilia espera  
destos dos reinos la unión;  
y cuando acuerdo tan sabio  
no se deba a esta ventura,  
Te merece su hermosura  
el recato del agravio.

REY. Sólo por eso lo siento;  
pero es tal mi ceguedad,  
que arrastra mi voluntad  
a todo mi entendimiento.

Ya veo la estimación  
que debo a mi esposa bella;  
Mas ¿he de dejar por ella  
abrasar mi corazón?

Ya veo que al Almirante  
debo conforme amistad,  
amor, fineza y lealtad,  
siendo en mi reino el Atlante;  
mas si Porcia es mi homicida,  
¿Cómo quieres que en sus ojos  
prefiera yo sus enojos  
al peligro de mi vida?

Mil noches aquí he venido  
a verla osado y resuelto,  
y sin conseguirlo, he vuelto  
desesperado y corrido;  
y así, estoy determinado  
a que pasees la calle  
con la música, por darme  
ocasión a su cuidado.

Aquí retirarme intento;  
cantad sin hacer reparos;  
que si ella sale a escucharos  
con verla estaré contento.

MARQUÉS. Si ya estás determinado,  
no te quiero replicar.

REY. Pasando podéis cantar,  
mientras yo estoy retirado.

MÚSICA. Salid, hermosos luceros,  
que de las luces del alba  
tenéis las veces en Porcia,

cuando nace en sus; ventanas.

ESCENA II.

FEDERICO Y TORREZNO, con espadas y broquetes. -DICHOS.

TORREZNO. ¿Musiquita en nuestra calle,  
señor?

FEDERICO. Algo me ha inquietado,  
aunque es vano mi cuidado;  
porque ¿quién puede estorballe  
a la ociosa juventud  
de la corte este ejercicio,  
que con señales de vicio,  
suele a veces ser virtud?

TORREZNO Si esto es virtud y agasajo,  
y a tu dama se le aplica,  
será una virtud que pica.

FEDERICO ¿Cuál es esa?

TORREZNO. La del ajo.

FEDERICO. ¿Quién quieres que a Porcia bella  
mire, siendo yo su amante,  
y mi tío el Almirante  
quiere casarme con ella?

TORREZNO. Conozcámoslos muy bien;  
ven, que así te satisfaces.

FEDERICO. Tente, Torreznó; ¿qué haces?

TORREZNO. Echar mano a la sartén.

MARQUÉS (Al Rey)

Señor, allí se han parado  
a oír.

REY ¿Qué importa? Cantad,  
y la calle pasead  
sin recelo y sin cuidado.

MÚSICA. El sol de los bellos ojos  
de la noche a la mañana  
sopla la luz del que ausente,  
vencido de Porcia falta.

FEDERICO. ¿Qué escucho?

TORREZNO. ¡Oh músico astuto!  
Embistamos.

FEDERICO. ¡Ay de mí!

TORREZNO. Quien de Porcia cantó aquí  
ha mentado, si no es Bruto.

FEDERICO. ¿Quién va?

TORREZNO. Venga quien viniere;

¿Agora estás preguntando,  
cuando estoy yo reventando?

Caballero, sea quien fuere...

MARQUÉS. Cantad.

TORREZNO. Tú lo cantarás;

y tú abrirás un garguero,

que te cante por enero

Como gato.

MARQUÉS. Cantad más.

MÚSICA. Fénix del sol es la muerte,

pues le logra la distancia.

FEDERICO. A tan soberbia arrogancia

se castiga desta suerte.

(Sacan las espadas).

REY. Morirán, viven los cielos,

pues sacaron las espadas.

(Éntranse todos por un lado, riñendo, y salen por otro).

Calle. -Zaguán de la casa del Almirante.

ESCENA III

EL ALMIRANTE, CRIADOS, con luces. -DICHOS.

TORREZNO. A ellos, Señor, estocadas

como quien hace buñuelos.

ALMIRANTE. (Dentro).

Luces criados. ¿Aquí

espadas?

TORREZNO. Ea, gallinas.

MARQUÉS. Ah Señor, ¿qué determinas?

que sacan luz.

REY. Ven tras mí.

(Vase con el Marqués y los músicos, y al pasar por delante del zaguán, salen los criados con hachas encendidas).

ALMIRANTE. (Al salir).

¿Quién va? Tened las espadas.

FEDERICO. (Aparte).

¡El Rey fue, cielo divino!

ALMIRANTE. Pues Federico, sobrino,

¿a mi puerta cuchilladas?

Entra adentro.

FEDERICO. (Aparte a Torrezno).

¡Ah amor tirano!

De la luz al resplandor

Conocí al Rey.

TORREZNO. Yo al olor,

porque olía a franchipano.

(Entran por una puerta, y salen por otra).

Habitación en la casa del Almirante.

ESCENA IV.

EL ALMIRANTE, CRIADOS; FEDERICO, TORREZNO.

ALMIRANTE. (A los criados, que se retiran).

Retiráos. -Di lo que pasa,  
Federico; ¿qué has tenido?

FEDERICO. Señor, algún atrevido,  
que al decoro desta casa  
perdiendo estaba el respeto.

ALMIRANTE. ¿Cómo?

FEDERICO. Dando a sus balcones  
Música en necias canciones.

ALMIRANTE. Tú hiciste necio conecto,  
porque esta casa por ley,  
siendo la de un almirante,  
en decoro, semejante  
es al palacio del Rey;  
y el que lo mira discreto,  
más que un exceso ha de hallar  
antes que llegue a pensar  
que la pierden el respeto.  
Pensarlo es juicio liviano,  
porque canten a un balcón;  
que no ofende la intención  
donde no puede la mano.

En otra casa no ignoro  
que ofensa el cantar sería,  
no, Federico, en la mía,  
guardada de mi decoro;  
que quien porque eso ha sentido  
forma en su casa querella,  
presume que hay riesgo en ella  
por donde ser ofendido.

Mira tú, el respeto dando  
a mi casa que se debe,  
si eres tú quien se te atreva  
o los que estaban cantando.

TORREZNO. Buena doctrina, por Dios,  
con lo que cantando estaban.

ALMIRANTE. Pues ¿qué era lo que cantaban?

TORREZNO. Uno a uno, y dos a dos.

ALMIRANTE. ¿Qué decía?

TORREZNO. Linda quimera,  
y a Porcia.

ALMIRANTE. ¿A Porcia señalas?

TORREZNO. Sí, Señor, y en coplas malas;  
que malo a ser buenas, fuera;  
y hacer a tina dama bella  
un galán, lleno de amor,  
malas coplas, es peor

que torear mal por ella.  
FEDERICO. No soy yo tan desatento,  
que errar pude esa atención.  
TORREZNO. Digo que tuvo razón;  
que es esto ya atrevimiento.  
ALMIRANTE. Federico, aun siendo así,  
no has hecho bien, si el castigo  
malograste; entra conmigo.  
Pero Porcia viene aquí.

#### ESCENA V

PORCIA, LAURA. -EL ALMIRANTE, FEDERICO, TORREZNO.

PORCIA. Padre y señor, con cuidado  
me ha tenido aquel rumor;  
mas ¡qué miro! ¿sin color  
Federico, y tan turbado?

FEDERICO. (Aparte).

Ya no miro como amante  
a Porcia en tantos recelos;  
agora siento mis celos,  
que está la causa delante.

PORCIA. Señor, ¿qué rumor ha habido  
aquí esta noche?

ALMIRANTE. Hija mía,

Alguna necia porfía  
de mis criados ha sido;  
para tu cuidado es nada,  
pues saber te importa más  
que mañana quedarás  
con Federico casada.

PORCIA. Pues, Señor, ¿cómo?

ALMIRANTE. En ti es ley

obedecer y callar  
y en mí el irlo a efectuar,  
pidiendo licencia al Rey.  
(Vase).

#### ESCENA VI

PORCIA, LAURA, FEDERICO, TORREZNO.

LAURA. Señora, albricias te pido.

PORCIA. Laura, tendrás las mejores,  
pues por dártelas mayores  
se las pido a Federico.

FEDERICO. ¡Ay de mí!

PORCIA. ¿Cómo, Señor?

Primo, pues ¿tú suspirando,  
cuando yo estoy esperando

parabienes de tu amor?

TORREZNO. (Aparte).

Esto es como la casada,  
que viéndole con desdén,  
pidió al novio el parabién  
y era que estaba preñada.

PORCIA. Pues ¿qué es esto, Federico?

¿Tú enmudeces, cuando loca  
tan justo placer me tiene?

¿Tú suspenso?

TORREZNO. Sí, Señora,  
suspenso e irregular.

PORCIA. ¿Irregular? ¿de qué forma?

TORREZNO. Porque ha andado a cuchilladas,  
con un hombre de corona.

PORCIA. ¿Qué ha sido esto, Federico?

FEDERICO. Pluguiera a los cielos, Porcia,  
que yo hubiera enmudecido  
antes que tan dolorosas  
voces y quejas saliesen  
del corazón a la boca.

Porcia, mi amor acabó,  
y su llama abrasadora,  
o la apagó helado soplo,  
o se consumió a sí propia.

Que se apagó dije; miento,  
que antes ya más poderosa  
crece en mí para tormento  
la que ardió para lisonja.

El efecto solamente  
te he dicho de mi congoja,  
no la causa, que ella misma  
da a entender que no la ignoras:  
porque el Rey, Porcia, en tu calle  
con música escandalosa,  
que en sus canciones tu nombre  
por más fineza pregona,  
no viniera ni intentara  
escándalos tan a costa  
de tu fama, a no tener  
favores que le ocasionan.

Amante que se publica  
sus posesiones blasona;  
que el que en desprecios pretende,  
con el recato soborna.

Tú, Porcia, tú y tus favores  
le llaman y le provocan;



tu letra es; mas no presumas  
que es esto queja, Señora,  
que yo no puedo tenerla  
sino de mi suerte corta,  
pues tú aciertas tu fortuna,  
aunque yerras la victoria.  
Porque aunque sea en desprecio  
del amor que me apasiona,  
negar no puedo que ha sido  
cuerda elección, y aun forzosa,  
dejar la rústica flor  
por el clavel, que corona  
de olorosas majestades  
la púrpura de sus hojas.  
El clavel, Porcia, es el Rey,  
yo la flor humilde y tosca,  
que solo nació a ser una  
entre el vulgo de las otras.  
En él brinda a que le elijan  
aquella encendida pompa,  
que en ámbares carmesíes  
vierte el carmín que le adorno.  
A mí me humilla un matiz  
tan pálido, que aun no cobra  
mas color con la vergüenza  
de ver que por él me arrojan.  
La mejor tu mano elige,  
mi estrella pierde por poca,  
el Rey te gana por grande,  
y tú quedas más dichosa.  
Lógrale pues, y a mi tío  
propón tú la causa ahora  
que más conveniente sea  
para excusar nuestras bodas.  
Pues dándote la palabra  
de que mi labio no rompa  
las cláusulas del silencio,  
que a tan grave caso importa,  
yo vendré en cuanto dijeres,  
aunque me culpes, Señora,  
añadiendo esta fineza  
para remate de todas,  
que aunque no sea agradecida,  
poco, entre tantos, importa  
que esta por última siga  
la desdicha de las otras.  
Solo siento que en mi pena

no merece a mi congoja  
tu desagradecimiento  
el tierno llanto que llora.  
No te debo este dolor;  
pero aunque así lo conozca,  
sin darte queja de ingrata  
de falsa ni de alevoso,  
solo iré a llorar mi suerte.  
Vierta pues la ardiente copia  
de lágrimas y suspiros  
que ya en el pecho me ahogan:  
que aunque más que a ti, los debo  
a tan mal gastadas horas,  
yo los daré al mar y al viento;  
cóbrellos el que le toca.

(Hace que se va).

PORCIA. Federico, aguarda, espera.

(Ap. ¡Ay cielos! cuán a mi costa

me ha salido la fineza  
de haber callado hasta ahora

El amor del Rey, pues dél  
me resulta una deshonra).

Vuelve, Federico, escucha.

FEDERICO. ¿Qué es lo que me quieres, Porcia?

TORREZNO. Antes no te quiere nada;  
que ese es el pleito.

PORCIA. ¿Qué sombras,  
qué ilusiones, qué apariencias  
son estas que te apasionan?

FEDERICO. La sombra, Porcia, es mi amor,  
la apariencia fue su gloria;  
que estar el Rey en la calle  
no fue apariencia ni sombra.

PORCIA. ¿Qué rey, Señor?

TORREZNO. El de espadas;  
que pensó venir de copas,  
y sobre mí puso bastos.

LAURA. ¿El Rey sobre ti?

TORREZNO. En persona.

LAURA. ¿Tú viste al Rey?

TORREZNO. Y al caballo;  
y si sales tú, a la sota,  
y había una tercia real.

PORCIA. Federico, quien te enoja  
puede ser que sea tu antojo,  
tu aprensión o tu memoria;  
porque ni yo sé del Rey,

ni si ciego me enamora,  
ni si músicas me ha dado;  
que mi atención está sola  
en tu amor, a quien el alma  
ha tantos años que adora  
como amante y como dueño,  
y con suerte tan dichosa,  
que es de mi amante precepto  
lo que es del alma lisonja.

FEDERICO. Eso sí, niégalo todo;  
claro está que tú lo ignoras:  
porque un Rey enamorado,  
y que la calle te ronda,  
y que tu nombre publica  
en canciones amorosas,  
no es para que tú lo sepas,  
ni es posible que lo oigas,  
cantándolo a tus balcones.

¡Viven los cielos, Señora,  
que harás que me desespere,  
si pretendéis, cautelosa,  
que en una traición tan clara  
piense yo que tú la ignoras!

PORCIA. ¿Qué quiere decir traición?  
Señor, el labio reporta,  
que echas a perder la queja  
si en el decoro me tocas.

FEDERICO Pues ¿no es traición el negarlo?  
Quien niega una queja toda,  
supone que en lo que niega  
hay delito que le toca.

PORCIA. Y cuando yo lo supiera,  
¿es consecuencia forzosa,  
que porque el Rey me festeje,  
mi pecho le corresponda?  
¿No pudiera ser saberlo,  
y callarlo quien te adora;  
siendo fineza, y no culpa,  
excusarte una zozobra?

¿Ha habido mujer alguna  
que por ser atenta, loca  
a quien quiere bien le diga  
que otro galán la enamora?

Es buena satisfacción  
he quererle el darle, a costa  
del dolor de verte triste,  
a su amante una congoja?

¿No puedo ser yo quien soy,  
sin que tú el riesgo conozcas?

¿He menester yo tu pena  
para defender mi honra?

Y cuando nada en mi abono  
mi decoro aquí suponga,  
y a mí me quieras, hacer  
mujer común como todas,  
cuanto puedes pensar es  
que admito al Rey, y engañosa  
quiero casarme contigo,  
para encubrir mi deshonra.

¿Puedes pensar más de mí?

Pues mira si esto conforma  
con darme música el Rey  
y hacerme infamia notoria.

¿Puedo ser tan necia yo,  
cuando a engañarte me ponga,  
que un escándalo permita,  
que mi liviandad pregona?

No, Federico, no cabe;  
que no es mi razón tan poca  
que has de suponerme necia,  
ya que libre me supongas,  
y pues no puede ser eso,  
y el mismo indicio te informa  
que implica con tu sospecha,  
véte, Federico, ahora,  
y advierte que si en tu vida  
mirarme a los ojos osas,  
has de hallar del basilisco  
en su vista la ponzoña.

(Hace que se va).

FEDERICO. Señora, Porcia, mi dueño,  
escucha, espera; que tomas  
de un delito, que es fineza,  
la venganza muy costosa.

Aguarda.

PORCIA. ¿Qué he de aguardar?

TORREZNO. ¿Ven aquí ustedes? Erróla,  
y ahora la pide trocada,

FEDERICO. Si hallo un rey que te enamora,  
si a mí en méritos me falta  
lo que a él en poder le sobra...

PORCIA. ¿Qué es que me enamora un rey?

Pues eso, Señor, ¿qué importa,  
para pensar tú de mí

que, habiendo de ser tu esposa,  
puedo yo corresponderle?  
Porque él me, quiera, ¿es forzosa  
la liviandad en mi pecho,  
y en su empeño la victoria?  
¿Mi albedrío está en su intento?  
O yo puedo por mí sola  
obrar bien y mal, o no:  
si puedo, es sentencia loca  
dar por hecho en mí el delito  
sólo porque él me enamora;  
si no puedo y se gobierna  
mi voluntad por la otra,  
no soy yo quien te comete.  
Quéjate de quien te enoja.  
FEDERICO. Ya veo, Porcia, que erré;  
mi desconfianza propia  
es tanta como mi amor;  
yerro fue della, perdona.  
PORCIA. Luego estás ya de mi amor  
satisfecho?  
TORREZNO. Sí, señora,  
Satisfecho, mas no hartó.  
FEDERICO. La razón es poderosa.  
PORCIA. Ah, sí. ¿que fue la razón  
quien te ha vencido? Bien doras  
el yerro de la sospecha;  
pues ¿no fuera más airosa  
fineza que tú le dieras  
a mi fe aquesta victoria  
que a la razón, Federico?  
FEDERICO. Siendo ella tuya, ¿qué importa?  
PORCIA. Pues pídele a la razón  
que te favorezca ahora.  
TORREZNO. Ea, fulleros de amor,  
que os dais con la retirada,  
si esto ha de parar en bien,  
para qué son carantoñas?  
Dáos las manos, porque acabe  
esta cena en pepitoria.  
Ea, Señora...  
PORCIA. No quiero.  
TORREZNO. Ese es cabe, golpe en bola.  
FEDERICO. ¿Que no queréis, Porcia?  
PORCIA. No.  
FEDERICO. ¡Cómo en el rendido corta  
la espada!

PORCIA Si eso confieras,  
los brazos y el alma toma. (Abrázale).  
FEDERICO. En ellos te doy la mía.  
TORREZNO. Aquí paz, y después olla.  
FEDERICO. Porcia, a asistir a mi tío  
voy a palacio.  
PORCIA. ¡Qué corta  
es la vida del contento!  
FEDERICO. ¿Quejaste?  
PORCIA. No; que es forzosa  
obligación.  
FEDERICO. Pues licencia  
Te pido.  
PORCIA. Tú te la toma;  
basta que yo ponga el cuello  
sin el cuchillo.  
FEDERICO. ¿Te enojas?  
PORCIA. Sentimiento hay sin enojo.  
FEDERICO. Presto, volveré, Señora.  
PORCIA. ¿Vas sin susto?  
FEDERICO. Voy temiendo...  
PORCIA. ¿A quién?  
FEDERICO. A un rey que te adora.  
PORCIA. Eso es no fiar de mí.  
FEDERICO. Su poder es quien me asombra.  
PORCIA. Pues ¿qué puede?  
FEDERICO. Ser tirano.  
PORCIA. Conmigo no puede.  
FEDERICO. ¡Ay Porcia!  
PORCIA. ¿No has creído que soy tuya?  
FEDERICO. Pues ¿de qué vivo yo ahora?  
PORCIA. Véte pues.  
FEDERICO. De amor voy cierto.  
(Vase).  
PORCIA. Lo demás a mí me toca.  
(Vase).

## ESCENA VII

LAURA, TORREZNO.  
TORREZNO. ¡Lindo par de huevos frescos!  
¿Qué digo, señora hermosa?  
LAURA. Laura me llaman.  
TORREZNO. Ya sé  
que eres Laura la inventora,  
y sé que eres alcarreña,  
y sé que eres socarrona.  
LAURA. Mucho sabes.

TORREZNO. Soy Torrezno.

LAURA. Y en fin, ¿qué quieres ahora?

TORREZNO. Ser tuyo.

LAURA. Y ¿qué me darás?

TORREZNO. Concierto ante todas cosas.

En seis años un vestido:

por pascua un jubón, la ropa

otra Pascua, la basquiña

otra, el guardapiés en otra;

otra el calzado, otra el manto,

para que las tape todas.

LAURA. Pues ¿no es mejor todo junto?

TORREZNO. Guarda; que las hembras todas,

en pescándole a uno cuanto

puede dar, dicen a roga.

LAURA. ¡Ay, que seré yo tu esclava  
si me das vestido!

TORREZNO. ¡Ay boba!

Que he leído yo a Quevedo,

y sé que las socarronas

son como el perro.

LAURA. Pues ¿qué

tiene el perro?

TORREZNO. Punto en boca.

Un perro junto a una mesa

con vista está tan devota,

que le cuenta los bocados

a su amo y si le arroja

un bocado, se le engulle

sin mascar, y luego torna

a su atención de hito en hito.

Échale otro, y de la forma

se le traga que el primero,

y vuelve luego a la nota;

que dándole poco a poco

se está la comida toda

sin faltar de allí un instante.

Mas si el amo está de gorja

y le arroja un panecillo,

entre los dientes le toma,

y dando un brinco, se zafa,

y en todo el día no torna:

Verbi gracia...

LAURA. Hermano mío,

quien tanto sabe, a Bolonia.

TORREZNO. Entre bobos anda el juego.

LAURA. Anda, chulo.

TORREZNO.                    Anda, peonza.  
(Vanse).

Sala del palacio

ESCENA VIII

LA REINA, EL ALMIRANTE, MÚSICOS.

MÚSICA. Así Vireno culpa

la desgraciada Olimpa,

cantando sus finezas,

llorando sus desdichas.

(Vanse los músicos a una seña de la Reina).

ALMIRANTE. Señora, vuestra alteza

de su pasión reprima

la pena, y no la esfuerce

su injusta tiranía.

REINA. ¡Ay Almirante! ¡ay padre!

Que ya la pena mía,

como de padre, en vos

su alivio solicita

ya rompe en mi silencio

el coto de la orilla,

el mar de mi congoja

donde el alma pelagra.

De Nápoles princesa,

a reina de Sicilia

me trajo vuestra mano,

mas la elección fue mía;

que cuando por alivio

os busco en mis fatigas,

no os quiero hacer la causa

de lo que en mí es desdicha.

Logré alegre en mi esposo

las primeras caricias,

mas como de quien eran

duró en mí la alegría;

que de los desdichados

se deja hallar la dicha,

y viene más colmada

por matar más perdida.

Desde aquellas finezas,

que acaso eran fingidas,

espero las segundas

y aun menos mal sería

vivir con esperanza;

que su entereza esquiva,

por si este era consuelo,



también ya me la quita.  
Del Aries a los Peces  
su curso el sol termina,  
sin que yo al dulce lecho  
le mereciese un día.  
Cuando estoy a sus ojos  
me agravia con la vista,  
pues para más tormento  
me ven y no me miran.  
Si quiero hablar quejosa,  
lo advierte y se retira,  
y aun antes de escucharla  
la queja me castiga.  
Si lloro, más le ofendo,  
si callo, no se obliga,  
ni el tolerar merece,  
ni el padecer lastima.  
Ni aun me vale el retiro,  
pues cuando dél me libra,  
le veo en mi memoria  
con la dureza misma.  
Llorando el sol me deje,  
y el alba al sol imita,  
la aurora me consuela,  
que me hace compañía.  
Ni ve día ni noche  
mi amor con luz distinta;  
que en mí son siempre iguales  
las noches y los días.  
Dese jardín las plantas  
amanecen floridas,  
y a puro llanto mío,  
anohecen marchitas.  
Mirando en mis pesares  
valor que los resista,  
cansada de la queja,  
me quejo de la vida.  
No os pido yo, Almirante,  
remedio a mi desdicha;  
que sé que no ha de darle  
mi estrella vengativa.  
A que veáis que tengo  
razón mi pena aspira  
¡triste del pecho a quien  
tan poco bien te alivia!  
ALMIRANTE. Aseguro, Señora,  
que al oír vuestra queja,

vuestro dolor me deja  
tan ofendido agora,  
que al buscar el remedio,  
aunque muera por vos, no temo el medio.  
Y por mí mismo os digo,  
pues me toca el agravio,  
que no atará mi labio  
el temor del castigo;  
que ya violencias vanas  
No amenazan peligro en estas canas.

Vuestra alteza su llanto  
reprima, gran señora;  
no pierda lo que llora  
quien ha sufrido tanto;  
que es mozo el Rey, y ha errado  
inadvertido o mal aconsejado  
REINA. Pues ¿qué enmienda habrá agora,  
si es amor, por más pena,  
quien de mí le enajena?

ALMIRANTE. ¿Sabéislo vos, Señora?

REINA. Eso es lo que yo lloro.

ALMIRANTE. Y ¿sabéis vos a quién?

REINA    La causa ignoro.

(Ap. Mayor hiciera el daño  
si le dijese agora  
que es Porcia a quien adora;  
mas puede ser engaño,  
y mal averiguada,  
no es para mí una queja tan pesada).

ALMIRANTE. Pues válgaos la esperanza,  
Señora, del consuelo,  
cuando a mí deste duelo  
tanta parte me alcanza,  
que todo medio tiene.

REINA. Ningún alivio a mi dolor conviene;  
sólo uno lo sería,  
que vos me habéis negado:  
a Porcia he deseado  
ver.

ALMIRANTE.        No pasará el día  
sin que la mano os bese:  
y hoy, porque más venturas interese,  
casarla he prometido;  
y la ocasión convida  
a que licencia os pida  
cuando al Rey se la pido.

REINA. (Ap. ¡Qué es lo que escucho, cielos!

Ocasión tengo de saber mis celos).

Yo me alegro, Almirante,  
que la tengáis casada,  
que de bien empleada  
es indicio bastante;  
pero la diligencia  
me ceded de pedir al Rey licencia.

ALMIRANTE. Es colmarme de honores.

Mas el Rey... Aquí espero  
a hablarle.

REINA. Yo no quiero  
Aumentar mis temores.

ALMIRANTE. Pues ¿cómo autor se aleja?

REINA. Es por no dar más causas a la queja.  
(Vase).

ESCENA XX.

EL REY. EL MARQUÉS. -EL ALMIRANTE

REY. Marqués, esto no es posible;  
que es sólo amor mi deseo,  
porque ardor tan imposible  
como el que en mi pecho veo,  
sin duda es mal más terrible.

MARQUÉS. (Ap. al Rey).

Disimula tu dolor,  
Señor, porque está delante  
El Almirante.

REY. ¡Ay amor!

Yo estoy rendido a su ardor,  
y no es posible.- ¿Almirante?

ALMIRANTE. Gran señor.

REY. Hoy he sabido  
una nueva, que me ha dado  
cuidado.

ALMIRANTE. Pues ¿de qué ha sido?

REY. Que el pueblo se ha levantado  
en Mecina.

ALMIRANTE. Ya he tenido

yo el aviso, gran Señor,  
y el remedio se previene;  
mas no asustó mi valor,  
porque otro riesgo hay mayor,  
que vuestra corona tiene.

REY ¿Riesgo? ¿qué decís? Hablad.

ALMIRANTE. Y grave.

REY. De declararos  
Con más presteza acabad.

ALMIRANTE. Solo, Señor, he de hablaros.

REY. ¿Marqués?

MARQUÉS Señor.

REY. Despejad.

(Vase el Marqués).

ESCENA X

EL REY, EL ALMIRANTE.

REY. Decid.

ALMIRANTE. Si se le ha de dar

su lugar a la razón,

vos no podéis ignorar

que el mayor riesgo es faltar

un rey a su obligación.

Vos, Señor, se la tenéis

de la Reina a la persona.

Tanto, que bien conocéis

que a su mano le debéis

la quietud de la corona.

Nápoles, que pretensión

a aqueste reino tenía,

os la cedió por su unión,

dejando en la sucesión

unida esta monarquía.

Y debiendo tanto amor

a la Reina y su decoro,

vos divertido, Señor...;

mas yo supondré el error,

advertid que no lo ignoro.

Y aunque a mi oído llegó,

notad que no os le repito,

que un vasallo, aun como yo,

nunca a su rey repitió

sin libertad un delito.

Si sabe esta sinrazón

Nápoles, y osados vienen,

¿qué hará su resolución,

si al derecho que ellos tienen

le añadís esta razón?

Y cuando este riesgo quiera

despreciar vuestro valor,

¿Sicilia no os reprimiera

por el amor con que espera

de vos digno sucesor?

Y si empeño tan forzoso

no os mueve, que es desventura,

¿como olvidáis, riguroso,

la deuda de su hermosura  
y la obligación de esposo?  
Si este yerro a cometelle  
os ha obligado el tener  
otro gusto, al poseelle,  
¿Dejaréis vos de tenelle  
por no dárselo a entender?  
Si os ofende mi osadía,  
mi cabeza a vuestra diestra  
ofrezco con alegría;  
pero sabed que en la mía  
cortáis mucho de la vuestra.  
REY. (Ap. Con temor le he estado oyendo,  
porque ya tuve creído.  
Que, como mi mal, supiera  
la causa de mi martirio).  
Almirante, ya que vos  
sabéis este yerro mío,  
os quiero dar el descargo  
como a juez de mi delito;  
esto es por satisfaceros,  
porque tengáis entendido  
que os respondo como a padre  
y os escuché como amigo.  
Yo me casé enamorado  
de una beldad, cuyo hechizo,  
para disculparlo todo,  
me dejó sin albedrío.  
Bien sabéis vos que al casarme  
lo resistí, y que vos mismo,  
por conveniencia del reino,  
me llevasteis al peligro.  
Yo hallé en mi esposa las prendas  
que vos veis y yo publico;  
que la razón arrastrada  
no quita el uso al sentido.  
Mas aunque así lo conozco,  
cada instante que imagino  
que es la nube que me estorba  
el sol cuyos rayos sigo,  
es para mi pecho un áspid,  
a la vista un basilisco;  
y como si fuera cierto,  
huyo en ella mi peligro.  
Reconociendo mi error.  
Varios remedios me aplico;  
procuro olvidar la causa,

y es el daño a quien olvido;  
que es el olvido cobarde,  
y como huye de mi alivio,  
le hallo más lejos de mí  
cuanto más hacia él camino.

Almirante, yo no hallo  
remedio a los males míos,  
sino es morir, porque veo  
que un imposible conquisto.

Yo estoy sin mí, yo no mando  
mi razón, yo no la rijo;  
poder superior me arrastra,  
sin ser dueño de mí mismo.  
Yo perdí el entendimiento,  
y a mi voluntad me rindo;  
y mirad si estoy sin mí,  
pues esto a vos os he dicho.

ALMIRANTE ¡Válgame el cielo! ¿Es posible,  
Señor, que os hayáis rendido  
a una pasión que tan poco  
os debisteis al principio?  
Pues tantos riesgos...

REY. ¿Qué riesgos?

¿Es alguno más que el mío?

¿Puede cuidar del ajeno  
quien muere de su peligro?

Almirante, esta pasión  
no es pasión, sino delirio;  
yo me muero, yo me abraso,  
esto es fuerza del destino;  
Yo pierdo...

ALMIRANTE. Señor, templáos;

¿vos descompuesto? El delito  
no es el mal, sino el remedio  
mal aplicado al peligro.

Ya el delito os aconsejo:  
que de dos males precisos,  
El menor. -¿Quién es la causa?

REY. No puedo, pues no os lo digo.

(Ap. ¡Ay Porcia! Yo he estado loco,  
pues así me precipito).

Almirante, aquesta llama  
tiene diferentes visos  
cada instante; yo estoy ciego,  
y más reportado, os digo  
que procuraré vencerme  
por vos y lo que os estimo,

y no hablemos más en esto.

(Ap. Precipitarme he temido).

ALMIRANTE. (Ap. ¿Qué enigmas pueden ser estas?

¡Válgame el cielo divino!)

La Reina viene, Señor.

REY. Pues yo de aquí me retiro.

ALMIRANTE. Mirad que viene mi hija,

y su alteza ha de pedirnos

una merced para ella.

REY. (Aparte)

No he de poder encubrirlo.

#### ESCENA XI

LA REINA, PORCIA, FEDERICO, TORREZNO, DAMAS. -DICHOS.

REINA. (Ap A averiguar voy mis celos

temiendo lo que averiguo).

Señor, para agradecer

a Porcia el haber venido

a verme, os vengo a pedir

una merced.

REY.                      Justa ha sido.

REINA (Aparte)

De ella no aparta los ojos;

ya di un paso en el indicio.

FEDERICO. (Ap. a Torrezno).

¿Mira el Rey a Porcia?

TORREZNO

Al sesgo;

mas parece de hito en hito

gato que acecha ratón.

REY. Y ¿cuál la merced ha sido?

REINA. Licencia para casarla

con Federico, su primo.

REY. (Ap. ¡Qué es lo que he escuchado, cielos!

¿Con quién decís?

ALMIRANTE.

Mi sobrino.

(Ap. Parece que el Rey lo extraña).

REINA. (Aparte)

Todo el color ha perdido;

ya hay otro testigo más.

FEDERICO (Ap. a Torrezno).

Mi vida en su boca miro.

TORREZNO. Si, ya te tiene entre dientes.

ALMIRANTE. Yo Señor, también os pido

esta merced.

REY. (Ap. ¡Sin mí estoy!

Ya es sin remedio el peligro).

Y ¿con quién quieres casarla?

ALMIRANTE. Pues ya, Señor, ¿no os he dicho que con mi sobrino?

REY. (Ap. ¡Ay, cielos!)

Pues ¿quién es vuestro sobrino?

(Ap. ¡Notable empeño!)

FEDERICO. Yo soy.

ALMIRANTE. Mi sobrino es Federico, que el ser hijo de mi hermano le hace desta dicha digno!

TORREZNO. (Ap. a Federico).

Mira si estás en su boca, pues tragarte no ha podido.

PORCIA. (Aparte)

¡Cielos, temiendo que el Rey haga empeño de impedirlo, estoy temblando a sus ojos!

REINA. Yo esta merced os suplico.

REY. No la puedo yo negar;

pero tengo a Federico empeñado en otra empresa, y al Almirante, su tío, más digna de su valor;

y no querrán ellos mismos que, teniendo alborotado mi reino, y siendo preciso

su brazo para este empeño, falte a esta empresa su brío.

Ni yo quiero que este riesgo turbe el justo regocijo que se debe a tales bodas.

Almirante, Federico,

Mecina se ha levantado,

y de vuestro valor fío

el sosiego de aquel reino;

tratad luego de partiros.

Sus bodas después, Señora,

se harán sin este peligro,

que por ahora las dilata.

FEDERICO. Y mi espada irá a serviros.

Que es en mí el primer empeño.

ALMIRANTE. Y yo la merced estimo

tanto, que desde palacio

tomaré luego el camino.

(Ap. Mas será con un temor

de dejar acá un peligro,

que del Rey veo en los ojos).

REINA. Señor, pues tan justa ha sido



la dilación de las bodas,  
para después os admito  
la licencia, que agradezco.  
(Ap. Ya mi desengaño he visto).  
Ven, Porcia. (Vase con las damas).  
PORCIA. ¡Yo voy sin alma!  
REY Por vos, Señora, he sentido  
la ocasión de dilatarlo.  
PORCIA. Yo, Señor, sin albedrío  
estoy para esos efectos.  
REY. Decoro es vuestro; mas digo...  
(Ap. ¡Cielos, que no me reporte  
la majestad ni el peligro!)  
PORCIA. Guarde el cielo a vuestra alteza. (Vase)  
REY. (Aparte).  
¿Para qué, si no es contigo? (Vase)

## ESCENA XII

EL ALMIRANTE, FEDERICO, TORREZNO.

ALMIRANTE. Federico, a partir luego.

FEDERICO. (Aparte).

¡Cielos, sin alma respiro!

ALMIRANTE. Vamos pues; ¿qué te suspende?

FEDERICO. Señor, el Rey...

ALMIRANTE. ¿Qué has temido?

FEDERICO. Que de Porcia...

ALMIRANTE. ¿Qué, qué dices?

Cierra el labio, Federico.

FEDERICO. Yo pienso...

ALMIRANTE. No pienses nada.

Y si piensas atrevido,

piensa que Porcia es mi hija;

que lo demás es delirio. (Vase)

FEDERICO. Válgame el riesgo a que voy.

TORREZNO. Este rey está muy fino.

Jornada segunda.

Sala en casa del Almirante.

ESCENA PRIMERA.

EL REY Y EL MARQUÉS, embozados; TORREZNO, con una luz y la espada desnuda.

TORREZNO. Nadie de aquí ha de pasar,

que su peligro no intente.

REY. ¡Que un pícaro sea valiente!

MARQUÉS. Mirad que habemos de entrar.

TORREZNO. Por la punta...

MARQUÉS. Pues a vos

¿Qué os importa?

TORREZNO. El ser criado

Leal y haberme dejado

por guarda aquí contra voz.

Mi amo, celoso y amante,

anhelando fama y gloria,

le va a dar una vitoria

a su tío el Almirante.

Y así, el que entrar o salir

quiere aquí aunque me atropelle,

no sólo he de conocelle,

más también me ha de decir  
quién es y quién fue su padre

su abuelo y fe de bautismo;

y luego ha de hacer lo mismo

por la parte de su madre;

y qué quiere o a qué pasa.

Si es negocio o si es capricho;

y después de haberlo dicho,

se ha de volver a su casa.

REY. Y ¿es esa resolución?

TORREZNO. Y me corre por postrera.

REY. Lo valiente le creyera,

a sufrirlo lo bufón

y ¿todo esto ha de decir

quien aquí, hubiere de entrar?

TORREZNO. Y hay, si me llega a apurar,

otro tanto que añadir.

REY. Pues yo soy. (Descúbrese).

TORREZNO. Señor, ¿vos mismo?

REY ¿Puedo entrar?

TORREZNO. Del mismo modo;

porque lo habéis dicho todo,

menos la fe del bautismo.

REY. ¿Todo?

TORREZNO. Sí; porque he sabido

quién sois, de quién descendéis,

qué intentáis y qué queréis;

que es todo lo que yo pido.

REY. Y ¿qué intento?

TORREZNO. Aunque yo fuerza  
el labio, pienso, Señor,  
que se os descose el amor,  
y entráis a echarle una fuerza.

REY ¿Qué es fuerza?

TORREZNO. Fuerza es probar  
un hombre que quiere bien,  
a lo que sabe un desdén.

REY. Pues lo que os toca es callar.

TORREZNO. No, Señor; que más me toca.

Porque a hablar no me provoque.

REY. Y ¿qué os toca?

TORREZNO. Que me toque  
Algo que tope la boca.

REY. Pues ¿qué la tapa?

TORREZNO. Esa es buena;  
¿Dudáis que el medio más sabio  
de tener atado un labio  
es echarle una cadena?

REY. Yo os la mando.

TORREZNO. Pero yo  
no lo aceto.

REY Pues ¿es malo?

TORREZNO. Tras el mando viene el palo,  
pero la cadena, no.

REY. Pues ¿no queda asegurada  
en mí?

TORREZNO. Suele en la ocasión,  
no dar lumbre el eslabón  
de una cadena mandada.

REY. Que te la daré no ignores,  
si de mí fiarla quierdes.

TORREZNO. Se pierden los mercaderes  
por fiar a los señores.

Y ¿a qué fin guiáis la caza?

REY. Solo a Porcia ver procura.

TORREZNO. Y ¿ha de haber manufactura?  
No sé.

TORREZNO. Pues toro en la plaza.

REY. Pues ponte tú aquí delante.

TORREZNO. ¿No habrá ahí algunos escudos,  
que ha que hacen los hombres mudos  
desde que es su consonante?

REY. Fialos de mí, si mi intento  
logro.

TORREZNO. ¡Bueno! ¿y si no, no?  
¡Pesía mi alma! Pues ¿soy yo,

fiador de saneamiento?

Mas, por si a veros alcanza,

Señor, retiráos aquí.

REY. Bien decís. -Venid tras mí,

Marqués.

TORREZNO. Buena va la danza.

Vanse el Rey y el Marqués.

## ESCENA II

PORCIA, LAURA, CLAVELA, FENISA. -TORREZNO.

PORCIA. Por esta carta he sabido

que, el tumulto sosegado

y el peligro asegurado,

ya de Mecina han partido.

Ya todo me suena el coche

de mi padre.

TORREZNO. (Aparte).

Tira afuera.

¡A qué buen tiempo viniera,

si entrara en casa esta noche!

LAURA. La norabuena te doy.

¿Tú no me das norabuena,

Torrezno?

TORREZNO. Yo estoy pensando

en mi desván.

PORCIA. Pues ¿qué piensas?

TORREZNO. Tengo un queso, y un ratón

hay muy grande, que te acecha;

y si hoy falta de allí el gato,

presumo que me le pesca.

PORCIA. El cuidado es como tuyo.

TORREZNO. Acaso tú lo sintieras,

si conocieras el queso.

PORCIA. ¿De qué es?

TORREZNO. De leche de almendras.

LAURA. Este siempre está de humor.

Señora, a acostarte entra;

que es tarde.

PORCIA. ¡Ay Laura! no sé

qué mi corazón desvela;

que aun esta nueva no vence

los temores de la ausencia.

No me quiero recoger

tan presto. -Toma, Clavela,

la arpa, y cauta aquellas coplas

de ausencia.

TORREZNO. Y con tu licencia

yo iré a oír las en la cama.

PORCIA. ¿Por qué te vas tan apriesa?

TORREZNO. Señora, porque el torrezno  
hace mal de noche.

PORCIA. Espera

### ESCENA III

EL REY, que observa oculto desde el cancel. -DICHOS.

REY (Ap. donde está oculto).

Amor, buena es la ocasión.

TORREZNO. Señora, no me detengas.

PORCIA. Pues ¿por qué?

TORREZNO. Porque el ratón

ya ha asomado la cabeza.

PORCIA. Pues tú ¿por dónde le has visto  
de aquí?

TORREZNO. Por una tronera  
que hay desde aquí a mi aposento.

Señora, salir me deja;  
que le está echando unos ojos,  
que le muerde la corteza.

PORCIA. No te has de ir. -Clavela, canta.

Laura, esa almohada me acerca.

(Siéntase Porca en la almohada que le,  
acerca Laura, y toma Clavela el arpa).

CLAVELA. (Canta).

Despacio, suspiros tristes;  
no acaso el amor entienda  
que está mal con el dolor  
quien está bien con la queja.

REY. (Ap. al paño).

¡Ay Porcia, ay divino encanto  
de mis pérdidas potencias!

Mas si a este precio te adoro,  
poco la dicha me cuesta.

CLAVELA. (Canta).

¡Ay ausente, cuánto tardas!

¡Ay qué lejos, ay qué cerca  
quiere amor que no te mire,  
y quiere amor que te sienta!

PORCIA. Y ¡cómo que tarda, ay triste!

No sé qué el temor me hiela  
que el aviso de que viene  
parece que me le aleja.

Gran falta hace a un corazón  
lo que adora.

TORREZNO. (Ap. a Laura).

Aún no sabe ella  
cuán gran falta es la que hace  
un galán con el ausencia.

LAURA. Pues ¿qué falta puede hacer?

TORREZNO. Que si esta noche no llega.

Puede ser que le haga nueve.

LAURA. ¿Qué es nueve?

TORREZNO. Acá es una cuenta.

CLAVELA. (Canta).

Desde aquel amargo día  
de la despedida nuestra  
no hay muerte que yo no viva,  
ni vida que yo no muera.

(Duérmese Porcia).

LAURA. Dormida está mi señora.

No prosigas ya, Clavela;  
fuerza será retirarnos.

TORREZNO. Y ¡cómo que será fuerza  
en entrándonos nosotros!

LAURA. Pues vámonos acá fuera.

(Vase con Clavela, Fenisa y Torrezno).

#### ESCENA IV

EL REY; PORCIA, dormida.

REY Sola y dormida ha quedado.

Amor, ¿qué ocasión deseas  
mejor para tu esperanza? (Sale).

Mas ¡qué divina belleza!

Más hermosa está dormida,  
y en mi más temor despierta.

Sol dormido, en quien procura

la noche lucir desmayos,

¿cómo encubiertos tus rayos

dan más luz a tu hermosura?

Sin tus ojos es más pura;

¿cúyo será este trofeo?

Pero ya la causa veo

de lucir más que despierta;

que una hermosura encubierta

se mira con el deseo.

Viendo asombro tan perfeto,

no osa llegar mi temor;

que cuanto crece mi amor

crece también mi respeto.

Si de amor nace este efeto,

y tú te aumentas dormida,

duerme, mujer, advertida

(Porque yo me vuelva atrás)  
que cuanto durmieres más,  
estarás más defendida.  
Con mi fineza me impido  
llegar a templar mi ardor,  
porque no es fino el amor  
que puede ser atrevido.  
Mas si la ocasión ha sido  
quien me lleva, en esta acción  
no ofende mi adoración:  
libre está amor del intento,  
porque aquí mi atrevimiento  
es hijo de la ocasión.

Tocaré su mano hermosa.

(Despierta Porcia).

PORCIA. ¿Qué es esto? ¡Ay de mí! ¿Quién llega?

REY. Quien en su ardor no sosiega  
quien, ya muerto, no reposa  
quien de su llama amorosa  
te ofrece ardientes despojos;  
quien por huir los enojos  
de un incendio tan tirano,  
busca el cristal de tu mano  
contra el fuego de tus ojos.

PORCIA. ¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?

¡Laura, Fenisa, Clavela,  
criados! -Esto es traición.

REY. ¿Qué llamas?

PORCIA. Quien me defienda.

REY. Sosiégate, Porcia hermosa;  
y si asegurarte intentas,  
no me llames más que a mí,  
si de mí a valerte pruebas;  
que en mí tienes de mí mismo  
más segura la defensa.

Y para que reconozcas,  
aunque lo contrario piensas,  
que el pecho que más te adora  
es el que mas te respeta,  
Porcia, yo muero a tus ojos,  
el ardor de sus estrellas,  
sólo por ver; más me alumbra  
la misma luz que me ciega.  
No viene a templar mi amor  
el dolor que me atormenta,  
que debiéndole a la causa,  
grosero el alivio fuera.

Ni vengo a excusar mi muerte;  
que es tan dichosa mi pena,  
que el excusarla sería  
más muerte que padecerla.  
A pagarte mi dolor  
vengo; que, aunque a mi fineza  
tú se lo das como injuria,  
yo lo admito como deuda.  
Y la paga es, Porcia hermosa,  
porque aplaude tu belleza;  
que ya que muero a tus ojos,  
con ellos morir me veas.  
Mas ya que muero, Señora,  
¿no será razón que muera  
siquiera con el consuelo  
de que tú me lo agradezcas?  
Sólo que a morir me alientes  
pido; este alivio te deba;  
que si te ofendo es venganza,  
y si te obligo es fineza.  
Y cuando como enemigo  
Señora, tratarme quieras,  
si ves que mi amor me mata,  
¿a qué tu desdén empeñas?  
¿Conviénele a tu decoro,  
cuando él instrumento fuera,  
que arrastre tu sinrazón  
al lado de mi cadena?  
Porcia, yo no hago el delito  
(Si esto lo es), sino tú mesma.  
Si te ofenden las heridas,  
¿Por qué tiraste las flechas?  
Tú no cesas de matarme;  
y pues mi amor se contenta  
con el agradecimiento,  
o dame ese alivio o cesa;  
piensa el más leve favor,  
el que menos costa sea  
de tu recato y el alma.  
PORCIA. No prosiga vuestra alteza.  
¿Es posible, gran Señor,  
que en sus pasiones no venza  
a tan injusta porfía  
tanta noble resistencia?  
Tres años ha que su amor  
desengaños atropella;  
la esperanza con que dura



¿de qué parte se alimenta?  
¿de qué vive cuando muere?  
O ¿cómo vencerme piensa,  
si sabe que mi recato  
es en mí naturaleza?  
¿Posible es que no le canse  
mi desdén, que aun a mí mesma  
me hubiera cansado ya,  
a costarme diligencia?  
Ya yo no hallo qué decirle,  
ni hallarlo mi honor intenta;  
que en vano es buscar razones  
si las que hay no me aprovechan.  
Cuando le acuerdo quién soy  
me dice que le hago ofensa;  
si da a entender que lo olvida  
no hace mal quien se lo acuerda.  
Repetirle por mi padre  
de sus servicios la deuda,  
y que tiene la corona  
por su mano vuestra alteza,  
es en vano; pues, Señor,  
mi razón sigue otra senda,  
y de las leyes de honor  
a las del amor apela.  
Vuestra alteza por quererme  
despreciando está a la Reina,  
que, comparada a sus ojos,  
soy junto al sol una estrella,  
que es más hermosa que yo  
toda la corte sentencia,  
y aunque en pasión lo niegue,  
no puede dudar que es bella.  
Pues teniendo, gran Señor,  
esposa hermosa y discreta,  
y que le adora, si no es  
que este su defecto sea  
(que hay pechos de tan mal gusto,  
que sólo porque les ruegan  
dejan el bien que los busca,  
y aman el mal que los deja);  
¿qué razón dará, no habiendo  
demérito alguno en ella,  
de adorar donde es delito,  
y no amar donde es fineza?  
Si pierde porque le quiere,  
¡cómo intenta que yo quiera,

si a mí me está amenazando  
con la misma consecuencia,  
en olvidar a su esposa  
por mí, queriéndole ella?  
Vuestra alteza no me obliga,  
Señor, sino me escarmienta.  
Cuando yo fuera mujer  
que ser liviana pudiera  
mucho más me obligaría  
con la envidia de quererla.  
¡Con que la deja me obliga!  
Pues ¿quién ha de ser tan necia  
que, viendo su mal, se ponga  
al peligro de su queja y  
vuestra alteza me promete  
segura correspondencia,  
y con lo que lo asegura  
es lo mismo que la niega.  
Pues ¿dónde cabe, Señor,  
que ser amado pretenda  
quien lo desagradecido  
viene a alegar por fineza?  
Vuestra alteza trae, Señor,  
de ingratitud tantas muestras,  
que sobra en mí el ser quien soy  
para que yo me defienda.  
Pues si aun siendo mujer fácil  
quererle yo no pudiera,  
sabiendo quién soy, Señor,  
con qué su esperanza alienta?  
Reconozca estos errores;  
porque es mucho vuestra alteza  
para que su voluntad  
más que su razón parezca.  
Mire que es mejor su esposa  
sino que de su belleza  
lo que a ella el ruego le quita  
me da a mí la resistencia  
y sé cierto que, a trocarse  
suertes entre mí y su alteza,  
habla de hacer conmigo  
lo mismo que hace con ella.  
Y juntando a estas razones  
la razón de mi nobleza,  
la de ser su sangre yo,  
ser casi suya la ofensa,  
el decoro de mi padre,

de sus servicios la deuda,  
el escándalo, el peligro,  
y que todo se atropella,  
se venza, Señor, por todo,  
o finalmente, se venza  
por lo que me quiere, y haga  
por mi honor esta fineza.

REY. Porcia, si yo he errado el modo  
de obligarte, también yerras  
el de reportarme tú  
con razones tan atentos;  
porque ¿cómo puede ser  
que, oyendo tus agudezas,  
si te adoro por hermosa  
te deje yo por discreta?  
Que tienes razón he visto;  
pero con ella me empeñas,  
porque me enamoras más  
con el modo de tenerla.

Yo, finalmente, he apurado  
en mi amor las diligencias  
de vencerme, y por vencido  
me doy a mi resistencia.

Y para que tú conozcas  
que esto es imposible, piensa,  
piensa tú si hay algún medio  
con que yo olvidarte pueda  
u olvidarme, que es lo mismo;  
que porque tú me la debas,  
aunque sea tan costosa,  
yo te ofrezco la fineza.

PORCIA. Pues ¿eso falta, Señor?

REY. Porcia, yo ignoro la senda.

PORCIA. Pues ¿habrá más que dejarme?

REY. Y este ¿es remedio o sentencia?

PORCIA. No viéndome, será fácil.

REY. Serían dos muertes esas.

PORCIA. Defenderme del engaño.

REY. Lo que ignoro es la defensa.

PORCIA. Aliviarse con su esposa.

REY. ¿Da alivio lo que atormenta?

PORCIA. Forzar a la voluntad.

REY. Yo no mando en mis potencias.

PORCIA. Pues ¿quién las manda, Señor?

REY. Tú, que sin alma me dejas.

PORCIA. Eso ¿ha sido culpa mía?

REY. Pluguiera a amor que lo fuera.

PORCIA. Pues ¿qué se siguiera de eso?

REY. El socorro de la queja.

PORCIA. Pues supóngame culpada,

Si eso ha de aliviar sus penas.

REY. Pues ¿no era mejor amante,  
si el suponerlo valiera?

PORCIA. ¿Que, en fin, no puede hacer nada  
por sí?

REY. Obligar tu belleza.

PORCIA. Eso, Señor, no es posible.

REY. Pues tú otro remedio intenta.

PORCIA. Yo lo hallaré...

REY. ¿De qué modo?

PORCIA. Aunque la causa se entienda.

REY. ¿Qué dices?

PORCIA. Que le he de hallar.

REY. Y ¿cuál ha de ser?

PORCIA. La ausencia.

REY. ¿Cómo?

PORCIA. Huyendo de sus ojos.

REY. Pues ¿y el alma que me llevas?

PORCIA. ¿Dónde la llevo, Señor?

REY. En el corazón va presa.

PORCIA. (Ap. ¡Oh, pese a mi corazón;  
que por él mi honor se arriesga!)

Si él, Señor, es el culpado,  
sáquemele vuestra alteza.

REY. Pues ¿hasme dejado tú  
con que sacártele pueda?

PORCIA. Pues, Señor, si nada desto

basta para que se venza,  
baste el que yo no soy mía,

y que ya adorar esfuerza  
a mi primo como a esposo.

REY. ¿Qué dices? ¡Ah ingrata fiera!  
Hasta aquí habías tenido

reportada mi grandeza  
con resistir con tu honor;

mas si por otro me dejas,  
para perderte el decoro

me dan los celos licencia.

Puedan pues lo que no el ruego  
la ocasión y la violencia.

PORCIA. ¿Qué escucho? ¡Ay de mí! -¡Criados,  
Laura, Fenisa, Clavela!

REY. Eso, Porcia, será en vano.

ESCENA V

LAURA, CLAVELA, TORREZNO. -DICHOS.

LAURA. Cielos, ¿qué voces son estas?

TORREZNO. Otórguese la escritura.

PORCIA. (Ap. Válgame aquí la cautela).

Señor, Señor, sea lo menos. (Ap. al Rey).

Ya que el mal forzoso sea,

pues es tanta su pasión.

Que sólo así se remedia.

Pierda mi honor mi desdicha,

y mi opinión no se pierda;

porque al triunfar de mi honra,

que mis criados lo sepan

no puede ser circunstancia

que dé a su gusto más fuerza.

Disimule aquí; que yo

doy palabra a vuestra alteza

de darle entrada, de modo

que este riesgo no lo sea.

REY. ¿Este favor me aseguras?

PORCIA. Ya no es favor, sino deuda.

REY. Tanta es, Porcia, mi alegría

de ver que mi amor alientas,

que, sabiendo que me engañas,

te he de acetar la promesa;

y aunque esta ocasión perdida,

de ti engañado me vea,

yo te perdono el engaño

porque en él me favorezcas.

PORCIA. Toda la injuria en mi pecho

borras con esa fineza.

REY. Pues adiós, Porcia. -¿Marqués?

ESCENA VI

EL MARQUÉS. -DICHOS.

MARQUÉS. Señor.

REY. Salid acá fuera;

venid conmigo.

PORCIA. (Ap. al Rey).

Yo voy

a esperar a vuestra alteza.

REY. ¿Cuándo vendré?

PORCIA. Con mi aviso

REY. Véte pues enhorabuena.

PORCIA. (Aparte).

Donde asegure mi honor,

satisfaciendo la ofensa

que en esto hago a mi decoro  
por excusar su violencia.

(Vase con Clavelo).

REY. Vamos pues.

TORREZNO. Digo, Señor,  
¿mi cadena tendrá vuelta?

REY. Aunque ya yo me he vencido,  
no dudes que será cierta.

(Vase con el Marqués).

#### ESCENA VII

LAURA, TORREZNO.

TORREZNO. Malo; pues si ya no hay boda,  
no hay que esperar la cadena.

LAURA. Ven acá; ¿eres tú tercero?

TORREZNO. ¡Jesús! ¿Yo cosa tan fea?

LAURA. Pues ¿qué eres?

TORREZNO. Aprovechado,  
ya que la casa se quema.

LAURA. Pues ¿qué haces tú?

TORREZNO. Calentarme,  
porque no todo se pierda.

LAURA. Y eso ¿no es ser tú tercero?

TORREZNO. Dime: si te se cayera  
la olla llena de comida,  
¿qué hicieras tú?

LAURA Recogiera  
lo que pudiera después.

TORREZNO. Pues esto es lo mismo, bestia:  
que es recoger lo que puedo  
desta olla que se quiebra.  
(Vanse).

Gabinete de la Reina.

#### ESCENA VIII

LA REINA, CELIA.

REINA. Ya esto es uso, Celia mía,  
de mi vida desdichada:

de la noche desvelada  
deseo que salga el día.

Mejor noche pasaría  
el Rey, pues el sol a mí  
llorando me dejó aquí  
donde me halla el alba fría;  
y él con Porcia su fatiga  
divirtió, oyendo su labio;  
que sobre el mal de mi agravio

tengo el de quien me lo diga.  
CELIA. Y Porcia ¿ofende su honor?  
REINA. En eso mi mal consiste.  
Dícenme que se resiste,  
como quien es, de su amor.  
Mas ¿quién es quien entra aquí?  
CELIA. ¡Ay Señora, Porcia es!

#### ESCENA IX

PORCIA, que entra algo descompuesta; LAURA, TORREZNO. -DICHOS.

PORCIA. Déme tu alteza los pies.  
TORREZNO. Y los chapines a mí.  
REINA. Porcia. ¿qué te ha sucedido?  
Pues ¿qué novedad es esta?  
¿Tú llorosa y descompuesta?  
PORCIA. Señora, perdón te pido  
de no excusarte el dolor;  
mas su alteza me ha obligado  
a que busque tu sagrado  
por defensa de mi honor.  
El Rey...

REINA. No pases de ahí;  
ya lo que ha sido sé yo.  
TORREZNO. ¿Qué llama ha sido? Eso no;  
que bastaba estar yo allí.  
Él lo intentó, mas lograrlo  
no pudiera sin tragedia;  
que no es aquesto comedia,  
adonde basta intentarlo.

PORCIA. Yo, Señora, sin defensa  
de mi padre y de mi esposo,  
busco tu pecho piadoso  
por escudo de mi ofensa.  
A esto, Señora, me obligo,  
porque sé lo que le quieres.

REINA. ¡Qué dichosa, Porcia, eres,  
pues huyes lo que yo sigo!

TORREZNO. Bien sé yo la causa.

REINA. Di  
Cuál es.

TORREZNO. Pues si quieres vella,  
haz que se case con ella,  
y andará luego tras ti.

REINA. Y ¿fuera mejor yo ajena?

TORREZNO. Entonces fuera la polla.  
La mujer propia y la olla  
sólo cuando falta es buena.

REINA. Porcia, aunque vivo injuriada  
por ti, mi amor no te culpa;  
que no tienes tú la culpa  
de nacer yo desdichada.  
Mas aunque sin culpa estás,  
no hago poco en reportarme;  
que no puedo yo excusarme  
de la envidia que me das.  
La pena del desgraciado  
consiste en los venturosos;  
que si no hubiera dichosos  
nadie fuera desdichado.  
Mas no tienen culpa alguna  
de ofender con tal rigor,  
porque ellos dan el dolor,  
y el golpe es de la fortuna.  
Y supuesto que de ti  
yo no me, puedo ofender,  
sólo quisiera saber  
con qué me excedes a mí.  
¿Cómo al Rey tanto enamoras,  
si con tu llanto le llamas?  
Las lágrimas que derramas  
¿por qué camino las lloras?  
Cuando más le satisfaces,  
si a huir su amor te resuelves,  
¿con qué donaires envuelves  
los desdenes que le haces?  
Yo le ofendo con mi amor,  
tú con rigor le traes ciego;  
¿es, Porcia, acaso un despego  
más airoso que un favor?  
¿Con qué ignorados aliños  
al Rey, tú se le previenes?  
¿Qué gala traen tus desdenes,  
que hacen feos mis cariños?  
Si es estrella, sola ella  
no satisface a mis dudas.  
Porque tú con algo ayudas  
los favores de tu estrella.  
Dime pues, ¿con qué se abrasa?  
¿Con qué te haces más hermosa?  
TORREZNO. Pues lleve el diablo la cosa,  
¿se pone más que una pasa?  
REINA. ¿No respondes a mi duda?  
¿Callas, Porcia?  
TORREZNO

Eso perdone;



no dirá lo que se pone.

REINA. Pues ¿por qué no?

TORREZNO. Porque es muda.

PORCIA. Suspensa he quedado ahora,

pues con la duda, no ignoro

que has ajado mi decoro;

mas sabe el cielo, Señora

que nunca mi corazón

hizo más por obligarle,

que no oírle ni mirarle

ni tenerle inclinación.

LAURA. Señora, el Rey viene allí.

PORCIA. ¡Ay cielos! que no quisiera

que contigo el Rey me viera.

REINA. Antes te ha de hallar aquí.

#### ESCENA X

EL REY, EL MARQUÉS. -DICHOS.

REY. (Ap. al Marqués).

Marqués, no lo puedo creer.

MARQUÉS. Pues juntas están las dos.

REINA. Señor, ¿en mi cuarto vos?

Mucho os llevo a merecer.

REY. ¿Porcia con vos?

REINA. Sí, Señor;

que hoy a mi melancolía

hacer quiere compañía.

REY. (Ap. Ya fue su engaño traidor).

Pues ¿cómo (Ap. ¡Ya estoy sin mí!)

Viene... (Ap. ¡El corazón me ha helado!)

REINA. Pues, Señor, ¿vos demudado?

¿Qué es lo que extrañáis aquí?

REY. (Aparte).

De resistirlo me espanto.

REINA. ¿Qué admiráis?

REY. (Aparte).

Muero de enojos.

REINA. (Ap. ¡Que esto estén viendo mis ojos!

Resistir no puedo el llanto).

Si es el enojo, Señor,

de verme, no hay que culparme,

viniendo vos a buscarme;

mas yo excusaré el error

de haberos aquí esperado.

REY. ¿Os vais?

REINA. Temiéndooos estoy,

y a veros en Porcia voy;

que en ella estáis más templado.  
(Retírase con Celia, y escucha desde la puerta).

REY. Dime, ingrata, ¿este desdoro  
añades?

PORCIA. Señor, tu alteza  
no ofenda aquí su grandeza,  
siquiera por su decoro.

REY. ¿Por qué decoro, homicida,  
si tu traición viendo estoy?

PORCIA. ¿Traición es el ser quien soy?

REY. Sí, quitándome la vida.

PORCIA. ¿Yo la vida?

REY. Y con vileza.

PORCIA. ¿De qué suerte?

REY. En ser traidora.

(Vuelve la Reina).

REINA, ¿Qué es esto, Porcia?

PORCIA. Señora,

Ir sirviendo a vuestra alteza.

REINA. Entra pues.

PORCIA. (Aparte)

Nunca más suerte

logró mi destino airado.

REINA. (Aparte).

Al que nace desdichado

el remedio le da muerte.

(Vase con Porcia y Laura).

## ESCENA XI

EL REY, EL MARQUÉS, TORREZNO.

REY. Marqués, ya mi sufrimiento  
no lo puede resistir.

¿Esto es querer o morir?

¿Esto es amor o tormento?

MARQUÉS. Todo eso amor llega a ser  
cuando de veras nos hiere.

REY. Y al que de veras no quiere

¿De qué le sirve el querer?

No sé qué título dar,

amor, a tu ser injusto:

si no es de veras, no es gusto.

Si es de veras, es pesar.

Pero ¿cómo mi poder

se ha rendido a su violencia

por la débil resistencia

del pecho de una mujer?

¿Marqués?

MARQUÉS. ¿Qué intentas, señor?

REY. Que, dándote yo lugar,  
a Porcia me has de sacar  
de palacio.

MARQUÉS. Es grave error.

REY. ¿Cómo error? Cuanto me veo  
morir de desesperado,  
¿Puede ser algún cuidado  
mayor que yo?

MARQUÉS. No lo creo,  
más del cuarto de tu esposa  
¿cómo?

REY. Ocasión te daré;  
y cuando no te la dé,  
¿puede haber alguna cosa  
que sea riesgo mayor  
que morir yo despreciado?

MARQUÉS. (Ap. Él está desesperado  
y ciego). No, gran Señor.

REY. Pues ¿qué me adviertes?

MARQUÉS. Perdona;  
que esto de celo no pasa.

REY. Pues mi corazón se abrasa,  
arda todo.

(Vase con el Marqués).

## ESCENA XII

TORREZNO. Arda Bayona.

Esto es hecho: de las asas  
luego al sacrificio irá  
Porcia: por venirse acá,  
huyó el gato y dio en las brasas.

¡Oh qué ocasión tan galante  
era, si lo adivinaran,  
para que ahora llegaran  
mi señor y el Almirante!

Mas esto es mejor que estotro,  
pues pienso que llevo a vellos.  
O estoy borracho, o son ellos;  
vive Dios, que es uno y otro.

## ESCENA XIII

EL ALMIRANTE Y FEDERICO, de camino. -TORREZNO.

ALMIRANTE. La obligación primera es, Federico,  
besar al Rey la mano;  
que para Porcia hay tiempo.

FEDERICO. No replico

A tan justa atención.  
ALMIRANTE. Y fuera en vano.  
TORREZNO. ¿Señor?  
FEDERICO. ¡Torrezno!  
TORREZNO. Dame mil abrazos.  
FEDERICO. ¿Cómo estás en palacio?  
TORREZNO. Hecho pedazos  
Quisiera estar primero.  
FEDERICO. ¿De qué suerte?  
TORREZNO. Porque menos pesar fuera la muerte.  
FEDERICO. Pues ¿qué ha habido?  
TORREZNO. (Aparte)  
El ladrón que lo dijera.  
ALMIRANTE. ¿Cómo a Porcia no asistes?  
TORREZNO. Está fuera.  
ALMIRANTE. ¿Qué es lo que dices? -No mintió el indicio.  
FEDERICO. ¿Fuera de dónde está?  
TORREZNO. Señor, de juicio  
FEDERICO. ¿Estás loco, villano?  
TORREZNO. Ella es la loca;  
que se vino a meter... Mas ¿qué haces, boca?  
ALMIRANTE. Pues ¿dónde Porcia está?  
PORCIA. (Dentro).  
¡Valedme, cielos!  
ALMIRANTE. ¿Qué escucho?  
TORREZNO. (Aparte).  
Ya se fríen los buñuelos.

#### ESCENA XIV

PORCIA, EL REY, EL MARQUÉS, CRIADOS. -DICHOS.  
PORCIA. Cielos, ¿tal tiranía se consiente?  
REY. Vano hay defensa que su pecho intente.  
Llevadla; que en vano es su resistencia.  
ALMIRANTE. No será, gran Señor, en mi presencia.  
FEDERICO. Ni en la mía, pues tiene vuestra alteza  
primero que cortar en mi cabeza.  
REY. (Aparte).  
¡Qué miro! Ya este mal llegó a su exceso.  
TORREZNO. Por Dios, que le cogieron en el queso.  
ALMIRANTE. Cuando yo os vengo de servir osado,  
Señor, y un reino os dejo asegurado.  
¿Halla este premio mi valor constante?  
REY. Quedemos los dos solos, Almirante.  
FEDERICO. (Ap. a Torrezno.),  
¿Qué es esto?  
TORREZNO. Véte, y toma mi consejo.  
Que él debe de querer forzar al viejo.

REY. Todos os retirad. (Ap. ¡Ay suerte escasa!)  
ALMIRANTE. Mi hija, gran Señor, se irá a su casa  
REY. No puede ser hasta que os haya hablado.  
PORCIA. ¡Ay suerte esquivá!  
FEDERICO. ¡Ay pecho desdichado!  
(Vanse Porcia, Federico, Torrezno y los criados).

#### ESCENA XV

EL REY, EL ALMIRANTE.

ALMIRANTE. Ya estamos solos, Señor.

REY. Antes que me habléis palabra,

Almirante, ya sabéis

la violencia de mis ansias.

Ya os dije que mi albedrío

no es mío, y que me le arrastra

Esta pasión poderosa.

Yo, pensando contrastarla,

os la callé recatado;

mas ya que sabéis la causa,

y que es Porcia a quien adoro,

sabed también que el mirarla

como a esposa fue mi intento;

y vuestra mano tirana,

uniendo la voz del reino

para que yo me casara,

a mí me quitó este alivio,

y ese honor a vuestra casa.

Y pues que morir me veo,

y el remedio desta llama

tengo en Porcia, no he de ser

atento con quien me mata.

Yo no he de vivir sin ella;

que aunque la Reina casada

conmigo está, yo la di

la mano, pero no el alma.

Y vos, que tenéis la culpa,

si mi dolor os agravia,

pagad la pena de ver

que yo aliente mi esperanza. (Vase).

#### ESCENA XVI

EL ALMIRANTE.

¡Válgame el poder del cielo!

Si es capaz desdicha tanta

de defensa, sobre mí

todas sus esferas caigan.

Caiga un rayo que en ceniza...

Mas ¿cómo el dolor me arrastra  
a espacio, penas a espacio;  
males, vamos con templanza;  
que si doy todo el sentido  
al dolor que me traspasa,  
para buscar el remedio  
no habrá discurso en el alma.  
Consultémosle, honor mío;  
mas ¡qué consulta tan mala,  
cuando es un vidrio la honra,  
que le quiebra quien le lava!  
Pues ¿para cuándo es la herencia  
de tantas nobles hazañas  
que engendrarían en mi pecho  
valor? Mas, aliento, basta;  
que es mi rey el que me ofende  
y en su deidad soberana,  
aunque me afrente el agravio,  
mas me alienta la venganza.  
El Rey de amor está ciego;  
yo soy leal, mi hija honrada,  
y estas dos defensas hacen  
más peligrosa la cansa.  
Resistir con la razón  
una voluntad tirana  
es empeñar el poder  
y acercarse a la desgracia.  
Quitarle a mi hija es difícil  
a su vista; no quitarla  
es darte materia al fuego.  
Morir en esta demanda  
será el remedio postrero;  
mas no excusando la infamia,  
es tener por menos daño  
una afrenta consolada.  
Y demás deste dolor,  
queda el amor de la patria,  
pues todo el reino se pierde  
cuando a la Reina se agravia.  
Pues, cielos, ¿cómo hay peligro  
donde al valor puerta falta  
y al honor? Mas ya la veo.  
¡Qué dolorosa es la entrada!  
Porcia de todo este mal,  
aunque inocente, es la causa.  
Muriendo Porcia no hay riesgo,  
patria y honor se restauran.

Muera pues; pero ¿qué digo?  
El corazón me traspasa  
sola esta voz: ¿qué hará el golpe,  
si esto puede la amenaza?  
Pero primero es la honra.  
¡Oh ley dura y desdichada,  
que al inocente condenas,  
y sin delito le infamas!  
Muera pues. Sin alma (¡ay Porcia!)  
pronuncio aquesta palabra;  
pero quien esto sentencia  
bien se ve que está sin alma.  
¡Qué terrible es el remedio  
cuando está haciendo al que sana  
más horror la medicina  
que el peligro de la llaga!  
Pero aquí, valor, no hay otro:  
pues, corazón, ¿a qué aguardas?  
Un caballero español  
que al riesgo de una batalla  
iba a salir con los moros,  
degolló a su mujer casta  
y a dos hijas inocentes.  
Pues si un riesgo que dudaba  
pudo obligarle a este exceso,  
un riesgo en que no se halla  
remedio, y es evidente,  
¿a qué obligará a mi fama?  
Allí veo a Porcia (¡ay cielos!);  
¡Ay hija de mis entrañas!  
Para matarme en ti misma  
voy previniendo esta daga.  
Muevo un monte en cada planta.  
Por bella y por inocente  
mueres, como desdichada.  
Mira cuál es tu belleza,  
pues a ti misma te mata.  
Mas ¿dónde voy? ¿No habrá muerte  
menos cruel y más blanda?  
No, que se arriesga mi honra  
si un instante se dilata.  
Hacia mí viene. Huye, Porcia;  
huye de aquí; pero aguarda.  
Valor, primero es la honra;  
muera yo y viva mi fama. (Vase).

ESCENA XVII

FEDERICO, TORREZNO; luego, PORCIA Y EL ALMIRANTE, dentro.

FEDERICO. Señor, señor, ¿dónde vas?

Fuese sin hablar palabra.

Cielos, ¿qué puede ser esto?

Que temiendo mi desgracia,  
pende mi vida de un hilo.

TORREZNO. A cualquier sastre le pasa  
eso mismo.

FEDERICO. ¿Qué será?

TORREZNO. Señor, esto va de mala.

PORCIA. (Dentro).

¡Ay de mí! Señor, detente;

¿Por qué sin culpa me matas?

ALMIRANTE. (Dentro).

Por tu hermosura.

TORREZNO. ¡Ay, Señor,  
que matan a Porcia!

FEDERICO. Aguarda;  
bárbaro, cruel, detente,  
detente.

(Al ir Federico a socorrer a Porcia, sale esta y cae en sus brazos).

PORCIA. (Al salir).

El cielo me valga,  
muerta soy.

#### ESCENA XVIII

PORCIA, desmayada; FEDERICO, TORREZNO.

FEDERICO Porcia, señora.

Murió, ¡ay de mí!

TORREZNO. ¡Qué desgracia!

FEDERICO. Porcia mi bien, dueño mío,  
vida de mis esperanzas.

No responde; que la vida  
con voz y aliento le falta.

¡Porcia! -¡Ay pesar del sentido,  
que tanta dureza alcanza  
que viendo su muerte vive,  
si no vive para amarla!

¿Tú, mi bien, muerta, y yo vivo?

Esas heridas tiranas,  
con encontrarme a mí en él,

¿cómo el corazón te pasan?

¿Por dónde entró el duro acero?

Pero buscó mi desgracia  
la parte de mi desdicha,  
pues dio donde yo no estaba.

Cielos, que hacíais de Porcia



las luces de la mañana,  
muerto el sol, ¿qué espera el día?  
¿Cómo la noche no baja?  
Pero no salgan las sombras;  
que todas las luces claras  
la noche de mi tristeza  
para obscurecerlas basta.  
Turben mis quejas el aire,  
eclipse las luces altas  
mi aliento, y mis tristes ojos  
crezcan el mar; mas no es paga  
de mi dolor, no es bastante.  
Pues, cielos, en pena tanta,  
quien no es capaz de sentirla,  
¿cómo es capaz de mirarla?  
¡Ay Porcia! ¡Ay hermoso dueño!  
Amigo, ¿qué esperas? Llama,  
llama quien conmigo llore.  
TORREZNO. Señores, ¡ah de la guarda!  
Confesión para una muerta.

#### ESCENA XIX

EL REY, EL MARQUÉS y criados, que salen por una puerta; LA REINA, LAURA Y DAMAS, por otra. -DICHOS.

(Laura y las damas acuden a sostener a Porcia).

REY. ¿Qué es esto?

REINA. ¡Desdicha extraña!

LAURA. ¡Mi señora muerta, ay cielos!

REY. ¿Muerta está?

TORREZNO. Así fuera santa.

FEDERICO. Muerta está, Señor, la aurora;

que la luz que la acompaña

es la que en sus desperdicios

hurtó a sus ojos el alba.

Muerta está, y yo de no estarlo.

REY. ¿Cúya es la mano tirana

que intentó, bárbara y loca,

tal rigor?

#### ESCENA XX

EL ALMIRANTE. -DICHOS.

ALMIRANTE. La de mi fama.

Yo soy, Señor, quien la ha muerte,

porque sepas, si me agravias,

cómo previene mi honor

el peligro de una mancha.

REY. Prendedle.

ALMIRANTE. A tus pies está  
un cuerpo, Señor, sin alma;  
un alma, Señor, sin vida,  
pues la que tuve me falta  
en esa púrpura ardiente  
que por mi honor se derrama.  
Manda cortar mi cabeza;  
que pues sin vida me matas,  
lo mismo será, Señor,  
que cortar la de una estatua.  
REY. Llévadle luego a un castillo,  
donde el fuego en que se abrasa  
mi pecho, con su castigo  
tome tan justa venganza.  
ALMIRANTE. Vamos; que no va a morir  
quien ya murió por su rama.  
(Llevan los criados al Almirante preso).  
REY. Quitadla de mi presencia;  
que para morir ya basta  
el dolor de haberla visto,  
pues ya murió mi esperanza. (Vase).  
FEDERICO. Y yo, pues esta desdicha  
con tal rigor no me mata,  
del dolor de no haber muerto  
haré un lazo a mi garganta. (Vase).  
TORREZNO. Todos se van a morir.  
¡Jesús, qué de muertos andan!  
Pues yo me voy a heredarlos  
en la tercera jornada. (Vase).

#### ESCENA XXI

LA REINA, LAURA, DAMA; PORCIA

PORCIA. ¡Ay de mí!

LAUDA. ¡Ay Dios, que está viva!

REINA. ¡Porcia amiga!

PORCIA. ¿Quién me llama?

REINA. Llévadle a mi cuarto luego,

y guarda el secreto, Laura;  
que he de remediar, si puedo,  
su vida y mis esperanzas.

LAURA. Vamos. ¡Ay, que pesa mucho!

Ayuden, señoras damas,  
aunque se aje el verdugado;  
ayuden, pesá sus almas.

Jornada tercera.

Habitación del Rey. -En el fondo un gabinete.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA, LAURA y músicos, en la sala; EL REY, dentro del gabinete, sentado.

MÚSICA. Quien muere de amor

No ha menester mas dolor.

REINA. Es verdad; pues si amor basta

para muerte a un corazón,

¿para qué el hado enemigo

busca pena más atroz

que cuando su ardiente llama

trueca el halago en rigor,

para que su muerte esquiva

sea desesperación?

MÚSICA. Quien muere de amor

no ha menester más dolor.

(Hablan aparte la Reina y Laura).

LAURA. Ya que el cielo ha querido

que viva Porcia esté, y que hayas podido

curarla con secreto, de tal suerte

que han creído su muerte,

ella está en una aldea disfrazada,

¿de qué, Señora, estás desconsolada?

REINA. Laura, mi pensamiento o mi secreto

logró la diligencia, y no el efeto;

pues creyendo que el Rey la olvidaría

viéndola muerta, ya la industria mía

lo dispuso de suerte que el entierro

de secreto se hiciese, porque el yerro

del Rey ocasionado,

no provocase al pueblo despechado.

Pues sana Porcia de la injusta herida

en una humilde aldea está escondida,

y de un fiel criado acompañada,

de cuyas canas vive asegurada,

viniendo solo a verme de secreto

o traje de villana. Mas ¡qué efeto

tan contrario aquel bien que imaginado

hace en su diligencia un desdichado!

Toda esta prevención, Laura, ha servido

de doblar el dolor a mi sentido,

pues aunque ya ha perdido la esperanza,

tiene en su amor el Rey menos mudanza.

Más cruel es conmigo,

más huye de mi vista y más le sigo,

más ciego en su deseo  
cada instante le veo;  
y en su pasión esquivada,  
para él, muerta Porcia, está mas viva.  
Pues ¿qué ha de hacer el corazón más fuerte  
contra un amor que pasa de la muerte  
y con tantos enojos,  
que ya no le recata de mis ojos?  
Pues el despecho del dolor que lloro  
le obliga a que atropelle mi decoro  
y el olvido de su reino; pues su exceso  
y el ver que al Almirante tiene preso  
de tan injusto y riguroso modo,  
le ha quitado el amor del pueblo todo,  
y al verse en tal conflicto,  
honesta su pasión con el delito,  
por ser hecho en palacio, de tal suerte,  
que temo, Laura, que le dé la muerte.  
LAURA. Pues si aun te mira el Rey como enemiga  
¿a qué entras en su cuarto?

REINA. Amor me obliga  
porque tanto le adoro,  
que cuanto más ofende mi decoro,  
como su pena con mi ofensa crece,  
me lastima también lo que padece.  
Y así, por ver si puedo consolalle,  
con la música aquí vengo a buscallo,  
por divertirle, a ver si halla mi intento  
camino de vencer su sentimiento;  
que en un pecho que quiere tan constante.  
Sólo es pena la pena de su amante.

LAURA. De su pasión, Señora, arrebatado,  
se descubre sentado  
allí el Rey, y yo pienso  
que es un bulto de piedra en lo suspenso.

REINA. (A los músicos).  
Cantad pues, y divierta su tristeza,  
aunque no me agradezca la fineza.  
MÚSICA. Para que muera quien quiere  
basta su propia pasión;  
que al amor, para matar,  
lo sobra todo el rigor.  
Quien muere de amor  
no ha menester más dolor.

REY. ¡Oh qué de alivio he debido  
al sentido de esta voz;  
que el último bien de un triste

es padecer con razón!  
¿Quién a divertir mis penas  
os manda entrar aquí?

REINA. Yo.

(Levántase el Rey).

REY. ¿Vos, Señora? (Ap. ¡Oh cuánto siento  
que de la Reina el amor  
haga finezas por mí  
que no paga el corazón!  
No siento el verla por ser  
causa de mi mal, sino  
por verme ingrato delante  
de mi propia obligación).

REINA. Si el verme acaso os enoja,  
templáos y oídmme, Señor;  
que yo no vengo a quejarme  
sino a aliviaros a vos.

Padecer vuestro desprecio  
pena es grande y sinrazón;  
mas en quien como yo quiere  
no es aquesta la mayor.

Veros a vos padecer  
es la pena más atroz;  
de esta vengo yo a aliviaros,  
y a aliviarme también yo.

No me trae mi pena a veros;  
que como tan vuestra soy,  
la que no es vuestra, por mía  
no le ofende al corazón.

La vuestra, Señor, me arrastra,  
porque en vuestro pecho estoy,  
y es la pena que te hiera  
en vos una y en mí dos.

No ser yo correspondida  
es de mi estrella rigor;  
no os culpo a vos, sino a mí,  
pues fue mía la elección.

Que deis a otro amor el alma  
tampoco os culpa mi amor,  
porque lo que en mí es destino  
también puede serlo en voz.

Lo que os culpo es el sentirlo  
cuando la causa cesó,  
porque vuestro sentimiento  
es ya desesperación.

El amar fue gusto vuestro,  
la pena es mía y de vos;

yo del amor os absuelvo,  
mas del sentimiento no.  
El querer sin esperanza  
fineza es del corazón;  
pero el morir por perderla  
ni es fineza ni es valor.  
El mal que no tiene cura  
es menos por más atroz;  
que el no haber ningún remedio  
es el remedio mayor.  
Desesperarse en la pena  
no es acción digna de vos,  
porque es dar a los sentidos  
más poder que a la razón.  
Viendo que el dolor es mío,  
fomentarle es gran rigor:  
que yo el no amarme os disculpo,  
pero el maltratarme, no.  
Por cortesano y galán  
os templad en la pasión;  
cuidad, Señor, de la vida,  
que la perdéis por los dos.  
A esto vengo solamente;  
hacedlo, Señor, por vos;  
que aunque es mío el interés,  
por mí os pido con temor.  
La vitoria del olvido  
la da el tiempo a la razón;  
si habéis de rendirla al tiempo,  
dádsele a vuestro valor,  
o a mis ojos, si ellos pueden  
alguna cosa con vos,  
para que os deba mi llanto,  
lo que no puede mi amor.  
REY. Señora, mi sentimiento  
al veros no es adversión  
que os tengo, sino pesar  
de ver mi delito yo,  
debiéndoos tantas finezas  
como reconozco en vos.  
El verme ingrato me obliga  
a que os mire con horror;  
ni el serio ni el enmendarlo  
está en mi mano, pues son  
acciones de un albedrío,  
sin quien padeciendo estoy.  
Desta culpa no sois parte,

pues cuando os vi, ya mi amor  
había labrado el hierro  
de su tirana prisión.

Hago testigo a los cielos  
que, conociendo mi error,  
hasta romper las cadenas  
ha probado la razón.

Mas yo no puedo, yo muero;  
y tan de mi pena soy,  
que del desear mi alivio  
no está en mi mano la acción.

Ya yo estoy sin esperanza,  
ya faltó causa a mi amor;  
luego el padecer sin ella  
no lo puedo querer yo.

Pues si ningún bien espero,  
¿tan gustoso es un rigor,  
para que sin esperanza  
le fomite el corazón?

De Esto, Señora, es violencia  
de mi estrella y su traición,  
su fuerza fatal me arrastra  
contra todo mi valor.

Yo me veo en el estado  
más infeliz que se vio,  
fluctuando entre congojas,  
la nave de la razón.

De aborrecer a quien ama  
o amar al que aborreció,  
sobre cuál es mayor mal  
hay una incierta cuestión,  
y es tan cruel la malicia  
de mi destino traidor,  
que por no errar el más grave  
me los junta todos dos.

Yo aborrezco siendo amado;  
mas no a vos, Señora no,  
sino a mí, y aborrecido  
adoro una sinrazón.

Mas aunque digo que adoro,  
ni sé si adorando estoy,  
ni si es ya amor quien me mata  
o la desesperación.

Lo que yo sé es que me abraso,  
que mi muerte es mi dolor,  
que ya soy... Pero tampoco  
sé yo de mí lo que soy.

Ni qué hay en mí. Finalmente,  
es tanta mi confusión,  
que si algo sé cierto es sólo  
que no sé entenderme yo.

Lo que os suplico, Señora,  
es que viendo cómo estoy,  
me dejéis morir sin verme  
por aliviarme el rigor;  
que no es excusar mi muerte,  
sino honestar mi pasión,  
pues sin vos, de infeliz muero,  
y de grosero con vos.

REINA. Si yo, Señor, entendiera  
que os aumentaba el dolor  
mi presencia, no os buscara;  
mas culpa es de mi atención.

A aliviárosle he venido,  
no a quejarme; mas si vos  
aun esto tenéis por pena,  
ya os dejo, y palabra os doy  
de no volveros a ver  
hasta que entienda mi amor  
que vos tenéis gusto dello.

Mas ¡qué ignorante que soy!  
¿Vos tenéis gusto de verme?  
¿Será posible, Señor?

No lo creo, y aún lo espero;  
que un tan firme corazón  
puede apartarse del bien,  
mas de la esperanza no.

Yo os doy la palabra pues  
de no veros... ¡Ciega estoy  
pues no la puedo cumplir  
teniendo imaginación.

De que vos no me veáis  
es la palabra que os doy,  
y de no veros la diera,  
a estar sin memoria yo  
y pluguiera a Dios pudiera  
a costa de mi dolor

y a pesar de toda el alma,  
borraros del corazón;  
que si os ofendo en quereros,  
aunque es mi gloria mi amor,  
por no daros un disgusto  
me privara de un blasón.

Sólo lo que puede aquí



precipitarme a un furor  
es ver que el mudar la queja  
a ruego e intercesión  
no merezca, y cuando veis  
que no es mi pena menor,  
ni con el silencio obligue  
ni lastime con la voz;  
y sea tal la tiranía  
de una ingrata condición,  
que atropelle los delitos  
para dar... Mas ¿dónde voy?  
¡Jesús, qué descompostura!  
Perdonadme, gran Señor:  
de mi pasión yerro ha sido;  
no me culpéis, que si a vos  
la pasión también os vence,  
no soy tan valiente yo.  
Yo iba a deciros... Ya sé  
que aquí cansándoos estoy.  
Digo pues... Pero no digo;  
que esto será lo mejor.  
Guarde el cielo a vuestra alteza.  
Mas antes de irme, Señor,  
por no volver a buscaros,  
para errar sin intención,  
una merced os suplico.  
REY. Solo espero vuestra voz.  
REINA. El pueblo del Almirante  
siente la injusta prisión;  
ya sabéis vos lo que a un noble  
ciega un despecho de honor;  
que le perdonéis...  
REY. Cesad,  
Señora, que esa razón  
puede sólo a vuestros ojos  
descomponerme al furor.  
¿Yo perdonar a un tirano,  
que bárbaro se atrevió  
a cometer a mis ojos  
desacato tan atroz?  
Yo, a una mano que dio muerte...  
Mas estáis delante vos,  
y sois freno de mis iras;  
pero el reportarme yo  
por vos, es daros aviso  
de que será en mi rigor  
apresurar su castigo

el pedirme su perdón. (Vase).

## ESCENA II

LA REINA, LAURA, MÚSICOS.

REINA. Laura, ¿habrá mujer alguna,  
por desdichada que sea,  
que tan ajada se vea,  
como yo, de la fortuna?

Mi fe esta atención le debe,  
mi venganza es el sufrir.

LAURA. Señora, amar sin reñir,  
es como beber sin nieve;  
entre los que quieren fino  
es delito la decencia,  
porque es amor sin pendencia  
peor que olla sin tocino.

UNA VOZ. (Dentro).

Tenedle.

OTRA. (Dentro).

Por aquí va.

REINA. ¿Qué es esto?

## ESCENA III

TORREZNO. -DICHOS.

TORREZNO. Llegó su hora

Federico es, gran Señora,  
que de dolor loco está;  
y con su pena amorosa  
ha dado en tal disparate,  
que anda a buscar quien le mate,  
para ir a ver a su esposa.

REINA. Síguele pues.

TORREZNO. Eso no.

REINA. ¿Por qué no, viéndole así?

TORREZNO. Porque él no me mate a mí,  
sobre que le mate yo.

REINA. Ve tras él, y en sus rigores  
no al riesgo le desampares.

¡Ay, Laura! que mis pesares  
van caminando a mayores. (Vase).

LAURA. Ve corriendo como un potro.

TORREZNO. Si haré, mas corriendo no;  
que no he de matarme yo  
porque no se mate el otro.  
(Vanse).

Parque. -A un lado una torre con ventana de reja.

#### ESCENA IV

PORCIA, vestida de villana.

Llevada de mis pesares,  
por este parque secreto,  
con el disfraz de este traje  
a ver a la Reina vengo,  
por saber de Federico  
y de mi padre, que preso  
padece injustos rigores  
de un poder tirano y ciego.  
¿A quién le habrá sucedido  
la desdicha en que me veo?  
Pues de la Reina obligada,  
a declarar no me atrevo  
a mi padre ni a mi esposo  
que estoy viva; y si lo intento,  
sobre ofender a la Reina  
en no guardar el secreto,  
el Rey está en su pasión  
más encendido y más ciego;  
con que a callarlo me obliga  
de mi propio honor el riesgo.  
Y me veo con un padre  
que por mí está padeciendo,  
y un esposo a quien adoro,  
de mi misma muerte muerto,  
sin poder darles aviso,  
para que rinda el aliento,  
que escapé de las heridas  
al rigor de mi silencio.  
Esta torre, que corona  
de aquesta muralla el lienzo,  
es la prisión de mi padre,  
y por esta reja suelo,  
siempre que vengo a palacio,  
escuchar su triste acento.  
Y agora, según escucho  
de la cadena el estruendo,  
parece que a ella se acerca.  
(Óyese ruido en la torre como de cadenas).

#### ESCENA V

EL ALMIRANTE, a la reja. -PORCIA.

ALMIRANTE. (Dentro).

¡Ay de mí!

PORCIA. Él es. ¡Qué haré, cielos!

ALMIRANTE. (Asómase).

Prisión esquiva de mi triste suerte,  
perpetua en mí serás, no resistida;  
pues cuando yo de ti tenga salida,  
quedo en la mi culpa, que es más fuerte.  
De la cadena el duro son divierte  
el que la arrastra a su esperanza asida;  
mas ¿por qué parte esperará la vida  
quien preso está porque se dio la muerte?  
Yo maté a Porcia, yo mi error confieso;  
siendo juez y verdugo mi violencia,  
con mi delito castigué mi exceso.

Válgame del llorar la diligencia  
que no hay a qué apelar, pues estoy preso  
después de ejecutada la sentencia.,  
PORCIA. ¡Válgame el cielo! ¿Es posible  
que yo le he de estar oyendo  
sin hablarle? Pues el rostro  
de este volante cubierto  
tengo, he de llegarle a hablar,  
Señor, ¿qué hace tan suspenso  
en esa reja?

ALMIRANTE. ¿Quién es?

PORCIA. ¿No me ve que de ese pueblo  
vecino soy aldeana?

ALMIRANTE. No eres sino ángel del cielo.  
(Ap. ¡Válgame su providencia!

Qué parecida en el eco  
de la voz es a mi hija).

Llégate acá, y quita el velo  
del rostro, que sol tan puro  
está ofendido encubierto.

PORCIA. Oigan, oigan, ¿me enamora?  
¡Mi señor, que es ya muy viejo!

ALMIRANTE. Si enamoro, porque estoy  
viendo en ti el retrato mismo  
de una hija que perdí.

PORCIA. ¿Cómo la perdió?

ALMIRANTE. Muriendo  
al rigor de mi violencia,  
más tirana que el empeño.

PORCIA. ¿Qué me cuenta? ¿Luego él es  
aquel señor que está preso  
porque dio muerte a su hija?

ALMIRANTE. Yo soy quien hizo ese yerro.

PORCIA. Malos años para vos.

ALMIRANTE. Llégate más; que es consuelo  
de mi pena haberte visto.

PORCIA. ¿Tanto a su hija me parezco?

ALMIRANTE. Pienso que tú eres la misma.

PORCIA. Pues no lo piense tan recio,  
que me mate a mí también.

ALMIRANTE. No haré; porque en ti estoy viendo  
el retrato de mi hija,  
y le miro sin el riesgo  
de mi honor; con que en ti hallo  
sin su peligro el consuelo.

PORCIA. Pues téngame por su hija;  
que yo por padre quiero,  
y vendrá a verle las tardes.

ALMIRANTE. Me darás vida y aliento  
si eso haces. Dame la mano.

PORCIA. Si haré. (Dale la mano).

ALMIRANTE. Mil veces la beso.

PORCIA. Pues dígame, ¿arrepentido  
no está ya de haberla muerto?

ALMIRANTE. ¿En mis lágrimas no ves  
señas del dolor que siento?

El corazón a los ojos  
sale en mi llanto deshecho,  
y esto me sirve de alivio,  
porque como viva tengo  
a Porcia en el corazón,  
en lo que lloro la veo.  
¡Ay Porcia, prenda del alma!  
Pero cuando considero  
el peligro de mi honor,  
tanto en mi furor me enciendo,  
que no sólo arrepentido  
no estoy del haberla muerto,  
mas si la volviera a ver  
viva con aquel empeño,  
otra vez a puñaladas  
la volviera a matar.

PORCIA. ¡Fuego!

ALMIRANTE. Escúchame, no te vayas.

PORCIA. No haré tal.

ALMIRANTE. Ya me arrepiento.

Escucha, aguarda, hija mía.

PORCIA. Quedo, padre; que no quiero  
ser su hija.

ALMIRANTE. Pues ¿por qué?

PORCIA. Porque si tanto parezco  
a su hija, e imagina  
que lo soy, no sea que fuego

le tiene el diablo a pensar  
que me ve en aquel empeño.

ALMIRANTE. ¿Sabes tú lo que es honor?

PORCIA. Pues ¿he de ignorarlo? Bueno;  
muy bien sé lo que es honor,  
que también allá en el pueblo  
el cura nos lo pedrica.

ALMIRANTE. Pues si lo sabes, ¿fue exceso  
el darla muerte, no hallando  
a mi honor otro remedio?

Fuera mejor que quedara  
sin honra, y viva?

PORCIA. Y ¿del riesgo  
sacarla antes no pudiera?

ALMIRANTE. Ya yo probé aque se intento;  
mas me lo estorbó el poder  
de un tirano.

PORCIA. Si eso es cierto,  
no sólo hicisteis muy bien,  
mas si no lo hubieras hecho,  
yo misma las puñaladas  
me diera, viven los cielos,  
antes que perder mi honor.

ALMIRANTE. ¿Qué dices? ¿Tú hicieras eso?

PORCIA. No solamente lo hiciera,  
mas lo haré si llega el tiempo  
de repetirse el peligro.

(Ap. Mas ¡qué es lo que estoy diciendo!  
De mi honor arrebatada,  
he atropellado el secreto).

ALMIRANTE. Porcia, Porcia, tú estás viva,  
no me niegues el consuelo;  
descubre el rostro, hija mía.

PORCIA. Calle, Señor, ¿está ciego?  
¿No ve que soy aldeana?

ALMIRANTE. Hija mía ¿este contento  
quieres negar a tu padre?

Muévale el llanto que vierto  
en esta triste prisión;  
de estas canas que humedezco  
ten piedad.

PORCIA. (Ap. Mal haya, amén,  
la fe que debo al precepto  
de la Reina).

ALMIRANTE. Porcia mía,  
ven acá.

PORCIA. ¿Porcia? ¡mi agüelo!

Yo, Señor, me llamo Antona.

ALMIRANTE. No es posible; que ese aliento es hijo de mi valor.

PORCIA. ¡Ay de mí! que gente siento.

ALMIRANTE. ¿Te vas?

PORCIA. Señor, oigo pasos.

ALMIRANTE. Pues ¿de qué tienes recelo?

PORCIA. Tengo mi ganado allí,

y hurtaránme algún cordero

si me descuido. Adiós, padre.

ALMIRANTE. Hija...

PORCIA. Yo volveré luego.

ALMIRANTE. ¡Ay de mí! El alma me llevas;

mas según me considero,

juzgo que no puede ser;

que ha mucho que no la tengo.

(Quítase de la reja)

#### ESCENA VI

PORCIA; luego, FEDERICO y TORREZNO.

PORCIA. Cielos, aquí viene gente;

allí retirarme quiero.

FEDERICO. (Dentro).

No te has de ir, traidor.

TORREZNO. (Dentro).

Señor,

tente; que ya te obedezco.

PORCIA. Veré quién son, encubierta

destas ramas.

(Retírase al fondo, y salen riñendo Federico y Torrezno).

FEDERICO. Vive el cielo,

traidor, que me has de matar.

TORREZNO. ¿No lo dije? Dicho y hecho.

PORCIA. Federico es, ¡ay de mí!

¿Qué haré? Mas desde allí puedo

verle yo sin que él me vea.

(Escóndese entre los árboles).

FEDERICO. Saca, villano, el acero.

TORREZNO. Le gasté esta primavera.

(Ap. ¿Que haya sido yo tan necio,

que al parque tras él me venga,

donde socorro no tengo?

¿Cómo podré entretenerle?)

FEDERICO. Sácale, infame, o yo mesmo

te le arrancaré, y será

para matarte primero.

TORREZNO. Tente, Señor, vesle aquí.

(Saca Torrezno la espada).

FEDERICO. Pásame agora este pecho  
mil veces.

TORREZNO.                   ¿Mil han de ser?

Y aún son pocas.

TORREZNO.                   (Ap. ¡Qué haré, cielos!)

Y ¿quién las ha de ir contando?

FEDERICO. ¿Eso preguntas? Tú mismo.

TORREZNO. Yo no sé contar, Señor.

FEDERICO. Pues yo contaré.

TORREZNO.                   No quiero;

que no acabarás la cuenta

si te mueres a las ciento.

(Ap. ¡Hay más terrible locura!)

FEDERICO. ¿Qué esperas? Mátame luego.

TORREZNO. Déjame llamar quien cuente.

FEDERICO. No, traidor; que ya te entiendo.

TORREZNO. (Aparte).

Acabóse. Cristo mío

¿qué haré aquí?

FEDERICO.                   ¿Qué esperas, necio?

¿Quieres que te mate yo?

TORREZNO. No. Señor. (Ap. Pues vive el cielo,

que si aprieta, le he de dar;

ello no tiene remedio).

Pues ¿no me dirás qué gusto

puedes esperar muriendo?

FEDERICO. ¿Eso dudas? No penar,

no verme como me veo,

sin Porcia; ser fino amante,

y quitarte a mi tormento,

con una muerte de alivio,

mil de dolor que padezco;

ir el alma, que está unida

en un amoroso incendio

a la suya, donde está;

y en lazo apacible y tierno

lograr su amada presencia,

gozar sus dulces afectos;

que esto es vida solamente,

y muerte la que yo dejo.

TORREZNO. Y ¿sabes tú dónde está?

FEDERICO. Pues ¿hay duda que en el cielo?

TORREZNO. Y ¿si errases el camino,

y te fueses al infierno?

FEDERICO. Yo he de ir donde ella estuviere,  
porque soy suyo, y no puedo



dejar de seguir sus pasos.  
Con ella he de verme luego,  
que allá no hay reyes tiranos,  
ni padres hay tan sangrientos.

¡Ah bárbaros! ¡Ah crueles!  
Y tú traidor, que el remedio  
me estás dilatando aquí...

TORREZNO. (Aparte).

¡Virgen, cuál se va poniendo!  
Él perdió todo el sentido.

FEDERICO. ¿Qué esperas?

TORREZNO. Alto, esto es hecho;  
yo te mato.

FEDERICO. Pues acaba.

TORREZNO. Ah, sí... Ahora que me acuerdo  
(Ap. ¡Que no venga nadie aquí!)

Señor, ¿no llevas dinero  
para regalarla allá?

FEDERICO. El regalo es el afecto.

TORREZNO. ¿No te has de casar con ella?

FEDERICO. ¿A qué voy yo sino a eso?

¿Qué lo dudas?

TORREZNO. Pues ¿no ves  
que están las almas en cueros,  
y habrás menester vestirla  
para la boda?

FEDERICO. ¡Hay tal necio!

TORREZNO. (Ap. Si esta treta no me vale,  
no hay que esperar otro medio).

Señor, ya que morir quieres,

¿No es mejor morir más presto?

FEDERICO. Claro está.

TORREZNO. Pues una flor  
hay aquí, que si la encuentro,  
en tocándola a la espada  
te matará su veneno,  
sin decir aquí me duele.

FEDERICO. Búscala.

TORREZNO. Ya voy a eso.

FEDERICO. ¿Adónde vas?

TORREZNO. A Palacio.

FEDERICO. ¿Me dejas?

TORREZNO. No, sino huevos.

FEDERICO. ¡Ah, traidor, que me engañaste!

¿Cuál es la flor?

TORREZNO. La del berro. (Vase).

## ESCENA VII

FEDERICO; PORCIA, oculta.

FEDERICO. ¿Qué es esto, cielos? Qué dolor tan fuerte es este que padece el alma mía?

Tanto tormento es ya vivir un día que el morir en alivio se convierte.

No es desesperación querer mi muerte si ha de acabar en mí esta tiranía; que no es contra mi vida la porfía, sino contra la vida de mi suerte.

Muerte cruel, si este renombre tienes, ¿por qué en su amparo con mi vida luchas, y irritada en el golpe te detienes?

Pero tú al que te llama bien te escuchas; no dejas de venir cuando no vienes, sino que quieres que padezca muchas.

(Porcia se aproxima, recatándose entre las ramas).

PORCIA. Solo está Federico. ¡Qué de enojos te doy, esposo mío!

Perdona el recatarme de tus ojos; que mayor mal te excusa mi desvío.

FEDERICO. Ya, cielos, sé yo el modo con que morir espero:

si me falta el acero, súplale la memoria, que lo es todo.

Ángel del cielo, cuya esfera pisa tu pie, alienta mi llanto, aunque tu gloria le convierta en risa, y pueda el dolor tanto, que me maten amor, ausencia y celos.

PORCIA. ¡Ah, quién pudiera consolarle, cielos!

FEDERICO. Sacar las prendas quiero que tengo tuyas, sírvanle de puntas al pecho, aquí están juntos.

(Saca los objetos que nombra).

Si a este dolor no muero, ¿de qué sirve el teneros tan guardadas?

¡Ay dulces prendas, por mí mal halladas este retrato suyo me dio un día con palabra de esposa;

¡Qué alegre estaba el alma! ¡Qué gozosa!

Pues cuando yo en la mano le tenía, de tres glorias gozaba:

que en él, en mí y en ella la miraba.

Mas ya ni en mí ni en ella

ni en él su imagen veo;

¿cómo, retrato, engañas al deseo?

¿También tú eres de parte de mi estrella?  
Mas para que me maten las memorias  
de mis perdidas glorias  
acuerdas las pasadas.  
¡Ay dulces prendas, por mí mal halladas!  
PORCIA. Perdóneme la Reina y su preceto,  
atropéllese el riesgo, y mi secreto  
no agravie esta fineza;  
que ya es mayor delito mi dureza.  
FEDERICO. Estos papeles, llenos de favores,  
son los que me escribía:  
en uno dellos celos me pedía;  
quien muriendo de amores  
estaba como yo, ¿qué sentiría?  
Siempre que estaba solo le leía.  
Papel de mi consuelo, ya has trocado  
el oficio y la suerte;  
pues busco en ti la muerte,  
añade este a los gustos que me has dado;  
mas ya tus letras son como borradas.  
¡Ay dulces prendas, por mí mal halladas!  
PORCIA. Yo salgo, aunque la Reina tenga queja;  
que más culpa es negarme a lo que adoro.  
FEDERICO. De en pura madeja  
ella misma cortó estas hebras de oro;  
¡Oh lazo hermoso y bello,  
serviste de prisión a mi albedrío,  
y agora te apercibes para el cuello!  
¿Háceslo como suyo o como mío?  
De ti mi muerte fío.  
Mas ya con el dolor me rinde el sueño.  
Prendas, pues de mi muerte os hago empeño,  
haced que no despierte;  
durmiendo, fácil es darme la muerte,  
pues sois glorias soñadas.  
¡Ay dulces prendas, por mí mal halladas! (Duérmese).  
PORCIA. ¡Ay cielos! De la pena desmayado  
u del sueño rendido  
Federico ha quedado:  
tanto en él ha podido  
mi muerte, imaginada en mis heridas.  
¡Ay esperanzas, por mi bien perdidas!  
¿Qué dureza resiste  
a tanta obligación? ¿Cómo replico  
a mi amor? Yo le llamo: -¡Federico!  
¡Esposo! -Mas (¡ay triste!)  
el Rey viene hacia aquí. (¡Mortal me siento!)

¿Qué haré? que se me ha helado el movimiento.

### ESCENA VIII

EL REY. -DICHOS

REY. Ya que mi dolor me irrita  
a la venganza que espero,  
de la sangre que por mí  
derramada en Porcia veo,  
mientras que en el Almirante  
se ejecuta mi decreto,  
al retiro deste parque  
solo a dar voces me vengo;  
muera el tirano cruel,  
que osó, bárbaro y sangriento,  
matar... Mas ¿qué es lo que miro?  
¡Federico es este, cielos!

PORCIA. (Aparte).

De turbada y temerosa  
ni huir ni moverme puedo.

REY. De Porcia es aquel retrato.

¡Que esto miro! ¡Que esto veo!

¡Que cuando afligido lloro,

injurado de desprecios,

coronado de favores,

y con gustos halagüeños,

esté contemplando este

el dolor que yo padezco!

¿Por ella, no estoy sin vida?

Pues ¿qué aguarda mi despecho,

que, de mi furor llevado,

con este puñal sangriento

a este traidor no le clavo

aquel retrato en el pecho?

PORCIA. (Aparte).

¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?

¡Ay de mí! que ya este riesgo

es más que el que yo temía.

REY. Torpe acción, injusto hecho

será matarle dormido;

mas ¿cómo desto me acuerdo

con el agravio a los ojos,

y a vista del duro infierno

de celos en que él me tiene?

El que discurre con ellos

no tiene discurso; ¡Muera!

PORCIA. (Ap. ¡Ay de mí, que agora muero!)

Federico, que te matan;

¡despierta, despierta!

FEDERICO. (Despierta).

¡Ay cielos!

PORCIA. Pues ya excusé su peligro,  
huya del mío mi aliento. (Vase).

#### ESCENA IX

EL REY, FEDERICO.

FEDERICO. ¿Qué es esto, Señor? ¿Qué intentas?

REY. (Aparte)

Mi valor me valga. El eco  
de aquella voz ¿no es de Porcia,  
que ya, desmintiendo el viento,  
se desvaneció a mis ojos?

¿Si esto fue ilusión, o el cielo  
con tal prodigio me avisa  
del error con que le ofendo?

FEDERICO. Señor, si matarme quieres,  
como lo muestra el acero  
en tu mano, acaba ya;  
débate lo que padezco  
este favor, y este alivio  
mis fatigados alientos.

REY. ¿Qué dices?

FEDERICO. Que me des muerte;

y pues por tu causa pierdo,  
Señor, lo más de la vida,  
quítame también lo menos.

REY. Eso intentó mi furor,  
pero revocó mi intento  
no comprendido prodigio;  
mas si es tanto tu despecho,  
dátela tú; que de mí  
ya te ha defendido el cielo.  
(Vase, y déjale el puñal).

#### ESCENA X

FEDERICO. Sí haré; yo me daré muerte  
en mi dolor, suponiendo  
que también es el impulso  
de quien es el Instrumento.  
Cielos, que de mi congoja  
testigos sois y el tormento  
que padezco, sedlo aquí  
de que es piedad mi despecho,  
y no desesperación,  
pues para aliviarme muero.

¿Qué esperas pues, mano osada?  
Intenta...

ESCENA XI

TORREZNO. -FEDERICO.

TORREZNO. ¡Válgame el cielo!

Señor, Señor, dame albricias.

FEDERICO. ¿Qué quieres?

TORREZNO. Que agora vengo  
de ver a Porcia.

FEDERICO. ¿Qué dices?

TORREZNO. Que deste parque saliendo  
la he visto.

FEDERICO. ¿Porcia está viva?

TORREZNO. Así estuviera mi abuelo.

(Ap. Una labradora he visto  
que era su retrato mesmo;  
con ella la he de engañar).

FEDERICO. Vamos allá.

TORREZNO. Vamos luego.

FEDERICO. ¿Porcia es viva?

TORREZNO. Como azogue.

(Ap. Con esto aliviarle pienso;  
que si él traga el perro agora,  
después, sabrá que era muerto).  
(Vanse).

Salón del palacio.

ESCENA XII

EL ALMIRANTE, EL MARQUÉS, CRIADOS.

ALMIRANTE. Marqués, ¿dónde me lleváis  
con tal silencio? ¿Qué es esto?

MARQUÉS. Ya es fuerza que lo sepáis.

Almirante, vamos presto.

ALMIRANTE. ¿Por qué?

MARQUÉS. Porque a morir vais;  
el Rey lo manda.

ALMIRANTE. Es muy justo

no me turba la sentencia  
ni la muerte me da susto,  
que ya por su brazo injusto  
logró el mío esta violencia.

Con haberme condenado  
el Rey, la opinión desmiente  
que en el mundo me ha quedado,  
pues vivo como culpado,  
y muero como inocente;

que el matar yo por mi honor  
a mi hija con despecho,  
aunque lo apruebe el valor,  
mientras yo vivo es rigor;  
muriendo será bien hecho.

MARQUÉS. Vamos pues.

ALMIRANTE.

Vamos, Marqués,

#### ESCENA XIII

LA REINA, DAMAS. -DICHOS.

REINA. Deteneos, esperad.

(Ap. Ya el postrer remedio es  
mi desdicha; muera pues  
mi amor, y no esta lealtad).

Marqués, con esta ocasión  
decid al Rey que yo aquí  
suspendo esta ejecución;  
que yo daré la razón  
a su alteza.

MARQUÉS. Harélo así.

(Vase con los criados).

#### ESCENA XIV

LA REINA, EL ALMIRANTE, DAMAS; luego, LAURA.

ALMIRANTE. Pues, Señora, ¿qué intentáis?

Cuando yo de mis congojas  
voy a lograr el alivio,

¿vos con señas de piadosa  
sois conmigo más cruel?

¿Tan buena vida, Señora  
es la mía, que la muerte  
vuestra clemencia me estorba?

REINA. Almirante, vuestra culpa  
no es lo que pensáis, y ahora  
lo veréis.

(Sale Laura).

LAURA. (Ap. a la Reina).

Ya está Roberto  
esperando aquí con Porcia.

REINA. (Ap. Y el Rey viene al mismo tiempo,  
mi resolución heroica  
corre por mí, aunque esto sea  
la parte más dolorosa).

Almirante, retiraos  
a esta antecámara ahora,  
que ahí hallaréis vuestra vida.

ALMIRANTE. Ya os obedezco, Señora.

(Vanse.)

ESCENA XV

EL REY, EL MARQUÉS, FEDERICO, TORREZNO, CRIADOS.

REY. ¿Qué dices, hombre, qué dices?

FEDERICO. Que a tus pies, Señor, se postra  
mi amor y mi rendimiento;  
y la acción más generosa  
que hizo mano liberal  
te pido, que es darme a Porcia.

REY. ¿Porcia está viva? ¿Qué dices?

FEDERICO. Señor, mi pecho te informa  
donde viva verla puedes.

TORREZNO. (Ap. al rey).

Señor, una labradora  
que se le parece mucho  
es la que dice, no Porcia;  
lleva adelante su engaño,  
pues con esto el juicio cobra.

REY. Traidor, villano, ¿un contento  
que olvidó mis penas todas,  
me desvaneces tan presto,  
aunque fuera engaño? Arroja,  
Marqués, aqúeste traidor  
por ese balcón.

TORREZNO. ¡Pelotas!

Señor...

REY. Arrojadle al mar.

TORREZNO. Por la Virgen de la Aurora,  
que la echaron a un estanque,  
que tengáis misericordia.

ESCENA XVI

LA REINA, DAMAS, LAURA, PORCIA, EL ALMIRANTE. -DICHOS.

REINA. No le ofendáis, deteneos;  
quien dice que vive Porcia,  
dice verdad.

TORREZNO. Sí, Señor,  
viva está. (Ap. Démosle sogá,  
si el Rey también está loco).

REINA. La ejecución rigurosa  
suspendí del Almirante,  
porque si a ella te provocas  
por pensar que Porcia es muerta,  
aquí, Señor, está Porcia.

REY. ¡Cielos! ¿qué es esto que escucho?

REINA. Escucha, Señor, ahora.



Yo, Señor, viendo el peligro  
de tus penas amorosas,  
y que tu ciega pasión  
te despeñaba traidora  
a un precipicio tan loco  
como al que ingrato te arrojas;  
viendo a Porcia con indicios  
de la vida que ya goza,  
de secreto la curé;  
y lo dispuse de forma,  
que hecho el entierro en secreto  
tuvieses por muerta a Porcia  
eso intentó mi fineza,  
creyendo mi fe amorosa  
que perdida la esperanza,  
cesaran tus ansias locas.  
Pero viendo que no cesan,  
que el dolor más te apasiona,  
que la inocencia padece,  
y mi mal no se mejora;  
que la dolencia de un triste,  
cuando a los hados enoja  
y le ofenden por destino  
con el remedio empeora;  
ya que vencerlos no puedo,  
quiero vencerme a mí propia,  
para que mi diligencia  
lleve de mí esta vitoria.  
Yo aquí, Señor, soy quien hago  
esta causa escandalosa;  
yo quien tu amor hace injusto,  
y cruel contigo a Porcia.  
Pues si por mí tantos males  
solamente se ocasionan,  
quiebren por mí las desdichas,  
y padézcalas yo todas.  
A Porcia tienes presente,  
cásate, Señor, con Porcia;  
que para que hacerlo puedas,  
yo elijo una celda sola,  
donde viviré contenta  
de ver que tu gusto logras,  
y que yo por él he hecho  
la fineza más costosa.  
Desde aquí me iré a un convento,  
donde moriré gustosa,  
como allí haya donde quepan

mis lágrimas amorosas.

PORCIA. No lo acete vuestra alteza;  
y antes, Señor, que responda,  
sepa que yo he de morir  
mil veces.

REY. Detente, Porcia.  
(Ap. ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?  
¿Es posible que tan loca  
sea mi pasión, que no haya  
he conocido hasta ahora  
la estimación que merece  
la fe amante de mi esposa?  
Y ¿que se haya de decir  
que una mujer valerosa  
supo vencer sus pasiones,  
cuando a mí me arrastran todas?  
¿Yo no he de poder vencerme,  
y ella sí? ¡Oh luciente antorcha  
del desengaño, que alumbras  
cuando más tu luz importa!)  
Señora, a vuestra razón  
no doy respuesta, ni hay otra  
sino el arrepentimiento  
que mis yerros me ocasionan.  
Pero yo prometo al cielo  
que en mi amor se reconozca  
tal enmienda, que ella sea  
la satisfacción más propia.  
Y porque tenga principio,  
Federico, dale a Porcia  
la mano.

FEDERICO. Y el alma en ella.  
¡Ay dulce perdida gloria!

PORCIA. ¡Ay querido esposo mío!

ALMIRANTE. De vuestras plantas heroicas  
beso mil veces la estampa.

REINA. Ya fue mi pena dichosa.

TORREZNO. Laura, yo envido mi resto.

LAURA. Quiero.

TORREZNO. Pues con estas bodas  
y un vitor, da fin dichoso  
aquí Primero es la honra.

Primero es la honra

Agustín Moreto

PERSONAS

EL REY DE SICILIA.

FEDERICO.

EL MARQUÉS.

EL ALMIRANTE, viejo.

LA REINA.

PORCIA.

LAURA, criada, graciosa.

TORREZNO, criado, gracioso.

CELIA, criada.

CLAVELA, criada.

FENISA, criada.

DAMAS. -CRIADOS

MÚSICOS.

La escena es en Palermo.

Jornada primera.

Calle-Noche.

ESCENA I

EL REY, EL MARQUÉS, MÚSICOS

REY. Marqués, ya estáis enfadoso;

quien me viene a acompañar,

no me viene a aconsejar.

MARQUÉS. Sin ser, Señor, sospechoso

puedes lograr tu deseo;

que no le está bien a un rey,

que es custodia de la ley,

publicar un galanteo

de una hija de un almirante,

a quien Sicilia pregona

que, debe más tu corona

que el cielo al nombre de Atlante.

Y este recato, Señor,

que mi advertencia te mueve,

más a la Reina se debe  
que al respeto de su honor,  
pues siendo en la sucesión  
de Nápoles heredera,  
por ella Sicilia espera  
destos dos reinos la unión;  
y cuando acuerdo tan sabio  
no se deba a esta ventura,  
Te merece su hermosura  
el recato del agravio.

REY. Sólo por eso lo siento;  
pero es tal mi ceguedad,  
que arrastra mi voluntad  
a todo mi entendimiento.

Ya veo la estimación  
que debo a mi esposa bella;  
Mas ¿he de dejar por ella  
abrasar mi corazón?

Ya veo que al Almirante  
debo conforme amistad,  
amor, fineza y lealtad,  
siendo en mi reino el Atlante;  
mas si Porcia es mi homicida,  
¿Cómo quieres que en sus ojos  
prefiera yo sus enojos  
al peligro de mi vida?

Mil noches aquí he venido  
a verla osado y resuelto,  
y sin conseguirlo, he vuelto  
desesperado y corrido;  
y así, estoy determinado  
a que pasees la calle  
con la música, por dalle  
ocasión a su cuidado.

Aquí retirarme intento;  
cantad sin hacer reparos;  
que si ella sale a escucharos  
con verla estaré contento.

MARQUÉS. Si ya estás determinado,  
no te quiero replicar.

REY. Pasando podéis cantar,  
mientras yo estoy retirado.

MÚSICA. Salid, hermosos luceros,  
que de las luces del alba  
tenéis las veces en Porcia,  
cuando nace en sus; ventanas.

ESCENA II.

FEDERICO Y TORREZNO, con espadas y brochetes. -DICHOS.

TORREZNO. ¿Musiquita en nuestra calle,  
señor?

FEDERICO. Algo me ha inquietado,  
aunque es vano mi cuidado;  
porque ¿quién puede estorballe  
a la ociosa juventud  
de la corte este ejercicio,  
que con señales de vicio,  
suele a veces ser virtud?

TORREZNO Si esto es virtud y agasajo,  
y a tu dama se le aplica,  
será una virtud que pica.

FEDERICO ¿Cuál es esa?

TORREZNO. La del ajo.

FEDERICO. ¿Quién quieres que a Porcia bella  
mire, siendo yo su amante,  
y mi tío el Almirante  
quiere casarme con ella?

TORREZNO. Conozcámoslos muy bien;  
ven, que así te satisfaces.

FEDERICO. Tente, Torrezno; ¿qué haces?

TORREZNO. Echar mano a la sartén.

MARQUÉS (Al Rey)

Señor, allí se han parado  
a oír.

REY ¿Qué importa? Cantad,  
y la calle pasead  
sin recelo y sin cuidado.

MÚSICA. El sol de los bellos ojos  
de la noche a la mañana  
sopla la luz del que ausente,  
vencido de Porcia falta.

FEDERICO. ¿Qué escucho?

TORREZNO. ¡Oh músico astuto!  
Embistamos.

FEDERICO. ¡Ay de mí!

TORREZNO. Quien de Porcia cantó aquí  
ha mentido, si no es Bruto.

FEDERICO. ¿Quién va?

TORREZNO. Venga quien viniere;  
¿Agora estás preguntando,  
cuando estoy yo reventando?

Caballero, sea quien fuere...

MARQUÉS. Cantad.

TORREZNO. Tú lo cantarás;

y tú abrirás un garguero,  
que te cante por enero  
Como gato.

MARQUÉS. Cantad más.

MÚSICA. Fénix del sol es la muerte,  
pues le logra la distancia.

FEDERICO. A tan soberbia arrogancia  
se castiga desta suerte.  
(Sacan las espadas).

REY. Morirán, viven los cielos,  
pues sacaron las espadas.  
(Éntranse todos por un lado, riñendo, y salen por otro).

Calle. -Zaguán de la casa del Almirante.

ESCENA III

EL ALMIRANTE, CRIADOS, con luces. -DICHOS.

TORREZNO. A ellos, Señor, estocadas  
como quien hace buñuelos.

ALMIRANTE. (Dentro).

Luces criados. ¿Aquí  
espadas?

TORREZNO. Ea, gallinas.

MARQUÉS. Ah Señor, ¿qué determinas?  
que sacan luz.

REY. Ven tras mí.

(Vase con el Marqués y los músicos, y al pasar por delante del zaguán, salen los criados  
con hachas encendidas).

ALMIRANTE. (Al salir).

¿Quién va? Tened las espadas.

FEDERICO. (Aparte).

¡El Rey fue, cielo divino!

ALMIRANTE. Pues Federico, sobrino,  
¿a mi puerta cuchilladas?

Entra adentro.

FEDERICO. (Aparte a Torrezno).

¡Ah amor tirano!

De la luz al resplandor

Conocí al Rey.

TORREZNO. Yo al olor,  
porque olía a franchipano.

(Entran por una puerta, y salen por otra).

Habitación en la casa del Almirante.

ESCENA IV.

EL ALMIRANTE, CRIADOS; FEDERICO, TORREZNO.

ALMIRANTE. (A los criados, que se retiran).

Retiráos. -Di lo que pasa,

Federico; ¿qué has tenido?

FEDERICO. Señor, algún atrevido,  
que al decoro desta casa  
perdiendo estaba el respeto.

ALMIRANTE. ¿Cómo?

FEDERICO. Dando a sus balcones  
Música en necias canciones.

ALMIRANTE. Tú hiciste necio conecto,

porque esta casa por ley,  
siendo la de un almirante,  
en decoro, semejante  
es al palacio del Rey;  
y el que lo mira discreto,  
más que un exceso ha de hallar  
antes que llegue a pensar  
que la pierden el respeto.

Pensarlo es juicio liviano,  
porque canten a un balcón;  
que no ofende la intención  
donde no puede la mano.

En otra casa no ignoro  
que ofensa el cantar sería,  
no, Federico, en la mía,  
guardada de mi decoro;  
que quien porque eso ha sentido  
forma en su casa querella,  
presume que hay riesgo en ella  
por donde ser ofendido.

Mira tú, el respeto dando  
a mi casa que se debe,  
si eres tú quien se te atreva  
o los que estaban cantando.

TORREZNO. Buena dotrina, por Dios,  
con lo que cantando estaban.

ALMIRANTE. Pues ¿qué era lo que cantaban?

TORREZNO. Uno a uno, y dos a dos.

ALMIRANTE. ¿Qué decía?

TORREZNO. Linda quimera,  
y a Porcia.

ALMIRANTE. ¿A Porcia señalas?

TORREZNO. Sí, Señor, y en coplas malas;  
que malo a ser buenas, fuera;  
y hacer a tina dama bella  
un galán, lleno de amor,  
malas coplas, es peor  
que torear mal por ella.

FEDERICO. No soy yo tan desatento,

que errar pude esa atención.

TORREZNO. Digo que tuvo razón;  
que es esto ya atrevimiento.

ALMIRANTE. Federico, aun siendo así,  
no has hecho bien, si el castigo  
malograste; entra conmigo.  
Pero Porcia viene aquí.

#### ESCENA V

PORCIA, LAURA. -EL ALMIRANTE, FEDERICO, TORREZNO.

PORCIA. Padre y señor, con cuidado  
me ha tenido aquel rumor;  
mas ¡qué miro! ¿sin color  
Federico, y tan turbado?

FEDERICO. (Aparte).

Ya no miro como amante  
a Porcia en tantos recelos;  
agora siento mis celos,  
que está la causa delante.

PORCIA. Señor, ¿qué rumor ha habido  
aquí esta noche?

ALMIRANTE. Hija mía,

Alguna necia porfía  
de mis criados ha sido;  
para tu cuidado es nada,  
pues saber te importa más  
que mañana quedarás  
con Federico casada.

PORCIA. Pues, Señor, ¿cómo?

ALMIRANTE. En ti es ley  
obedecer y callar  
y en mí el irlo a efectuar,  
pidiendo licencia al Rey.  
(Vase).

#### ESCENA VI

PORCIA, LAURA, FEDERICO, TORREZNO.

LAURA. Señora, albricias te pido.

PORCIA. Laura, tendrás las mejores,  
pues por dártelas mayores  
se las pido a Federico.

FEDERICO. ¡Ay de mí!

PORCIA. ¿Cómo, Señor?

Primo, pues ¿tú suspirando,  
cuando yo estoy esperando  
parabienes de tu amor?

TORREZNO. (Aparte).



Esto es como la casada,  
que viéndole con desdén,  
pidió al novio el parabién  
y era que estaba preñada.

PORCIA. Pues ¿qué es esto, Federico?

¿Tú enmudeces, cuando loca  
tan justo placer me tiene?

¿Tú suspensas?

TORREZNO. Sí, Señora,  
suspensas e irregular.

PORCIA. ¿Irregular? ¿de qué forma?

TORREZNO. Porque ha andado a cuchilladas,  
con un hombre de corona.

PORCIA. ¿Qué ha sido esto, Federico?

FEDERICO. Pluguiera a los cielos, Porcia,  
que yo hubiera enmudecido  
antes que tan dolorosas  
voces y quejas saliesen  
del corazón a la boca.

Porcia, mi amor acabó,  
y su llama abrasadora,  
o la apagó helado soplo,  
o se consumió a sí propia.

Que se apagó dije; miento,  
que antes ya más poderosa  
crece en mí para tormento  
la que ardió para lisonja.

El efecto solamente  
te he dicho de mi congoja,  
no la causa, que ella misma  
da a entender que no la ignoras:  
porque el Rey, Porcia, en tu calle  
con música escandalosa,  
que en sus canciones tu nombre  
por más fineza pregona,  
no viniera ni intentara  
escándalos tan a costa  
de tu fama, a no tener  
favores que le ocasionan.

Amante que se publica  
sus posesiones blasona;  
que el que en desprecios pretende,  
con el recato soborna.

Tú, Porcia, tú y tus favores  
le llaman y le provocan;  
tu letra es; mas no presumas  
que es esto queja, Señora,

que yo no puedo tenerla  
sino de mi suerte corta,  
pues tú aciertas tu fortuna,  
aunque yerras la victoria.  
Porque aunque sea en desprecio  
del amor que me apasiona,  
negar no puedo que ha sido  
cuerda elección, y aun forzosa,  
dejar la rústica flor  
por el clavel, que corona  
de olorosas majestades  
la púrpura de sus hojas.  
El clavel, Porcia, es el Rey,  
yo la flor humilde y tosca,  
que solo nació a ser una  
entre el vulgo de las otras.  
En él brinda a que le elijan  
aquella encendida pompa,  
que en ámbares carmesíes  
vierte el carmín que le adorno.  
A mí me humilla un matiz  
tan pálido, que aun no cobra  
mas color con la vergüenza  
de ver que por él me arrojan.  
La mejor tu mano elige,  
mi estrella pierde por poca,  
el Rey te gana por grande,  
y tú quedas más dichosa.  
Lógrale pues, y a mi tío  
propón tú la causa ahora  
que más conveniente sea  
para excusar nuestras bodas.  
Pues dándote la palabra  
de que mi labio no rompa  
las cláusulas del silencio,  
que a tan grave caso importa,  
yo vendré en cuanto dijeres,  
aunque me culpes, Señora,  
añadiendo esta fineza  
para remate de todas,  
que aunque no sea agradecida,  
poco, entre tantos, importa  
que esta por última siga  
la desdicha de las otras.  
Solo siento que en mi pena  
no merece a mi congoja  
tu desagradecimiento

el tierno llanto que llora.  
No te debo este dolor;  
pero aunque así lo conozca,  
sin darte queja de ingrata  
de falsa ni de alevoso,  
solo iré a llorar mi suerte.  
Vierta pues la ardiente copia  
de lágrimas y suspiros  
que ya en el pecho me ahogan:  
que aunque más que a ti, los debo  
a tan mal gastadas horas,  
yo los daré al mar y al viento;  
cóbrellos el que le toca.

(Hace que se va).

PORCIA. Federico, aguarda, espera.

(Ap. ¡Ay cielos! cuán a mi costa  
me ha salido la fineza  
de haber callado hasta ahora  
El amor del Rey, pues dél  
me resulta una deshonra).

Vuelve, Federico, escucha.

FEDERICO. ¿Qué es lo que me quieres, Porcia?

TORREZNO. Antes no te quiere nada;  
que ese es el pleito.

PORCIA. ¿Qué sombras,  
qué ilusiones, qué apariencias  
son estas que te apasionan?

FEDERICO. La sombra, Porcia, es mi amor,  
la apariencia fue su gloria;  
que estar el Rey en la calle  
no fue apariencia ni sombra.

PORCIA. ¿Qué rey, Señor?

TORREZNO. El de espadas;  
que pensó venir de copas,  
y sobre mí puso bastos.

LAURA. ¿El Rey sobre ti?

TORREZNO. En persona.

LAURA. ¿Tú viste al Rey?

TORREZNO. Y al caballo;  
y si sales tú, a la sota,  
y había una tercia real.

PORCIA. Federico, quien te enoja  
puede ser que sea tu antojo,  
tu aprensión o tu memoria;  
porque ni yo sé del Rey,  
ni si ciego me enamora,  
ni si músicas me ha dado;

que mi atención está sola  
en tu amor, a quien el alma  
ha tantos años que adora  
como amante y como dueño,  
y con suerte tan dichosa,  
que es de mi amante precepto  
lo que es del alma lisonja.

FEDERICO. Eso sí, niégalo todo;  
claro está que tú lo ignoras:  
porque un Rey enamorado,  
y que la calle te ronda,  
y que tu nombre publica  
en canciones amorosas,  
no es para que tú lo sepas,  
ni es posible que lo oigas,  
cantándolo a tus balcones.  
¡Viven los cielos, Señora,  
que harás que me desespere,  
si pretendéis, cautelosa,  
que en una traición tan clara  
piense yo que tú la ignoras!

PORCIA. ¿Qué quiere decir traición?  
Señor, el labio reporta,  
que echas a perder la queja  
si en el decoro me tocas.

FEDERICO Pues ¿no es traición el negarlo?  
Quien niega una queja toda,  
supone que en lo que niega  
hay delito que le toca.

PORCIA. Y cuando yo lo supiera,  
¿es consecuencia forzosa,  
que porque el Rey me festeje,  
mi pecho le corresponda?  
¿No pudiera ser saberlo,  
y callarlo quien te adora;  
siendo fineza, y no culpa,  
excusarte una zozobra?

¿Ha habido mujer alguna  
que por ser atenta, loca  
a quien quiere bien le diga  
que otro galán la enamora?

Es buena satisfacción  
he quererle el darle, a costa  
del dolor de verte triste,  
a su amante una congoja?

¿No puedo ser yo quien soy,  
sin que tú el riesgo conozcas?

¿He menester yo tu pena  
para defender mi honra?  
Y cuando nada en mi abono  
mi decoro aquí suponga,  
y a mí me quieras, hacer  
mujer común como todas,  
cuanto puedes pensar es  
que admito al Rey, y engañosa  
quiero casarme contigo,  
para encubrir mi deshonra.  
¿Puedes pensar más de mí?  
Pues mira si esto conforma  
con darme música el Rey  
y hacerme infamia notoria.  
¿Puedo ser tan necia yo,  
cuando a engañarte me ponga,  
que un escándalo permita,  
que mi liviandad pregona?  
No, Federico, no cabe;  
que no es mi razón tan poca  
que has de suponerme necia,  
ya que libre me supongas,  
y pues no puede ser eso,  
y el mismo indicio te informa  
que implica con tu sospecha,  
véte, Federico, ahora,  
y advierte que si en tu vida  
mirarme a los ojos osas,  
has de hallar del basilisco  
en su vista la ponzoña.  
(Hace que se va).

FEDERICO. Señora, Porcia, mi dueño,  
escucha, espera; que tomas  
de un delito, que es fineza,  
la venganza muy costosa.  
Aguarda.

PORCIA. ¿Qué he de aguardar?

TORREZNO. ¿Ven aquí ustedes? Erróla,  
y ahora la pide trocada,

FEDERICO. Si hallo un rey que te enamora,  
si a mí en méritos me falta  
lo que a él en poder le sobra...

PORCIA. ¿Qué es que me enamora un rey?

Pues eso, Señor, ¿qué importa,  
para pensar tú de mí  
que, habiendo de ser tu esposa,  
puedo yo corresponderle?

Porque él me, quiera, ¿es forzosa  
la liviandad en mi pecho,  
y en su empeño la victoria?  
¿Mi albedrío está en su intento?  
O yo puedo por mí sola  
obrar bien y mal, o no:  
si puedo, es sentencia loca  
dar por hecho en mí el delito  
sólo porque él me enamora;  
si no puedo y se gobierna  
mi voluntad por la otra,  
no soy yo quien te comete.

Quéjate de quien te enoja.

FEDERICO. Ya veo, Porcia, que erré;  
mi desconfianza propia  
es tanta como mi amor;  
yerro fue della, perdona.

PORCIA. Luego estás ya de mi amor  
satisfecho?

TORREZNO. Sí, señora,  
Satisfecho, mas no hartó.

FEDERICO. La razón es poderosa.

PORCIA. Ah, sí. ¿que fue la razón  
quien te ha vencido? Bien doras  
el yerro de la sospecha;  
pues ¿no fuera más airosa  
fineza que tú le dieras  
a mi fe aquesta victoria  
que a la razón, Federico?

FEDERICO. Siendo ella tuya, ¿qué importa?

PORCIA. Pues pídele a la razón  
que te favorezca ahora.

TORREZNO. Ea, fulleros de amor,  
que os dais con la retirón,  
si esto ha de parar en bien,  
para qué son carantoñas?

Dáos las manos, porque acabe  
esta cena en pepitoria.

Ea, Señora...

PORCIA. No quiero.

TORREZNO. Ese es cabe, golpe en bola.

FEDERICO. ¿Que no queréis, Porcia?

PORCIA. No.

FEDERICO. ¡Cómo en el rendido corta  
la espada!

PORCIA Si eso confiesas,  
los brazos y el alma toma. (Abrázale).

FEDERICO. En ellos te doy la mía.

TORREZNO. Aquí paz, y después olla.

FEDERICO. Porcia, a asistir a mi tío  
voy a palacio.

PORCIA. ¡Qué corta  
es la vida del contento!

FEDERICO. ¿Quejaste?

PORCIA. No; que es forzosa  
obligación.

FEDERICO. Pues licencia  
Te pido.

PORCIA. Tú te la toma;  
basta que yo ponga el cuello  
sin el cuchillo.

FEDERICO. ¿Te enojas?

PORCIA. Sentimiento hay sin enojo.

FEDERICO. Presto, volveré, Señora.

PORCIA. ¿Vas sin susto?

FEDERICO. Voy temiendo...

PORCIA. ¿A quién?

FEDERICO. A un rey que te adora.

PORCIA. Eso es no fiar de mí.

FEDERICO. Su poder es quien me asombra.

PORCIA. Pues ¿qué puede?

FEDERICO. Ser tirano.

PORCIA. Conmigo no puede.

FEDERICO. ¡Ay Porcia!

PORCIA. ¿No has creído que soy tuya?

FEDERICO. Pues ¿de qué vivo yo ahora?

PORCIA. Véte pues.

FEDERICO. De amor voy cierto.  
(Vase).

PORCIA. Lo demás a mí me toca.  
(Vase).

## ESCENA VII

LAURA, TORREZNO.

TORREZNO. ¡Lindo par de huevos frescos!

¿Qué digo, señora hermosa?

LAURA. Laura me llaman.

TORREZNO. Ya sé  
que eres Laura la inventora,

y sé que eres alcarreña,

y sé que eres socarrona.

LAURA. Mucho sabes.

TORREZNO. Soy Torrezno.

LAURA. Y en fin, ¿qué quieres ahora?

TORREZNO. Ser tuyo.

LAURA. Y ¿qué me darás?

TORREZNO. Concierto ante todas cosas.

En seis años un vestido:

por pascua un jubón, la ropa

otra Pascua, la basquiña

otra, el guardapiés en otra;

otra el calzado, otra el manto,

para que las tape todas.

LAURA. Pues ¿no es mejor todo junto?

TORREZNO. Guarda; que las hembras todas,

en pescándole a uno cuanto

puede dar, dicen a roga.

LAURA. ¡Ay, que seré yo tu esclava

si me das vestido!

TORREZNO. ¡Ay boba!

Que he leído yo a Quevedo,

y sé que las socarronas

son como el perro.

LAURA. Pues ¿qué

tiene el perro?

TORREZNO. Punto en boca.

Un perro junto a una mesa

con vista está tan devota,

que le cuenta los bocados

a su amo y si le arroja

un bocado, se le engulle

sin mascar, y luego torna

a su atención de hito en hito.

Échale otro, y de la forma

se le traga que el primero,

y vuelve luego a la nota;

que dándole poco a poco

se está la comida toda

sin faltar de allí un instante.

Mas si el amo está de gorja

y le arroja un panecillo,

entre los dientes le toma,

y dando un brinco, se zafa,

y en todo el día no torna:

Verbi gracia...

LAURA. Hermano mío,

quien tanto sabe, a Bolonia.

TORREZNO. Entre bobos anda el juego.

LAURA. Anda, chulo.

TORREZNO. Anda, peonza.

(Vanse).



Sala del palacio

ESCENA VIII

LA REINA, EL ALMIRANTE, MÚSICOS.

MÚSICA. Así Vireno culpa  
la desgraciada Olimpa,  
cantando sus finezas,  
llorando sus desdichas.

(Vanse los músicos a una seña de la Reina).

ALMIRANTE. Señora, vuestra alteza  
de su pasión reprima  
la pena, y no la esfuerce  
su injusta tiranía.

REINA. ¡Ay Almirante! ¡ay padre!

Que ya la pena mía,  
como de padre, en vos  
su alivio solicita  
ya rompe en mi silencio  
el coto de la orilla,  
el mar de mi congoja  
donde el alma peligrá.  
De Nápoles princesa,  
a reina de Sicilia  
me trajo vuestra mano,  
mas la elección fue mía;  
que cuando por alivio  
os busco en mis fatigas,  
no os quiero hacer la causa  
de lo que en mí es desdicha.

Logré alegre en mi esposo  
las primeras caricias,  
mas como de quien eran  
duró en mí la alegría;  
que de los desdichados  
se deja hallar la dicha,  
y viene más colmada  
por matar más perdida.  
Desde aquellas finezas,  
que acaso eran fingidas,  
espero las segundas  
y aun menos mal sería  
vivir con esperanza;  
que su entereza esquiva,  
por si este era consuelo,  
también ya me la quita.  
Del Aries a los Peces

su curso el sol termina,  
sin que yo al dulce lecho  
le mereciese un día.  
Cuando estoy a sus ojos  
me agravia con la vista,  
pues para más tormento  
me ven y no me miran.  
Si quiero hablar quejosa,  
lo advierte y se retira,  
y aun antes de escucharla  
la queja me castiga.  
Si lloro, más le ofendo,  
si callo, no se obliga,  
ni el tolerar merece,  
ni el padecer lastima.  
Ni aun me vale el retiro,  
pues cuando dél me libra,  
le veo en mi memoria  
con la dureza misma.  
Llorando el sol me deje,  
y el alba al sol imita,  
la aurora me consuela,  
que me hace compañía.  
Ni ve día ni noche  
mi amor con luz distinta;  
que en mí son siempre iguales  
las noches y los días.  
Dese jardín las plantas  
amanecen floridas,  
y a puro llanto mío,  
anohecen marchitas.  
Mirando en mis pesares  
valor que los resista,  
cansada de la queja,  
me quejo de la vida.  
No os pido yo, Almirante,  
remedio a mi desdicha;  
que sé que no ha de darle  
mi estrella vengativa.  
A que veáis que tengo  
razón mi pena aspira  
¡triste del pecho a quien  
tan poco bien te alivia!  
ALMIRANTE. Aseguro, Señora,  
que al oír vuestra queja,  
vuestro dolor me deja  
tan ofendido agora,

que al buscar el remedio,  
aunque muera por vos, no temo el medio.

Y por mí mismo os digo,  
pues me toca el agravio,  
que no atará mi labio  
el temor del castigo;  
que ya violencias vanas  
No amenazan peligro en estas canas.

Vuestra alteza su llanto  
reprima, gran señora;  
no pierda lo que llora  
quien ha sufrido tanto;  
que es mozo el Rey, y ha errado  
inadvertido o mal aconsejado

REINA. Pues ¿qué enmienda habrá agora,  
si es amor, por más pena,  
quien de mí le enajena?

ALMIRANTE. ¿Sabéislo vos, Señora?

REINA. Eso es lo que yo lloro.

ALMIRANTE. Y ¿sabéis vos a quién?

REINA La causa ignoro.

(Ap. Mayor hiciera el daño  
si le dijese agora  
que es Porcia a quien adora;  
mas puede ser engaño,  
y mal averiguada,  
no es para mí una queja tan pesada).

ALMIRANTE. Pues válgaos la esperanza,  
Señora, del consuelo,  
cuando a mí deste duelo  
tanta parte me alcanza,  
que todo medio tiene.

REINA. Ningún alivio a mi dolor conviene;  
sólo uno lo sería,  
que vos me habéis negado:  
a Porcia he deseado  
ver.

ALMIRANTE. No pasará el día  
sin que la mano os bese:  
y hoy, porque más venturas interese,  
casarla he prometido;  
y la ocasión convida  
a que licencia os pida  
cuando al Rey se la pido.

REINA. (Ap. ¡Qué es lo que escucho, cielos!  
Ocasión tengo de saber mis celos).  
Yo me alegro, Almirante,

que la tengáis casada,  
que de bien empleada  
es indicio bastante;  
pero la diligencia  
me ceded de pedir al Rey licencia.  
ALMIRANTE. Es colmarme de honores.  
Mas el Rey... Aquí espero  
a hablarle.

REINA. Yo no quiero  
Aumentar mis temores.

ALMIRANTE. Pues ¿cómo autor se aleja?

REINA. Es por no dar más causas a la queja.  
(Vase).

ESCENA XX.

EL REY. EL MARQUÉS. -EL ALMIRANTE

REY. Marqués, esto no es posible;  
que es sólo amor mi deseo,  
porque ardor tan imposible  
como el que en mi pecho veo,  
sin duda es mal más terrible.

MARQUÉS. (Ap. al Rey).

Disimula tu dolor,  
Señor, porque está delante  
El Almirante.

REY. ¡Ay amor!

Yo estoy rendido a su ardor,  
y no es posible.- ¿Almirante?

ALMIRANTE. Gran señor.

REY. Hoy he sabido  
una nueva, que me ha dado  
cuidado.

ALMIRANTE. Pues ¿de qué ha sido?

REY. Que el pueblo se ha levantado  
en Mecina.

ALMIRANTE. Ya he tenido

yo el aviso, gran Señor,  
y el remedio se previene;  
mas no asustó mi valor,  
porque otro riesgo hay mayor,  
que vuestra corona tiene.

REY ¿Riesgo? ¿qué decís? Hablad.

ALMIRANTE. Y grave.

REY. De declararos

Con más presteza acabad.

ALMIRANTE. Solo, Señor, he de hablaros.

REY. ¿Marqués?

MARQUÉS                    Señor.  
REY.                        Despejad.  
(Vase el Marqués).

ESCENA X

EL REY, EL ALMIRANTE.

REY. Decid.

ALMIRANTE.                Si se le ha de dar  
su lugar a la razón,

vos no podéis ignorar  
que el mayor riesgo es faltar  
un rey a su obligación.

Vos, Señor, se la tenéis  
de la Reina a la persona.

Tanto, que bien conocéis  
que a su mano le debéis  
la quietud de la corona.

Nápoles, que pretensión  
a aqueste reino tenía,  
os la cedió por su unión,  
dejando en la sucesión  
unida esta monarquía.

Y debiendo tanto amor  
a la Reina y su decoro,  
vos divertido, Señor...;  
mas yo supondré el error,  
advertid que no lo ignoro.

Y aunque a mi oído llegó,  
notad que no os le repito,  
que un vasallo, aun como yo,  
nunca a su rey repitió  
sin libertad un delito.

Si sabe esta sinrazón  
Nápoles, y osados vienen,  
¿qué hará su resolución,  
si al derecho que ellos tienen  
le añadís esta razón?

Y cuando este riesgo quiera  
despreciar vuestro valor,  
¿Sicilia no os reprimiera  
por el amor con que espera  
de vos digno sucesor?

Y si empeño tan forzoso  
no os mueve, que es desventura,  
¿como olvidáis, riguroso,  
la deuda de su hermosura  
y la obligación de esposo?

Si este yerro a cometelle  
os ha obligado el tener  
otro gusto, al poseelle,  
¿Dejaréis vos de tenelle  
por no dárselo a entender?  
Si os ofende mi osadía,  
mi cabeza a vuestra diestra  
ofrezco con alegría;  
pero sabed que en la mía  
cortáis mucho de la vuestra.  
REY. (Ap. Con temor le he estado oyendo,  
porque ya tuve creído.  
Que, como mi mal, supiera  
la causa de mi martirio).  
Almirante, ya que vos  
sabéis este yerro mío,  
os quiero dar el descargo  
como a juez de mi delito;  
esto es por satisfaceros,  
porque tengáis entendido  
que os respondo como a padre  
y os escuché como amigo.  
Yo me casé enamorado  
de una beldad, cuyo hechizo,  
para disculparlo todo,  
me dejó sin albedrío.  
Bien sabéis vos que al casarme  
lo resistí, y que vos mismo,  
por conveniencia del reino,  
me llevasteis al peligro.  
Yo hallé en mi esposa las prendas  
que vos veis y yo publico;  
que la razón arrastrada  
no quita el uso al sentido.  
Mas aunque así lo conozco,  
cada instante que imagino  
que es la nube que me estorba  
el sol cuyos rayos sigo,  
es para mi pecho un áspid,  
a la vista un basilisco;  
y como si fuera cierto,  
huyo en ella mi peligro.  
Reconociendo mi error.  
Varios remedios me aplico;  
procuro olvidar la causa,  
y es el daño a quien olvido;  
que es el olvido cobarde,

y como huye de mi alivio,  
le hallo más lejos de mí  
cuanto más hacia él camino.  
Almirante, yo no hallo  
remedio a los males míos,  
sino es morir, porque veo  
que un imposible conquisto.  
Yo estoy sin mí, yo no mando  
mi razón, yo no la rijo;  
poder superior me arrastra,  
sin ser dueño de mí mismo.  
Yo perdí el entendimiento,  
y a mi voluntad me rindo;  
y mirad si estoy sin mí,  
pues esto a vos os he dicho.

ALMIRANTE ¡Válgame el cielo! ¿Es posible,  
Señor, que os hayáis rendido  
a una pasión que tan poco  
os debisteis al principio?  
Pues tantos riesgos...

REY.    ¿Qué riesgos?

¿Es alguno más que el mío?

¿Puede cuidar del ajeno  
quien muere de su peligro?

Almirante, esta pasión  
no es pasión, sino delirio;  
yo me muero, yo me abraso,  
esto es fuerza del destino;

Yo pierdo...

ALMIRANTE.    Señor, templáos;

¿vos descompuesto? El delito  
no es el mal, sino el remedio  
mal aplicado al peligro.

Ya el delito os aconsejo:  
que de dos males precisos,  
El menor. -¿Quién es la causa?

REY. No puedo, pues no os lo digo.

(Ap. ¡Ay Porcia! Yo he estado loco,  
pues así me precipito).

Almirante, aquesta llama  
tiene diferentes visos  
cada instante; yo estoy ciego,  
y más reportado, os digo  
que procuraré vencerme  
por vos y lo que os estimo,  
y no hablemos más en esto.  
(Ap. Precipitarme he temido).

ALMIRANTE. (Ap. ¿Qué enigmas pueden ser estas?  
¡Válgame el cielo divino!)

La Reina viene, Señor.

REY. Pues yo de aquí me retiro.

ALMIRANTE. Mirad que viene mi hija,  
y su alteza ha de pedir  
una merced para ella.

REY. (Aparte)

No he de poder encubrirlo.

#### ESCENA XI

LA REINA, PORCIA, FEDERICO, TORREZNO, DAMAS. -DICHOS.

REINA. (Ap A averiguar voy mis celos  
temiendo lo que averiguo).

Señor, para agradecer  
a Porcia el haber venido  
a verme, os vengo a pedir  
una merced.

REY. Justa ha sido.

REINA (Aparte)

De ella no aparta los ojos;  
ya di un paso en el indicio.

FEDERICO. (Ap. a Torrezno).

¿Mira el Rey a Porcia?

TORREZNO Al sesgo;

mas parece de hito en hito  
gato que acecha ratón.

REY. Y ¿cuál la merced ha sido?

REINA. Licencia para casarla  
con Federico, su primo.

REY. (Ap. ¡Qué es lo que he escuchado, cielos!  
¿Con quién decís?

ALMIRANTE. Mi sobrino.

(Ap. Parece que el Rey lo extraña).

REINA. (Aparte)

Todo el color ha perdido;  
ya hay otro testigo más.

FEDERICO (Ap. a Torrezno).

Mi vida en su boca miro.

TORREZNO. Si, ya te tiene entre dientes.

ALMIRANTE. Yo Señor, también os pido  
esta merced.

REY. (Ap. ¡Sin mí estoy!

Ya es sin remedio el peligro).

Y ¿con quién quieres casarla?

ALMIRANTE. Pues ya, Señor, ¿no os he dicho  
que con mi sobrino?



REY. (Ap. ¡Ay, cielos!)

Pues ¿quién es vuestro sobrino?

(Ap. ¡Notable empeño!)

FEDERICO. Yo soy.

ALMIRANTE. Mi sobrino es Federico,

que el ser hijo de mi hermano

le hace desta dicha digno!

TORREZNO. (Ap. a Federico).

Mira si estás en su boca,  
pues tragarte no ha podido.

PORCIA. (Aparte)

¡Cielos, temiendo que el Rey

haga empeño de impedirlo,

estoy temblando a sus ojos!

REINA. Yo esta merced os suplico.

REY. No la puedo yo negar;

pero tengo a Federico

empeñado en otra empresa,

y al Almirante, su tío,

más digna de su valor;

y no querrán ellos mismos

que, teniendo alborotado

mi reino, y siendo preciso

su brazo para este empeño,

falte a esta empresa su brío.

Ni yo quiero que este riesgo

turbe el justo regocijo

que se debe a tales bodas.

Almirante, Federico,

Mecina se ha levantado,

y de vuestro valor fío

el sosiego de aquel reino;

tratad luego de partiros.

Sus bodas después, Señora,

se harán sin este peligro,

que por ahora las dilata.

FEDERICO. Y mi espada irá a serviros.

Que es en mí el primer empeño.

ALMIRANTE. Y yo la merced estimo

tanto, que desde palacio

tomaré luego el camino.

(Ap. Mas será con un temor

de dejar acá un peligro,

que del Rey veo en los ojos).

REINA. Señor, pues tan justa ha sido

la dilación de las bodas,

para después os admito

la licencia, que agradezco.  
(Ap. Ya mi desengaño he visto).  
Ven, Porcia. (Vase con las damas).  
PORCIA. ¡Yo voy sin alma!  
REY Por vos, Señora, he sentido  
la ocasión de dilatarlo.  
PORCIA. Yo, Señor, sin albedrío  
estoy para esos efectos.  
REY. Decoro es vuestro; mas digo...  
(Ap. ¡Cielos, que no me reporte  
la majestad ni el peligro!)  
PORCIA. Guarde el cielo a vuestra alteza. (Vase)  
REY. (Aparte).  
¿Para qué, si no es contigo? (Vase)

## ESCENA XII

EL ALMIRANTE, FEDERICO, TORREZNO.

ALMIRANTE. Federico, a partir luego.

FEDERICO. (Aparte).

¡Cielos, sin alma respiro!

ALMIRANTE. Vamos pues; ¿qué te suspende?

FEDERICO. Señor, el Rey...

ALMIRANTE. ¿Qué has temido?

FEDERICO. Que de Porcia...

ALMIRANTE. ¿Qué, qué dices?

Cierra el labio, Federico.

FEDERICO. Yo pienso...

ALMIRANTE. No pienses nada.

Y si piensas atrevido,  
piensa que Porcia es mi hija;  
que lo demás es delirio. (Vase)

FEDERICO. Válgame el riesgo a que voy.

TORREZNO. Este rey está muy fino.

Jornada segunda.

Sala en casa del Almirante.

ESCENA PRIMERA.

EL REY Y EL MARQUÉS, embozados; TORREZNO, con una luz y la espada desnuda.

TORREZNO. Nadie de aquí ha de pasar,

que su peligro no intente.

REY. ¡Que un pícaro sea valiente!

MARQUÉS. Mirad que habemos de entrar.

TORREZNO. Por la punta...

MARQUÉS. Pues a vos

¿Qué os importa?

TORREZNO. El ser criado

Leal y haberme dejado  
por guarda aquí contra voz.

Mi amo, celoso y amante,  
anhelando fama y gloria,  
le va a dar una vitoria  
a su tío el Almirante.

Y así, el que entrar o salir  
quiere aquí aunque me atropelle,  
no sólo he de conocelle,  
más también me ha de decir  
quién es y quién fue su padre  
su abuelo y fe de bautismo;  
y luego ha de hacer lo mismo  
por la parte de su madre;  
y qué quiere o a qué pasa.

Si es negocio o si es capricho;  
y después de haberlo dicho,  
se ha de volver a su casa.

REY. Y ¿es esa resolución?

TORREZNO. Y me corre por postrera.

REY. Lo valiente le creyera,  
a sufrirlo lo bufón

y ¿todo esto ha de decir  
quien aquí, hubiere de entrar?

TORREZNO. Y hay, si me llega a apurar,  
otro tanto que añadir.

REY. Pues yo soy. (Descúbrese).

TORREZNO. Señor, ¿vos mismo?

REY. ¿Puedo entrar?

TORREZNO. Del mismo modo;  
porque lo habéis dicho todo,  
menos la fe del bautismo.

REY. ¿Todo?

TORREZNO. Sí; porque he sabido  
quién sois, de quién descendéis,  
qué intentáis y qué queréis;  
que es todo lo que yo pido.

REY. Y ¿qué intento?

TORREZNO. Aunque yo tuerza  
el labio, pienso, Señor,

que se os descose el amor,  
y entráis a echarle una fuerza.

REY ¿Qué es fuerza?

TORREZNO. Fuerza es probar  
un hombre que quiere bien,  
a lo que sabe un desdén.

REY. Pues lo que os toca es callar.

TORREZNO. No, Señor; que más me toca.  
Porque a hablar no me provoque.

REY. Y ¿qué os toca?

TORREZNO. Que me toque  
Algo que tope la boca.

REY. Pues ¿qué la tapa?

TORREZNO. Esa es buena;  
¿Dudáis que el medio más sabio  
de tener atado un labio  
es echarle una cadena?

REY. Yo os la mando.

TORREZNO. Pero yo  
no lo aceto.

REY Pues ¿es malo?

TORREZNO. Tras el mando viene el palo,  
pero la cadena, no.

REY. Pues ¿no queda asegurada  
en mí?

TORREZNO. Suele en la ocasión,  
no dar lumbre el eslabón  
de una cadena mandada.

REY. Que te la daré no ignores,  
si de mí fiarla quieres.

TORREZNO. Se pierden los mercaderes  
por fiar a los señores.

Y ¿a qué fin guiáis la caza?

REY. Solo a Porcia ver procura.

TORREZNO. Y ¿ha de haber manufactura?  
No sé.

TORREZNO. Pues toro en la plaza.

REY. Pues ponte tú aquí delante.

TORREZNO. ¿No habrá ahí algunos escudos,  
que ha que hacen los hombres mudos  
desde que es su consonante?

REY. Fialos de mí, si mi intento  
logro.

TORREZNO. ¡Bueno! ¿y si no, no?

¡Pesía mi alma! Pues ¿soy yo,  
fiador de saneamiento?

Mas, por si a veros alcanza,

Señor, retiráos aquí.

REY. Bien decís. -Venid tras mí,

Marqués.

TORREZNO. Buena va la danza.

Vanse el Rey y el Marqués.

## ESCENA II

PORCIA, LAURA, CLAVELA, FENISA. -TORREZNO.

PORCIA. Por esta carta he sabido

que, el tumulto sosegado

y el peligro asegurado,

ya de Mecina han partido.

Ya todo me suena el coche

de mi padre.

TORREZNO. (Aparte).

Tira afuera.

¡A qué buen tiempo viniera,

si entrara en casa esta noche!

LAURA. La norabuena te doy.

¿Tú no me das norabuena,

Torrezno?

TORREZNO. Yo estoy pensando

en mi desván.

PORCIA. Pues ¿qué piensas?

TORREZNO. Tengo un queso, y un ratón

hay muy grande, que te acecha;

y si hoy falta de allí el gato,

presumo que me le pesca.

PORCIA. El cuidado es como tuyo.

TORREZNO. Acaso tú lo sintieras,

si conocieras el queso.

PORCIA. ¿De qué es?

TORREZNO. De leche de almendras.

LAURA. Este siempre está de humor.

Señora, a acostarte entra;

que es tarde.

PORCIA. ¡Ay Laura! no sé

qué mi corazón desvela;

que aun esta nueva no vence

los temores de la ausencia.

No me quiero recoger

tan presto. -Toma, Clavela,

la arpa, y cauta aquellas coplas

de ausencia.

TORREZNO. Y con tu licencia

yo iré a oírlas en la cama.

PORCIA. ¿Por qué te vas tan apriesa?

TORREZNO. Señora, porque el torrezno  
hace mal de noche.

PORCIA. Espera

### ESCENA III

EL REY, que observa oculto desde el cancel. -DICHOS.

REY (Ap. donde está oculto).

Amor, buena es la ocasión.

TORREZNO. Señora, no me detengas.

PORCIA. Pues ¿por qué?

TORREZNO. Porque el ratón

ya ha asomado la cabeza.

PORCIA. Pues tú ¿por dónde le has visto  
de aquí?

TORREZNO. Por una tronera  
que hay desde aquí a mi aposento.

Señora, salir me deja;  
que le está echando unos ojos,  
que le muerde la corteza.

PORCIA. No te has de ir. -Clavela, canta.

Laura, esa almohada me acerca.

(Siéntase Porca en la almohada que le,  
acerca Laura, y toma Clavela el arpa).

CLAVELA. (Canta).

Despacio, suspiros tristes;  
no acaso el amor entienda  
que está mal con el dolor  
quien está bien con la queja.

REY. (Ap. al paño).

¡Ay Porcia, ay divino encanto  
de mis perdidas potencias!  
Mas si a este precio te adoro,  
poco la dicha me cuesta.

CLAVELA. (Canta).

¡Ay ausente, cuánto tardas!  
¡Ay qué lejos, ay qué cerca  
quiere amor que no te mire,  
y quiere amor que te sienta!

PORCIA. Y ¡cómo que tarda, ay triste!

No sé qué el temor me hiela  
que el aviso de que viene  
parece que me le aleja.

Gran falta hace a un corazón  
lo que adora.

TORREZNO. (Ap. a Laura).

Aún no sabe ella  
cuán gran falta es la que hace

un galán con el ausencia.

LAURA. Pues ¿qué falta puede hacer?

TORREZNO. Que si esta noche no llega.

Puede ser que le haga nueve.

LAURA. ¿Qué es nueve?

TORREZNO. Acá es una cuenta.

CLAVELA. (Canta).

Desde aquel amargo día  
de la despedida nuestra  
no hay muerte que yo no viva,  
ni vida que yo no muera.

(Duérmese Porcia).

LAURA. Dormida está mi señora.

No prosigas ya, Clavela;  
fuerza será retirarnos.

TORREZNO. Y ¡cómo que será fuerza  
en entrándonos nosotros!

LAURA. Pues vámonos acá fuera.  
(Vase con Clavela, Fenisa y Torrezno).

#### ESCENA IV

EL REY; PORCIA, dormida.

REY Sola y dormida ha quedado.

Amor, ¿qué ocasión deseas  
mejor para tu esperanza? (Sale).

Mas ¡qué divina belleza!

Más hermosa está dormida,  
y en mi más temor despierta.

Sol dormido, en quien procura  
la noche lucir desmayos,  
¿cómo encubiertos tus rayos  
dan más luz a tu hermosura?

Sin tus ojos es más pura;

¿cúyo será este trofeo?

Pero ya la causa veo  
de lucir más que despierta;  
que una hermosura encubierta  
se mira con el deseo.

Viendo asombro tan perfeto,  
no osa llegar mi temor;  
que cuanto crece mi amor  
crece también mi respeto.

Si de amor nace este efeto,  
y tú te aumentas dormida,  
duerme, mujer, advertida  
(Porque yo me vuelva atrás)  
que cuanto durmieres más,

estarás más defendida.  
Con mi fineza me impido  
llegar a templar mi ardor,  
porque no es fino el amor  
que puede ser atrevido.  
Mas si la ocasión ha sido  
quien me lleva, en esta acción  
no ofende mi adoración:  
libre está amor del intento,  
porque aquí mi atrevimiento  
es hijo de la ocasión.

Tocaré su mano hermosa.

(Despierta Porcia).

PORCIA. ¿Qué es esto? ¡Ay de mí! ¿Quién llega?

REY. Quien en su ardor no sosiega

quien, ya muerto, no reposa  
quien de su llama amorosa  
te ofrece ardientes despojos;  
quien por huir los enojos  
de un incendio tan tirano,  
busca el cristal de tu mano  
contra el fuego de tus ojos.

PORCIA. ¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?

¡Laura, Fenisa, Clavela,  
criados! -Esto es traición.

REY. ¿Qué llamas?

PORCIA. Quien me defienda.

REY. Sosiégate, Porcia hermosa;

y si asegurarte intentas,  
no me llames más que a mí,  
si de mí a valerte pruebas;  
que en mí tienes de mí mismo  
más segura la defensa.

Y para que reconozcas,  
aunque lo contrario piensas,  
que el pecho que más te adora  
es el que mas te respeta,  
Porcia, yo muero a tus ojos,  
el ardor de sus estrellas,  
sólo por ver; más me alumbra  
la misma luz que me ciega.

No viene a templar mi amor  
el dolor que me atormenta,  
que debiéndole a la causa,  
grosero el alivio fuera.

Ni vengo a excusar mi muerte;  
que es tan dichosa mi pena,



que el excusarla sería  
más muerte que padecerla.  
A pagarte mi dolor  
vengo; que, aunque a mi fineza  
tú se lo das como injuria,  
yo lo admito como deuda.  
Y la paga es, Porcia hermosa,  
porque aplaude tu belleza;  
que ya que muero a tus ojos,  
con ellos morir me veas.  
Mas ya que muero, Señora,  
¿no será razón que muera  
siquiera con el consuelo  
de que tú me lo agradezcas?  
Sólo que a morir me alientes  
pido; este alivio te deba;  
que si te ofendo es venganza,  
y si te obligo es fineza.  
Y cuando como enemigo  
Señora, tratarme quieras,  
si ves que mi amor me mata,  
¿a qué tu desdén empeñas?  
¿Conviénele a tu decoro,  
cuando él instrumento fuera,  
que arrastre tu sinrazón  
al lado de mi cadena?  
Porcia, yo no hago el delito  
(Si esto lo es), sino tú mesma.  
Si te ofenden las heridas,  
¿Por qué tiraste las flechas?  
Tú no cesas de matarme;  
y pues mi amor se contenta  
con el agradecimiento,  
o dame ese alivio o cesa;  
piensa el más leve favor,  
el que menos costa sea  
de tu recato y el alma.  
PORCIA. No prosiga vuestra alteza.  
¿Es posible, gran Señor,  
que en sus pasiones no venza  
a tan injusta porfía  
tanta noble resistencia?  
Tres años ha que su amor  
desengaños atropella;  
la esperanza con que dura  
¿de qué parte se alimenta?  
¿de qué vive cuando muere?

O ¿cómo vencerme piensa,  
si sabe que mi recato  
es en mí naturaleza?  
¿Posible es que no le canse  
mi desdén, que aun a mí mesma  
me hubiera cansado ya,  
a costarme diligencia?  
Ya yo no hallo qué decirle,  
ni hallarlo mi honor intenta;  
que en vano es buscar razones  
si las que hay no me aprovechan.  
Cuando le acuerdo quién soy  
me dice que le hago ofensa;  
si da a entender que lo olvida  
no hace mal quien se lo acuerda.  
Repetirle por mi padre  
de sus servicios la deuda,  
y que tiene la corona  
por su mano vuestra alteza,  
es en vano; pues, Señor,  
mi razón sigue otra senda,  
y de las leyes de honor  
a las del amor apela.  
Vuestra alteza por quererme  
despreciando está a la Reina,  
que, comparada a sus ojos,  
soy junto al sol una estrella,  
que es más hermosa que yo  
toda la corte sentencia,  
y aunque en pasión lo niegue,  
no puede dudar que es bella.  
Pues teniendo, gran Señor,  
esposa hermosa y discreta,  
y que le adora, si no es  
que este su defecto sea  
(que hay pechos de tan mal gusto,  
que sólo porque les ruegan  
dejan el bien que los busca,  
y aman el mal que los deja);  
¿qué razón dará, no habiendo  
demérito alguno en ella,  
de adorar donde es delito,  
y no amar donde es fineza?  
Si pierde porque le quiere,  
¿cómo intenta que yo quiera,  
si a mí me está amenazando  
con la misma consecuencia,

en olvidar a su esposa  
por mí, queriéndole ella?  
Vuestra alteza no me obliga,  
Señor, sino me escarmienta.  
Cuando yo fuera mujer  
que ser liviana pudiera  
mucho más me obligaría  
con la envidia de quererla.  
¡Con que la deja me obliga!  
Pues ¿quién ha de ser tan necia  
que, viendo su mal, se ponga  
al peligro de su queja y  
vuestra alteza me promete  
segura correspondencia,  
y con lo que lo asegura  
es lo mismo que la niega.  
Pues ¿dónde cabe, Señor,  
que ser amado pretenda  
quien lo desagradecido  
viene a alegar por fineza?  
Vuestra alteza trae, Señor,  
de ingratitud tantas muestras,  
que sobra en mí el ser quien soy  
para que yo me defienda.  
Pues si aun siendo mujer fácil  
quererle yo no pudiera,  
sabiendo quién soy, Señor,  
con qué su esperanza alienta?  
Reconozca estos errores;  
porque es mucho vuestra alteza  
para que su voluntad  
más que su razón parezca.  
Mire que es mejor su esposa  
sino que de su belleza  
lo que a ella el ruego le quita  
me da a mí la resistencia  
y sé cierto que, a trocarse  
suertes entre mí y su alteza,  
habla de hacer conmigo  
lo mismo que hace con ella.  
Y juntando a estas razones  
la razón de mi nobleza,  
la de ser su sangre yo,  
ser casi suya la ofensa,  
el decoro de mi padre,  
de sus servicios la deuda,  
el escándalo, el peligro,

y que todo se atropella,  
se venza, Señor, por todo,  
o finalmente, se venza  
por lo que me quiere, y haga  
por mi honor esta fineza.  
REY. Porcia, si yo he errado el modo  
de obligarte, también yerras  
el de reportarme tú  
con razones tan atentos;  
porque ¿cómo puede ser  
que, oyendo tus agudezas,  
si te adoro por hermosa  
te deje yo por discreta?  
Que tienes razón he visto;  
pero con ella me empeñas,  
porque me enamoras más  
con el modo de tenerla.  
Yo, finalmente, he apurado  
en mi amor las diligencias  
de vencerme, y por vencido  
me doy a mi resistencia.  
Y para que tú conozcas  
que esto es imposible, piensa,  
piensa tú si hay algún medio  
con que yo olvidarte pueda  
u olvidarme, que es lo mismo;  
que porque tú me la debas,  
aunque sea tan costosa,  
yo te ofrezco la fineza.  
PORCIA. Pues ¿eso falta, Señor?  
REY. Porcia, yo ignoro la senda.  
PORCIA. Pues ¿habrá más que dejarme?  
REY. Y este ¿es remedio o sentencia?  
PORCIA. No viéndome, será fácil.  
REY. Serían dos muertes esas.  
PORCIA. Defenderme del engaño.  
REY. Lo que ignoro es la defensa.  
PORCIA. Aliviarse con su esposa.  
REY. ¿Da alivio lo que atormenta?  
PORCIA. Forzar a la voluntad.  
REY. Yo no mando en mis potencias.  
PORCIA. Pues ¿quién las manda, Señor?  
REY. Tú, que sin alma me dejas.  
PORCIA. Eso ¿ha sido culpa mía?  
REY. Pluguiera a amor que lo fuera.  
PORCIA. Pues ¿qué se siguiera de eso?  
REY. El socorro de la queja.

PORCIA. Pues supóngame culpada,  
Si eso ha de aliviar sus penas.  
REY. Pues ¿no era mejor amante,  
si el suponerlo valiera?  
PORCIA. ¿Que, en fin, no puede hacer nada  
por sí?  
REY. Obligar tu belleza.  
PORCIA. Eso, Señor, no es posible.  
REY. Pues tú otro remedio intenta.  
PORCIA. Yo lo hallaré...  
REY. ¿De qué modo?  
PORCIA. Aunque la causa se entienda.  
REY. ¿Qué dices?  
PORCIA. Que le he de hallar.  
REY. Y ¿cuál ha de ser?  
PORCIA. La ausencia.  
REY. ¿Cómo?  
PORCIA. Huyendo de sus ojos.  
REY. Pues ¿y el alma que me llevas?  
PORCIA. ¿Dónde la llevo, Señor?  
REY. En el corazón va presa.  
PORCIA. (Ap. ¡Oh, pese a mi corazón;  
que por él mi honor se arriesga!)  
Si él, Señor, es el culpado,  
sáquemele vuestra alteza.  
REY. Pues ¿hasme dejado tú  
con que sacártele pueda?  
PORCIA. Pues, Señor, si nada desto  
basta para que se venza,  
baste el que yo no soy mía,  
y que ya adorar esfuerza  
a mi primo como a esposo.  
REY. ¿Qué dices? ¡Ah ingrata fiera!  
Hasta aquí habías tenido  
reportada mi grandeza  
con resistir con tu honor;  
mas si por otro me dejas,  
para perderte el decoro  
me dan los celos licencia.  
Puedan pues lo que no el ruego  
la ocasión y la violencia.  
PORCIA. ¿Qué escucho? ¡Ay de mí! -¡Criados,  
Laura, Fenisa, Clavela!  
REY. Eso, Porcia, será en vano.

ESCENA V

LAURA, CLAVELA, TORREZNO. -DICHOS.

LAURA. Cielos, ¿qué voces son estas?

TORREZNO. Otórguese la escritura.

PORCIA. (Ap. Válgame aquí la cautela).

Señor, Señor, sea lo menos. (Ap. al Rey).

Ya que el mal forzoso sea,

pues es tanta su pasión.

Que sólo así se remedia.

Pierda mi honor mi desdicha,

y mi opinión no se pierda;

porque al triunfar de mi honra,

que mis criados lo sepan

no puede ser circunstancia

que dé a su gusto más fuerza.

Disimule aquí; que yo

doy palabra a vuestra alteza

de darle entrada, de modo

que este riesgo no lo sea.

REY. ¿Este favor me aseguras?

PORCIA. Ya no es favor, sino deuda.

REY. Tanta es, Porcia, mi alegría

de ver que mi amor alientas,

que, sabiendo que me engañas,

te he de acetar la promesa;

y aunque esta ocasión perdida,

de ti engañado me vea,

yo te perdono el engaño

porque en él me favorezcas.

PORCIA. Toda la injuria en mi pecho

borras con esa fineza.

REY. Pues adiós, Porcia. -¿Marqués?

## ESCENA VI

EL MARQUÉS. -DICHOS.

MARQUÉS. Señor.

REY. Salid acá fuera;

venid conmigo.

PORCIA. (Ap. al Rey).

Yo voy

a esperar a vuestra alteza.

REY. ¿Cuándo vendré?

PORCIA. Con mi aviso

REY. Véte pues enhorabuena.

PORCIA. (Aparte).

Donde asegure mi honor,

satisfaciendo la ofensa

que en esto hago a mi decoro

por excusar su violencia.

(Vase con Clavelo).

REY. Vamos pues.

TORREZNO. Digo, Señor,  
¿mi cadena tendrá vuelta?

REY. Aunque ya yo me he vencido,  
no dudes que será cierta.

(Vase con el Marqués).

#### ESCENA VII

LAURA, TORREZNO.

TORREZNO. Malo; pues si ya no hay boda,  
no hay que esperar la cadena.

LAURA. Ven acá; ¿eres tú tercero?

TORREZNO. ¡Jesús! ¿Yo cosa tan fea?

LAURA. Pues ¿qué eres?

TORREZNO. Aprovechado,  
ya que la casa se quema.

LAURA. Pues ¿qué haces tú?

TORREZNO. Calentarme,  
porque no todo se pierda.

LAURA. Y eso ¿no es ser tú tercero?

TORREZNO. Dime: si te se cayera  
la olla llena de comida,  
¿qué hicieras tú?

LAURA Recogiera  
lo que pudiera después.

TORREZNO. Pues esto es lo mismo, bestia:  
que es recoger lo que puedo  
desta olla que se quiebra.

(Vanse).

Gabinete de la Reina.

#### ESCENA VIII

LA REINA, CELIA.

REINA. Ya esto es uso, Celia mía,  
de mi vida desdichada:

de la noche desvelada  
deseo que salga el día.

Mejor noche pasaría  
el Rey, pues el sol a mí  
llorando me dejó aquí  
donde me halla el alba fría;

y él con Porcia su fatiga  
divirtió, oyendo su labio;  
que sobre el mal de mi agravio  
tengo el de quien me lo diga.

CELIA. Y Porcia ¿ofende su honor?

REINA. En eso mi mal consiste.  
Dícenme que se resiste,  
como quien es, de su amor.  
Mas ¿quién es quien entra aquí?  
CELIA. ¡Ay Señora, Porcia es!

#### ESCENA IX

PORCIA, que entra algo descompuesta; LAURA, TORREZNO. -DICHOS.

PORCIA. Déme tu alteza los pies.  
TORREZNO. Y los chapines a mí.  
REINA. Porcia. ¿qué te ha sucedido?  
Pues ¿qué novedad es esta?  
¿Tú llorosa y descompuesta?  
PORCIA. Señora, perdón te pido  
de no excusarte el dolor;  
mas su alteza me ha obligado  
a que busque tu sagrado  
por defensa de mi honor.  
El Rey...

REINA. No pases de ahí;  
ya lo que ha sido sé yo.  
TORREZNO. ¿Qué llama ha sido? Eso no;  
que bastaba estar yo allí.  
Él lo intentó, mas lograrlo  
no pudiera sin tragedia;  
que no es aquesto comedia,  
adonde basta intentarlo.

PORCIA. Yo, Señora, sin defensa  
de mi padre y de mi esposo,  
busco tu pecho piadoso  
por escudo de mi ofensa.  
A esto, Señora, me obligo,  
porque sé lo que le quieres.

REINA. ¡Qué dichosa, Porcia, eres,  
pues huyes lo que yo sigo!  
TORREZNO. Bien sé yo la causa.

REINA. Di  
Cuál es.  
TORREZNO. Pues si quieres vella,  
haz que se case con ella,  
y andará luego tras ti.

REINA. Y ¿fuera mejor yo ajena?  
TORREZNO. Entonces fuera la polla.  
La mujer propia y la olla  
sólo cuando falta es buena.  
REINA. Porcia, aunque vivo injuriada  
por ti, mi amor no te culpa;



que no tienes tú la culpa  
 de nacer yo desdichada.  
 Mas aunque sin culpa estás,  
 no hago poco en reportarme;  
 que no puedo yo excusarme  
 de la envidia que me das.  
 La pena del desgraciado  
 consiste en los venturosos;  
 que si no hubiera dichosos  
 nadie fuera desdichado.  
 Mas no tienen culpa alguna  
 de ofender con tal rigor,  
 porque ellos dan el dolor,  
 y el golpe es de la fortuna.  
 Y supuesto que de ti  
 yo no me, puedo ofender,  
 sólo quisiera saber  
 con qué me excedes a mí.  
 ¿Cómo al Rey tanto enamoras,  
 si con tu llanto le llamas?  
 Las lágrimas que derramas  
 ¿por qué camino las lloras?  
 Cuando más le satisfaces,  
 si a huir su amor te resuelves,  
 ¿con qué donaires envuelves  
 los desdenes que le haces?  
 Yo le ofendo con mi amor,  
 tú con rigor le traes ciego;  
 ¿es, Porcia, acaso un despego  
 más airoso que un favor?  
 ¿Con qué ignorados aliños  
 al Rey, tú se le previenes?  
 ¿Qué gala traen tus desdenes,  
 que hacen feos mis cariños?  
 Si es estrella, sola ella  
 no satisface a mis dudas.  
 Porque tú con algo ayudas  
 los favores de tu estrella.  
 Dime pues, ¿con qué se abrasa?  
 ¿Con qué te haces más hermosa?  
 TORREZNO. Pues lleve el diablo la cosa,  
 ¿se pone más que una pasa?  
 REINA. ¿No respondes a mi duda?  
 ¿Callas, Porcia?  
 TORREZNO                                      Eso perdone;  
 no dirá lo que se pone.  
 REINA. Pues ¿por qué no?

TORREZNO. Porque es muda.

PORCIA. Suspensa he quedado ahora,  
pues con la duda, no ignoro  
que has ajado mi decoro;  
mas sabe el cielo, Señora  
que nunca mi corazón  
hizo más por obligarle,  
que no oírle ni mirarle  
ni tenerle inclinación.

LAURA. Señora, el Rey viene allí.

PORCIA. ¡Ay cielos! que no quisiera  
que contigo el Rey me viera.

REINA. Antes te ha de hallar aquí.

#### ESCENA X

EL REY, EL MARQUÉS. -DICHOS.

REY. (Ap. al Marqués).

Marqués, no lo puedo creer.

MARQUÉS. Pues juntas están las dos.

REINA. Señor, ¿en mi cuarto vos?

Mucho os llevo a merecer.

REY. ¿Porcia con vos?

REINA. Sí, Señor;

que hoy a mi melancolía

hacer quiere compañía.

REY. (Ap. Ya fue su engaño traidor).

Pues ¿cómo (Ap. ¡Ya estoy sin mí!)

Viene... (Ap. ¡El corazón me ha helado!)

REINA. Pues, Señor, ¿vos demudado?

¿Qué es lo que extrañáis aquí?

REY. (Aparte).

De resistirlo me espanto.

REINA. ¿Qué admiráis?

REY. (Aparte).

Muero de enojos.

REINA. (Ap. ¡Que esto estén viendo mis ojos!

Resistir no puedo el llanto).

Si es el enojo, Señor,

de verme, no hay que culparme,

viniendo vos a buscarme;

mas yo excusaré el error

de haberos aquí esperado.

REY. ¿Os vais?

REINA. Temiéndooos estoy,

y a veros en Porcia voy;

que en ella estáis más templado.

(Retírase con Celia, y escucha desde la puerta).

REY. Dime, ingrata, ¿este desdoro añades?

PORCIA. Señor, tu alteza no ofenda aquí su grandeza, siquiera por su decoro.

REY. ¿Por qué decoro, homicida, si tu traición viendo estoy?

PORCIA. ¿Traición es el ser quien soy?

REY. Sí, quitándome la vida.

PORCIA. ¿Yo la vida?

REY. Y con vileza.

PORCIA. ¿De qué suerte?

REY. En ser traidora.

(Vuelve la Reina).

REINA, ¿Qué es esto, Porcia?

PORCIA. Señora,

Ir sirviendo a vuestra alteza.

REINA. Entra pues.

PORCIA. (Aparte)

Nunca más suerte

logró mi destino airado.

REINA. (Aparte).

Al que nace desdichado

el remedio le da muerte.

(Vase con Porcia y Laura).

## ESCENA XI

EL REY, EL MARQUÉS, TORREZNO.

REY. Marqués, ya mi sufrimiento no lo puede resistir.

¿Esto es querer o morir?

¿Esto es amor o tormento?

MARQUÉS. Todo eso amor llega a ser cuando de veras nos hiere.

REY. Y al que de veras no quiere

¿De qué le sirve el querer?

No sé qué título dar,

amor, a tu ser injusto:

si no es de veras, no es gusto.

Si es de veras, es pesar.

Pero ¿cómo mi poder

se ha rendido a su violencia

por la débil resistencia

del pecho de una mujer?

¿Marqués?

MARQUÉS. ¿Qué intentas, señor?

REY. Que, dándote yo lugar,

a Porcia me has de sacar  
de palacio.

MARQUÉS. Es grave error.

REY. ¿Cómo error? Cuanto me veo  
morir de desesperado,  
¿Puede ser algún cuidado  
mayor que yo?

MARQUÉS. No lo creo,  
más del cuarto de tu esposa  
¿cómo?

REY. Ocasión te daré;  
y cuando no te la dé,  
¿puede haber alguna cosa  
que sea riesgo mayor

que morir yo despreciado?

MARQUÉS. (Ap. Él está desesperado  
y ciego). No, gran Señor.

REY. Pues ¿qué me adviertes?

MARQUÉS. Perdona;  
que esto de celo no pasa.

REY. Pues mi corazón se abrasa,  
arda todo.

(Vase con el Marqués).

## ESCENA XII

TORREZNO. Arda Bayona.

Esto es hecho: de las asas  
luego al sacrificio irá  
Porcia: por venirse acá,  
huyó el gato y dio en las brasas.  
¡Oh qué ocasión tan galante  
era, si lo adivinaran,  
para que ahora llegaran  
mi señor y el Almirante!  
Mas esto es mejor que estotro,  
pues pienso que llego a vellos.  
O estoy borracho, o son ellos;  
vive Dios, que es uno y otro.

## ESCENA XIII

EL ALMIRANTE Y FEDERICO, de camino. -TORREZNO.

ALMIRANTE. La obligación primera es, Federico,  
besar al Rey la mano;  
que para Porcia hay tiempo.

FEDERICO. No replico

A tan justa atención.

ALMIRANTE. Y fuera en vano.

TORREZNO. ¿Señor?  
FEDERICO. ¡Torrezno!  
TORREZNO. Dame mil abrazos.  
FEDERICO. ¿Cómo estás en palacio?  
TORREZNO. Hecho pedazos  
Quisiera estar primero.  
FEDERICO. ¿De qué suerte?  
TORREZNO. Porque menos pesar fuera la muerte.  
FEDERICO. Pues ¿qué ha habido?  
TORREZNO. (Aparte)  
El ladrón que lo dijera.  
ALMIRANTE. ¿Cómo a Porcia no asistes?  
TORREZNO. Está fuera.  
ALMIRANTE. ¿Qué es lo que dices? -No mintió el indicio.  
FEDERICO. ¿Fuera de dónde está?  
TORREZNO. Señor, de juicio  
FEDERICO. ¿Estás loco, villano?  
TORREZNO. Ella es la loca;  
que se vino a meter... Mas ¿qué haces, boca?  
ALMIRANTE. Pues ¿dónde Porcia está?  
PORCIA. (Dentro).  
¡Valedme, cielos!  
ALMIRANTE. ¿Qué escucho?  
TORREZNO. (Aparte).  
Ya se fríen los buñuelos.

#### ESCENA XIV

PORCIA, EL REY, EL MARQUÉS, CRIADOS. -DICHOS.  
PORCIA. Cielos, ¿tal tiranía se consiente?  
REY. Vano hay defensa que su pecho intente.  
Llevadla; que en vano es su resistencia.  
ALMIRANTE. No será, gran Señor, en mi presencia.  
FEDERICO. Ni en la mía, pues tiene vuestra alteza  
primero que cortar en mi cabeza.  
REY. (Aparte).  
¡Qué miro! Ya este mal llegó a su exceso.  
TORREZNO. Por Dios, que le cogieron en el queso.  
ALMIRANTE. Cuando yo os vengo de servir osado,  
Señor, y un reino os dejo asegurado.  
¿Halla este premio mi valor constante?  
REY. Quedemos los dos solos, Almirante.  
FEDERICO. (Ap. a Torrezno.),  
¿Qué es esto?  
TORREZNO. Véte, y toma mi consejo.  
Que él debe de querer forzar al viejo.  
REY. Todos os retirad. (Ap. ¡Ay suerte escasa!)  
ALMIRANTE. Mi hija, gran Señor, se irá a su casa

REY. No puede ser hasta que os haya hablado.  
PORCIA. ¡Ay suerte esquiva!  
FEDERICO. ¡Ay pecho desdichado!  
(Vanse Porcia, Federico, Torrezno y los criados).

#### ESCENA XV

EL REY, EL ALMIRANTE.

ALMIRANTE. Ya estamos solos, Señor.

REY. Antes que me habléis palabra,

Almirante, ya sabéis

la violencia de mis ansias.

Ya os dije que mi albedrío

no es mío, y que me le arrastra

Esta pasión poderosa.

Yo, pensando contrastarla,

os la callé recatado;

mas ya que sabéis la causa,

y que es Porcia a quien adoro,

sabed también que el mirarla

como a esposa fue mi intento;

y vuestra mano tirana,

uniendo la voz del reino

para que yo me casara,

a mí me quitó este alivio,

y ese honor a vuestra casa.

Y pues que morir me veo,

y el remedio desta llama

tengo en Porcia, no he de ser

atento con quien me mata.

Yo no he de vivir sin ella;

que aunque la Reina casada

conmigo está, yo la di

la mano, pero no el alma.

Y vos, que tenéis la culpa,

si mi dolor os agravia,

pagad la pena de ver

que yo aliente mi esperanza. (Vase).

#### ESCENA XVI

EL ALMIRANTE.

¡Válgame el poder del cielo!

Si es capaz desdicha tanta

de defensa, sobre mí

todas sus esferas caigan.

Caiga un rayo que en ceniza...

Mas ¿cómo el dolor me arrastra

a espacio, penas a espacio;

males, vamos con templanza;  
que si doy todo el sentido  
al dolor que me traspasa,  
para buscar el remedio  
no habrá discurso en el alma.  
Consultémosle, honor mío;  
mas ¡qué consulta tan mala,  
cuando es un vidrio la honra,  
que le quiebra quien le lava!  
Pues ¿para cuándo es la herencia  
de tantas nobles hazañas  
que engendrarían en mi pecho  
valor? Mas, aliento, basta;  
que es mi rey el que me ofende  
y en su deidad soberana,  
aunque me afrente el agravio,  
mas me alienta la venganza.  
El Rey de amor está ciego;  
yo soy leal, mi hija honrada,  
y estas dos defensas hacen  
más peligrosa la cansa.  
Resistir con la razón  
una voluntad tirana  
es empeñar el poder  
y acercarse a la desgracia.  
Quitarle a mi hija es difícil  
a su vista; no quitarla  
es darte materia al fuego.  
Morir en esta demanda  
será el remedio postrero;  
mas no excusando la infamia,  
es tener por menos daño  
una afrenta consolada.  
Y demás deste dolor,  
queda el amor de la patria,  
pues todo el reino se pierde  
cuando a la Reina se agravia.  
Pues, cielos, ¿cómo hay peligro  
donde al valor puerta falta  
y al honor? Mas ya la veo.  
¡Qué dolorosa es la entrada!  
Porcia de todo este mal,  
aunque inocente, es la causa.  
Muriendo Porcia no hay riesgo,  
patria y honor se restauran.  
Muera pues; pero ¿qué digo?  
El corazón me traspasa

sola esta voz: ¿qué hará el golpe,  
si esto puede la amenaza?  
Pero primero es la honra.  
¡Oh ley dura y desdichada,  
que al inocente condenas,  
y sin delito le infamas!  
Muera pues. Sin alma (¡ay Porcia!)  
pronuncio aquesta palabra;  
pero quien esto sentencia  
bien se ve que está sin alma.  
¡Qué terrible es el remedio  
cuando está haciendo al que sana  
más horror la medicina  
que el peligro de la llaga!  
Pero aquí, valor, no hay otro:  
pues, corazón, ¿a qué aguardas?  
Un caballero español  
que al riesgo de una batalla  
iba a salir con los moros,  
degolló a su mujer casta  
y a dos hijas inocentes.  
Pues si un riesgo que dudaba  
pudo obligarle a este exceso,  
un riesgo en que no se halla  
remedio, y es evidente,  
¿a qué obligará a mi fama?  
Allí veo a Porcia (¡ay cielos!);  
¡Ay hija de mis entrañas!  
Para matarme en ti misma  
voy previniendo esta daga.  
Muevo un monte en cada planta.  
Por bella y por inocente  
mueres, como desdichada.  
Mira cuál es tu belleza,  
pues a ti misma te mata.  
Mas ¿dónde voy? ¿No habrá muerte  
menos cruel y más blanda?  
No, que se arriesga mi honra  
si un instante se dilata.  
Hacia mí viene. Huye, Porcia;  
huye de aquí; pero aguarda.  
Valor, primero es la honra;  
muera yo y viva mi fama. (Vase).

#### ESCENA XVII

FEDERICO, TORREZNO; luego, PORCIA Y EL ALMIRANTE, dentro.

FEDERICO. Señor, señor, ¿dónde vas?



Fuese sin hablar palabra.  
Cielos, ¿qué puede ser esto?  
Que temiendo mi desgracia,  
pende mi vida de un hilo.  
TORREZNO. A cualquier sastre le pasa  
eso mismo.

FEDERICO.                   ¿Qué será?

TORREZNO. Señor, esto va de mala.

PORCIA. (Dentro).

¡Ay de mí! Señor, detente;  
¿Por qué sin culpa me matas?

ALMIRANTE. (Dentro).

Por tu hermosura.

TORREZNO.                   ¡Ay, Señor,  
que matan a Porcia!

FEDERICO.                   Aguarda;

bárbaro, cruel, detente,  
detente.

(Al ir Federico a socorrer a Porcia, sale esta y cae en sus brazos).

PORCIA. (Al salir).

El cielo me valga,  
muerta soy.

#### ESCENA XVIII

PORCIA, desmayada; FEDERICO, TORREZNO.

FEDERICO                   Porcia, señora.

Murió, ¡ay de mí!

TORREZNO.                   ¿Qué desgracia!

FEDERICO. Porcia mi bien, dueño mío,  
vida de mis esperanzas.

No responde; que la vida  
con voz y aliento le falta.

¡Porcia! -¡Ay pesar del sentido,  
que tanta dureza alcanza  
que viendo su muerte vive,  
si no vive para amarla!

¿Tú, mi bien, muerta, y yo vivo?

Esas heridas tiranas,  
con encontrarme a mí en él,  
¿cómo el corazón te pasan?

¿Por dónde entró el duro acero?

Pero buscó mi desgracia  
la parte de mi desdicha,  
pues dio donde yo no estaba.

Cielos, que hacíais de Porcia  
las luces de la mañana,  
muerto el sol, ¿qué espera el día?

¿Cómo la noche no baja?  
Pero no salgan las sombras;  
que todas las luces claras  
la noche de mi tristeza  
para obscurecerlas basta.  
Turben mis quejas el aire,  
eclipse las luces altas  
mi aliento, y mis tristes ojos  
crezcan el mar; mas no es paga  
de mi dolor, no es bastante.  
Pues, cielos, en pena tanta,  
quien no es capaz de sentirla,  
¿cómo es capaz de mirarla?  
¡Ay Porcia! ¡Ay hermoso dueño!  
Amigo, ¿qué esperas? Llama,  
llama quien conmigo llore.  
TORREZNO. Señores, ¡ah de la guarda!  
Confesión para una muerta.

#### ESCENA XIX

EL REY, EL MARQUÉS y criados, que salen por una puerta; LA REINA, LAURA Y DAMAS, por otra. -DICHOS.

(Laura y las damas acuden a sostener a Porcia).

REY. ¿Qué es esto?

REINA. ¡Desdicha extraña!

LAURA. ¡Mi señora muerta, ay cielos!

REY. ¿Muerta está?

TORREZNO. Así fuera santa.

FEDERICO. Muerta está, Señor, la aurora;  
que la luz que la acompaña  
es la que en sus desperdicios  
hurtó a sus ojos el alba.

Muerta está, y yo de no estarlo.

REY. ¿Cúya es la mano tirana  
que intentó, bárbara y loca,  
tal rigor?

#### ESCENA XX

EL ALMIRANTE. -DICHOS.

ALMIRANTE. La de mi fama.

Yo soy, Señor, quien la ha muerte,  
porque sepas, si me agravias,  
cómo previene mi honor  
el peligro de una mancha.

REY. Prendedle.

ALMIRANTE. A tus pies está  
un cuerpo, Señor, sin alma;

un alma, Señor, sin vida,  
pues la que tuve me falta  
en esa púrpura ardiente  
que por mi honor se derrama.  
Manda cortar mi cabeza;  
que pues sin vida me matas,  
lo mismo será, Señor,  
que cortar la de una estatua.  
REY. Llévadle luego a un castillo,  
donde el fuego en que se abrasa  
mi pecho, con su castigo  
tome tan justa venganza.  
ALMIRANTE. Vamos; que no va a morir  
quien ya murió por su rama.  
(Llevan los criados al Almirante preso).  
REY. Quitadla de mi presencia;  
que para morir ya basta  
el dolor de haberla visto,  
pues ya murió mi esperanza. (Vase).  
FEDERICO. Y yo, pues esta desdicha  
con tal rigor no me mata,  
del dolor de no haber muerto  
haré un lazo a mi garganta. (Vase).  
TORREZNO. Todos se van a morir.  
¡Jesús, qué de muertos andan!  
Pues yo me voy a heredarlos  
en la tercera jornada. (Vase).

#### ESCENA XXI

LA REINA, LAURA, DAMA; PORCIA

PORCIA. ¡Ay de mí!

LAUDA. ¡Ay Dios, que está viva!

REINA. ¡Porcia amiga!

PORCIA. ¿Quién me llama?

REINA. Llévadla a mi cuarto luego,

y guarda el secreto, Laura;  
que he de remediar, si puedo,  
su vida y mis esperanzas.

LAURA. Vamos. ¡Ay, que pesa mucho!

Ayuden, señoras damas,  
aunque se aje el verdugado;  
ayuden, pesía sus almas.

Jornada tercera.

Habitación del Rey. -En el fondo un gabinete.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA, LAURA y músicos, en la sala; EL REY, dentro del gabinete, sentado.

MÚSICA. Quien muere de amor

No ha menester mas dolor.

REINA. Es verdad; pues si amor basta

para muerte a un corazón,

¿para qué el hado enemigo

busca pena más atroz

que cuando su ardiente llama

trueca el halago en rigor,

para que su muerte esquiva

sea desesperación?

MÚSICA. Quien muere de amor

no ha menester más dolor.

(Hablan aparte la Reina y Laura).

LAURA. Ya que el cielo ha querido

que viva Porcia esté, y que hayas podido

curarla con secreto, de tal suerte

que han creído su muerte,

ella está en una aldea disfrazada,

¿de qué, Señora, estás desconsolada?

REINA. Laura, mi pensamiento o mi secreto

logró la diligencia, y no el efeto;

pues creyendo que el Rey la olvidaría

viéndola muerta, ya la industria mía

lo dispuso de suerte que el entierro

de secreto se hiciese, porque el yerro

del Rey ocasionado,

no provocase al pueblo despechado.

Pues sana Porcia de la injusta herida

en una humilde aldea está escondida,

y de un fiel criado acompañada,

de cuyas canas vive asegurada,

viniendo solo a verme de secreto

o traje de villana. Mas ¡qué efeto

tan contrario aquel bien que imaginado

hace en su diligencia un desdichado!

Toda esta prevención, Laura, ha servido

de doblar el dolor a mi sentido,

pues aunque ya ha perdido la esperanza,

tiene en su amor el Rey menos mudanza.

Más cruel es conmigo,

más huye de mi vista y más le sigo,

más ciego en su deseo

cada instante le veo;

y en su pasión esquivada,  
para él, muerta Porcia, está mas viva.  
Pues ¿qué ha de hacer el corazón más fuerte  
contra un amor que pasa de la muerte  
y con tantos enojos,  
que ya no le recata de mis ojos?  
Pues el despecho del dolor que lloro  
le obliga a que atropelle mi decoro  
y el odio de su reino; pues su exceso  
y el ver que al Almirante tiene preso  
de tan injusto y riguroso modo,  
le ha quitado el amor del pueblo todo,  
y al verse en tal conflicto,  
honesta su pasión con el delito,  
por ser hecho en palacio, de tal suerte,  
que temo, Laura, que le dé la muerte.

LAURA. Pues si aun te mira el Rey como enemiga  
¿a qué entras en su cuarto?

REINA. Amor me obliga

porque tanto le adoro,  
que cuanto más ofende mi decoro,  
como su pena con mi ofensa crece,  
me lastima también lo que padece.  
Y así, por ver si puedo consolalle,  
con la música aquí vengo a buscallo,  
por divertirle, a ver si halla mi intento  
camino de vencer su sentimiento;  
que en un pecho que quiere tan constante.  
Sólo es pena la pena de su amante.

LAURA. De su pasión, Señora, arrebatado,  
se descubre sentado  
allí el Rey, y yo pienso  
que es un bulto de piedra en lo suspenso.

REINA. (A los músicos).  
Cantad pues, y divierta su tristeza,  
aunque no me agradezca la fineza.

MÚSICA. Para que muera quien quiere  
basta su propia pasión;  
que al amor, para matar,  
lo sobra todo el rigor.  
Quien muere de amor  
no ha menester más dolor.

REY. ¡Oh qué de alivio he debido  
al sentido de esta voz;  
que el último bien de un triste  
es padecer con razón!

¿Quién a divertir mis penas

os manda entrar aquí?

REINA. Yo.

(Levántase el Rey).

REY. ¿Vos, Señora? (Ap. ¡Oh cuánto siento que de la Reina el amor haga finezas por mí que no paga el corazón! No siento el verla por ser causa de mi mal, sino por verme ingrato delante de mi propia obligación).

REINA. Si el verme acaso os enoja, templáos y oídme, Señor; que yo no vengo a quejarme sino a aliviaros a vos.

Padecer vuestro desprecio pena es grande y sinrazón; mas en quien como yo quiere no es aquesta la mayor.

Veros a vos padecer es la pena más atroz; de esta vengo yo a aliviaros, y a aliviarme también yo.

No me trae mi pena a veros; que como tan vuestra soy, la que no es vuestra, por mía no le ofende al corazón.

La vuestra, Señor, me arrastra, porque en vuestro pecho estoy, y es la pena que te hiera en vos una y en mí dos.

No ser yo correspondida es de mi estrella rigor; no os culpo a vos, sino a mí, pues fue mía la elección.

Que deis a otro amor el alma tampoco os culpa mi amor, porque lo que en mí es destino también puede serlo en voz.

Lo que os culpo es el sentirlo cuando la causa cesó, porque vuestro sentimiento es ya desesperación.

El amar fue gusto vuestro, la pena es mía y de vos; yo del amor os absuelvo, mas del sentimiento no.

El querer sin esperanza  
fineza es del corazón;  
pero el morir por perderla  
ni es fineza ni es valor.  
El mal que no tiene cura  
es menos por más atroz;  
que el no haber ningún remedio  
es el remedio mayor.  
Desesperarse en la pena  
no es acción digna de vos,  
porque es dar a los sentidos  
más poder que a la razón.  
Viendo que el dolor es mío,  
fomentarle es gran rigor:  
que yo el no amarme os disculpo,  
pero el maltratarme, no.  
Por cortesano y galán  
os templad en la pasión;  
cuidad, Señor, de la vida,  
que la perdéis por los dos.  
A esto vengo solamente;  
hacedlo, Señor, por vos;  
que aunque es mío el interés,  
por mí os pido con temor.  
La vitoria del olvido  
la da el tiempo a la razón;  
si habéis de rendirla al tiempo,  
dádsele a vuestro valor,  
o a mis ojos, si ellos pueden  
alguna cosa con vos,  
para que os deba mi llanto,  
lo que no puede mi amor.  
REY. Señora, mi sentimiento  
al veros no es adversión  
que os tengo, sino pesar  
de ver mi delito yo,  
debiéndoos tantas finezas  
como reconozco en vos.  
El verme ingrato me obliga  
a que os mire con horror;  
ni el serlo ni el enmendarlo  
está en mi mano, pues son  
acciones de un albedrío,  
sin quien padeciendo estoy.  
Desta culpa no sois parte,  
pues cuando os vi, ya mi amor  
había labrado el hierro

de su tirana prisión.  
Hago testigo a los cielos  
que, conociendo mi error,  
hasta romper las cadenas  
ha probado la razón.  
Mas yo no puedo, yo muero;  
y tan de mi pena soy,  
que del desear mi alivio  
no está en mi mano la acción.  
Ya yo estoy sin esperanza,  
ya faltó causa a mi amor;  
luego el padecer sin ella  
no lo puedo querer yo.  
Pues si ningún bien espero,  
¿tan gustoso es un rigor,  
para que sin esperanza  
le fomite el corazón?  
De Esto, Señora, es violencia  
de mi estrella y su traición,  
su fuerza fatal me arrastra  
contra todo mi valor.  
Yo me veo en el estado  
más infeliz que se vio,  
fluctuando entre congojas,  
la nave de la razón.  
De aborrecer a quien ama  
o amar al que aborreció,  
sobre cuál es mayor mal  
hay una incierta cuestión,  
y es tan cruel la malicia  
de mi destino traidor,  
que por no errar el más grave  
me los junta todos dos.  
Yo aborrezco siendo amado;  
mas no a vos, Señora no,  
sino a mí, y aborrecido  
adoro una sinrazón.  
Mas aunque digo que adoro,  
ni sé si adorando estoy,  
ni si es ya amor quien me mata  
o la desesperación.  
Lo que yo sé es que me abraso,  
que mi muerte es mi dolor,  
que ya soy... Pero tampoco  
sé yo de mí lo que soy.  
Ni qué hay en mí. Finalmente,  
es tanta mi confusión,



que si algo sé cierto es sólo  
que no sé entenderme yo.

Lo que os suplico, Señora,  
es que viendo cómo estoy,  
me dejéis morir sin verme  
por aliviarme el rigor;  
que no es excusar mi muerte,  
sino honestar mi pasión,  
pues sin vos, de infeliz muero,  
y de grosero con vos.

REINA. Si yo, Señor, entendiera  
que os aumentaba el dolor  
mi presencia, no os buscara;  
mas culpa es de mi atención.

A aliviárosle he venido,  
no a quejarme; mas si vos  
aun esto tenéis por pena,  
ya os dejo, y palabra os doy  
de no volveros a ver  
hasta que entienda mi amor  
que vos tenéis gusto dello.

Mas ¡qué ignorante que soy!  
¿Vos tenéis gusto de verme?

¿Será posible, Señor?

No lo creo, y aún lo espero;  
que un tan firme corazón  
puede apartarse del bien,  
mas de la esperanza no.

Yo os doy la palabra pues  
de no veros... ¡Ciega estoy  
pues no la puedo cumplir  
teniendo imaginación.

De que vos no me veáis  
es la palabra que os doy,  
y de no veros la diera,  
a estar sin memoria yo  
y pluguiera a Dios pudiera  
a costa de mi dolor  
y a pesar de toda el alma,  
borraros del corazón;  
que si os ofendo en quereros,  
aunque es mi gloria mi amor,  
por no daros un disgusto  
me privara de un blasón.

Sólo lo que puede aquí  
precipitarme a un furor  
es ver que el mudar la queja

a ruego e intercesión  
no merezca, y cuando veis  
que no es mi pena menor,  
ni con el silencio obligue  
ni lastime con la voz;  
y sea tal la tiranía  
de una ingrata condición,  
que atropelle los delitos  
para dar... Mas ¿dónde voy?  
¡Jesús, qué descompostura!  
Perdonadme, gran Señor:  
de mi pasión yerro ha sido;  
no me culpéis, que si a vos  
la pasión también os vence,  
no soy tan valiente yo.  
Yo iba a deciros... Ya sé  
que aquí cansándoos estoy.  
Digo pues... Pero no digo;  
que esto será lo mejor.  
Guarde el cielo a vuestra alteza.  
Mas antes de irme, Señor,  
por no volver a buscaros,  
para errar sin intención,  
una merced os suplico.  
REY. Solo espero vuestra voz.  
REINA. El pueblo del Almirante  
siente la injusta prisión;  
ya sabéis vos lo que a un noble  
ciega un despecho de honor;  
que le perdonéis...  
REY. Cesad,  
Señora, que esa razón  
puede sólo a vuestros ojos  
descomponerme al furor.  
¿Yo perdonar a un tirano,  
que bárbaro se atrevió  
a cometer a mis ojos  
desacato tan atroz?  
Yo, a una mano que dio muerte...  
Mas estáis delante vos,  
y sois freno de mis iras;  
pero el reportarme yo  
por vos, es daros aviso  
de que será en mi rigor  
apresurar su castigo  
el pedirme su perdón. (Vase).

ESCENA II

LA REINA, LAURA, MÚSICOS.

REINA. Laura, ¿habrá mujer alguna,  
por desdichada que sea,  
que tan ajada se vea,  
como yo, de la fortuna?

Mi fe esta atención le debe,  
mi venganza es el sufrir.

LAURA. Señora, amar sin reñir,  
es como beber sin nieve;  
entre los que quieren fino  
es delito la decencia,  
porque es amor sin pendencia  
peor que olla sin tocino.

UNA VOZ. (Dentro).

Tenedle.

OTRA. (Dentro).

Por aquí va.

REINA. ¿Qué es esto?

ESCENA III

TORREZNO. -DICHOS.

TORREZNO. Llegó su hora

Federico es, gran Señora,  
que de dolor loco está;  
y con su pena amorosa  
ha dado en tal disparate,  
que anda a buscar quien le mate,  
para ir a ver a su esposa.

REINA. Síguete pues.

TORREZNO. Eso no.

REINA. ¿Por qué no, viéndole así?

TORREZNO. Porque él no me mate a mí,  
sobre que le mate yo.

REINA. Ve tras él, y en sus rigores  
no al riesgo le desampares.

¡Ay, Laura! que mis pesares  
van caminando a mayores. (Vase).

LAURA. Ve corriendo como un potro.

TORREZNO. Si haré, mas corriendo no;  
que no he de matarme yo  
porque no se mate el otro.  
(Vanse).

Parque. -A un lado una torre con ventana de reja.

ESCENA IV

PORCIA, vestida de villana.

Llevada de mis pesares,  
por este parque secreto,  
con el disfraz de este traje  
a ver a la Reina vengo,  
por saber de Federico  
y de mi padre, que preso  
padece injustos rigores  
de un poder tirano y ciego.  
¿A quién le habrá sucedido  
la desdicha en que me veo?  
Pues de la Reina obligada,  
a declarar no me atrevo  
a mi padre ni a mi esposo  
que estoy viva; y si lo intento,  
sobre ofender a la Reina  
en no guardar el secreto,  
el Rey está en su pasión  
más encendido y más ciego;  
con que a callarlo me obliga  
de mi propio honor el riesgo.  
Y me veo con un padre  
que por mí está padeciendo,  
y un esposo a quien adoro,  
de mi misma muerte muerto,  
sin poder darles aviso,  
para que rinda el aliento,  
que escapé de las heridas  
al rigor de mi silencio.  
Esta torre, que corona  
de aquesta muralla el lienzo,  
es la prisión de mi padre,  
y por esta reja suelo,  
siempre que vengo a palacio,  
escuchar su triste acento.  
Y agora, según escucho  
de la cadena el estruendo,  
parece que a ella se acerca.  
(Óyese ruido en la torre como de cadenas).

#### ESCENA V

EL ALMIRANTE, a la reja. -PORCIA.

ALMIRANTE. (Dentro).

¡Ay de mí!

PORCIA. Él es. ¡Qué haré, cielos!

ALMIRANTE. (Asómase).

Prisión esquiva de mi triste suerte,  
perpetua en mí serás, no resistida;

pues cuando yo de ti tenga salida,  
quedo en la mi culpa, que es más fuerte.  
De la cadena el duro son divierte  
el que la arrastra a su esperanza asida;  
mas ¿por qué parte esperará la vida  
quien preso está porque se dio la muerte?  
Yo maté a Porcia, yo mi error confieso;  
siendo juez y verdugo mi violencia,  
con mi delito castigué mi exceso.

Válgame del llorar la diligencia  
que no hay a qué apelar, pues estoy preso  
después de ejecutada la sentencia.,

PORCIA. ¡Válgame el cielo! ¿Es posible  
que yo le he de estar oyendo  
sin hablarle? Pues el rostro  
de este volante cubierto  
tengo, he de llegarle a hablar,  
Señor, ¿qué hace tan suspenso  
en esa reja?

ALMIRANTE. ¿Quién es?

PORCIA. ¿No me ve que de ese pueblo  
vecino soy aldeana?

ALMIRANTE. No eres sino ángel del cielo.

(Ap. ¡Válgame su providencia!

Qué parecida en el eco  
de la voz es a mi hija).

Llégate acá, y quita el velo  
del rostro, que sol tan puro  
está ofendido encubierto.

PORCIA. Oigan, oigan, ¿me enamora?

¡Mi señor, que es ya muy viejo!

ALMIRANTE. Si enamoro, porque estoy  
viendo en ti el retrato mismo  
de una hija que perdí.

PORCIA. ¿Cómo la perdió?

ALMIRANTE. Muriendo  
al rigor de mi violencia,  
más tirana que el empeño.

PORCIA. ¿Qué me cuenta? ¿Luego él es  
aquel señor que está preso  
porque dio muerte a su hija?

ALMIRANTE. Yo soy quien hizo ese yerro.

PORCIA. Malos años para vos.

ALMIRANTE. Llégate más; que es consuelo  
de mi pena haberte visto.

PORCIA. ¿Tanto a su hija me parezco?

ALMIRANTE. Pienso que tú eres la misma.

PORCIA. Pues no lo piense tan recio,  
que me mate a mí también.

ALMIRANTE. No haré; porque en ti estoy viendo  
el retrato de mi hija,  
y le miro sin el riesgo  
de mi honor; con que en ti hallo  
sin su peligro el consuelo.

PORCIA. Pues téngame por su hija;  
que yo por padre quiero,  
y vendrá a verle las tardes.

ALMIRANTE. Me darás vida y aliento  
si eso haces. Dame la mano.

PORCIA. Si haré. (Dale la mano).

ALMIRANTE. Mil veces la beso.

PORCIA. Pues dígame, ¿arrepentido  
no está ya de haberla muerto?

ALMIRANTE. ¿En mis lágrimas no ves  
señas del dolor que siento?

El corazón a los ojos  
sale en mi llanto deshecho,  
y esto me sirve de alivio,  
porque como viva tengo  
a Porcia en el corazón,  
en lo que lloro la veo.  
¡Ay Porcia, prenda del alma!  
Pero cuando considero  
el peligro de mi honor,  
tanto en mi furor me enciendo,  
que no sólo arrepentido  
no estoy del haberla muerto,  
mas si la volviera a ver  
viva con aquel empeño,  
otra vez a puñaladas  
la volviera a matar.

PORCIA. ¡Fuego!

ALMIRANTE. Escúchame, no te vayas.

PORCIA. No haré tal.

ALMIRANTE. Ya me arrepiento.

Escucha, aguarda, hija mía.

PORCIA. Quedo, padre; que no quiero  
ser su hija.

ALMIRANTE. Pues ¿por qué?

PORCIA. Porque si tanto parezco  
a su hija, e imagina  
que lo soy, no sea que fuego  
le tiente el diablo a pensar  
que me ve en aquel empeño.

ALMIRANTE. ¿Sabes tú lo que es honor?

PORCIA. Pues ¿he de ignorarlo? Bueno;  
muy bien sé lo que es honor,  
que también allá en el pueblo  
el cura nos lo pedrica.

ALMIRANTE. Pues si lo sabes, ¿fue exceso  
el darla muerte, no hallando  
a mi honor otro remedio?

Fuera mejor que quedara  
sin honra, y viva?

PORCIA. Y ¿del riesgo  
sacarla antes no pudiera?

ALMIRANTE. Ya yo probé aque se intento;  
mas me lo estorbó el poder  
de un tirano.

PORCIA. Si eso es cierto,  
no sólo hicisteis muy bien,  
mas si no lo hubieras hecho,  
yo misma las puñaladas  
me diera, viven los cielos,  
antes que perder mi honor.

ALMIRANTE. ¿Qué dices? ¿Tú hicieras eso?

PORCIA. No solamente lo hiciera,  
mas lo haré si llega el tiempo  
de repetirse el peligro.

(Ap. Mas ¡qué es lo que estoy diciendo!  
De mi honor arrebatada,  
he atropellado el secreto).

ALMIRANTE. Porcia, Porcia, tú estás viva,  
no me niegues el consuelo;  
descubre el rostro, hija mía.

PORCIA. Calle, Señor, ¿está ciego?  
¿No ve que soy aldeana?

ALMIRANTE. Hija mía ¿este contento  
quieres negar a tu padre?

Muévale el llanto que vierto  
en esta triste prisión;  
de estas canas que humedezco  
ten piedad.

PORCIA. (Ap. Mal haya, amén,  
la fe que debo al precepto  
de la Reina).

ALMIRANTE. Porcia mía,  
ven acá.

PORCIA. ¿Porcia? ¡mi agüelo!  
Yo, Señor, me llamo Antona.

ALMIRANTE. No es posible; que ese aliento

es hijo de mi valor.

PORCIA. ¡Ay de mí! que gente siento.

ALMIRANTE. ¿Te vas?

PORCIA. Señor, oigo pasos.

ALMIRANTE. Pues ¿de qué tienes recelo?

PORCIA. Tengo mi ganado allí,

y hurtaránme algún cordero

si me descuido. Adiós, padre.

ALMIRANTE. Hija...

PORCIA. Yo volveré luego.

ALMIRANTE. ¡Ay de mí! El alma me llevas;

mas según me considero,

juzgo que no puede ser;

que ha mucho que no la tengo.

(Quítase de la reja)

#### ESCENA VI

PORCIA; luego, FEDERICO y TORREZNO.

PORCIA. Cielos, aquí viene gente;

allí retirarme quiero.

FEDERICO. (Dentro).

No te has de ir, traidor.

TORREZNO. (Dentro).

Señor,

tente; que ya te obedezco.

PORCIA. Veré quién son, encubierta

destas ramas.

(Retírase al fondo, y salen riñendo Federico y Torrezno).

FEDERICO. Vive el cielo,

traidor, que me has de matar.

TORREZNO. ¿No lo dije? Dicho y hecho.

PORCIA. Federico es, ¡ay de mí!

¿Qué haré? Mas desde allí puedo

verle yo sin que él me vea.

(Escóndese entre los árboles).

FEDERICO. Saca, villano, el acero.

TORREZNO. Le gasté esta primavera.

(Ap. ¿Que haya sido yo tan necio,

que al parque tras él me venga,

donde socorro no tengo?

¿Cómo podré entretenerle?)

FEDERICO. Sácale, infame, o yo mesmo

te le arrancaré, y será

para matarte primero.

TORREZNO. Tente, Señor, vesle aquí.

(Saca Torrezno la espada).

FEDERICO. Pásame agora este pecho



mil veces.

TORREZNO.                   ¿Mil han de ser?

Y aún son pocas.

TORREZNO.                   (Ap. ¡Qué haré, cielos!)

Y ¿quién las ha de ir contando?

FEDERICO. ¿Eso preguntas? Tú mismo.

TORREZNO. Yo no sé contar, Señor.

FEDERICO. Pues yo contaré.

TORREZNO.                   No quiero;

que no acabarás la cuenta

si te mueres a las ciento.

(Ap. ¡Hay más terrible locura!)

FEDERICO. ¿Qué esperas? Mátame luego.

TORREZNO. Déjame llamar quien cuente.

FEDERICO. No, traidor; que ya te entiendo.

TORREZNO. (Aparte).

Acabóse. Cristo mío

¿qué haré aquí?

FEDERICO.                   ¿Qué esperas, necio?

¿Quieres que te mate yo?

TORREZNO. No. Señor. (Ap. Pues vive el cielo,

que si aprieta, le he de dar;

ello no tiene remedio).

Pues ¿no me dirás qué gusto

puedes esperar muriendo?

FEDERICO. ¿Eso dudas? No penar,

no verme como me veo,

sin Porcia; ser fino amante,

y quitarte a mi tormento,

con una muerte de alivio,

mil de dolor que padezco;

ir el alma, que está unida

en un amoroso incendio

a la suya, donde está;

y en lazo apacible y tierno

lograr su amada presencia,

gozar sus dulces afectos;

que esto es vida solamente,

y muerte la que yo dejo.

TORREZNO. Y ¿sabes tú dónde está?

FEDERICO. Pues ¿hay duda que en el cielo?

TORREZNO. Y ¿si errases el camino,

y te fueses al infierno?

FEDERICO. Yo he de ir donde ella estuviere,

porque soy suyo, y no puedo

dejar de seguir sus pasos.

Con ella he de verme luego,

que allá no hay reyes tiranos,  
ni padres hay tan sangrientos.

¡Ah bárbaros! ¡Ah crueles!  
Y tú traidor, que el remedio  
me estás dilatando aquí...

TORREZNO. (Aparte).

¡Virgen, cuál se va poniendo!  
Él perdió todo el sentido.

FEDERICO. ¿Qué esperas?

TORREZNO. Alto, esto es hecho;  
yo te mato.

FEDERICO. Pues acaba.

TORREZNO. Ah, sí... Ahora que me acuerdo  
(Ap. ¡Que no venga nadie aquí!)

Señor, ¿no llevas dinero  
para regalarla allá?

FEDERICO. El regalo es el afecto.

TORREZNO. ¿No te has de casar con ella?

FEDERICO. ¿A qué voy yo sino a eso?  
¿Qué lo dudas?

TORREZNO. Pues ¿no ves  
que están las almas en cueros,  
y habrás menester vestirla  
para la boda?

FEDERICO. ¡Hay tal necio!

TORREZNO. (Ap. Si esta treta no me vale,  
no hay que esperar otro medio).

Señor, ya que morir quieres,  
¿No es mejor morir más presto?

FEDERICO. Claro está.

TORREZNO. Pues una flor  
hay aquí, que si la encuentro,  
en tocándola a la espada  
te matará su veneno,  
sin decir aquí me duele.

FEDERICO. Búscala.

TORREZNO. Ya voy a eso.

FEDERICO. ¿Adónde vas?

TORREZNO. A Palacio.

FEDERICO. ¿Me dejas?

TORREZNO. No, sino huevos.

FEDERICO. ¡Ah, traidor, que me engañaste!  
¿Cuál es la flor?

TORREZNO. La del berro. (Vase).

## ESCENA VII

FEDERICO; PORCIA, oculta.

FEDERICO. ¿Qué es esto, cielos? Qué dolor tan fuerte es este que padece el alma mía?

Tanto tormento es ya vivir un día que el morir en alivio se convierte.

No es desesperación querer mi muerte si ha de acabar en mí esta tiranía; que no es contra mi vida la porfía, sino contra la vida de mi suerte.

Muerte cruel, si este renombre tienes, ¿por qué en su amparo con mi vida luchas, y irritada en el golpe te detienes?

Pero tú al que te llama bien te escuchas; no dejas de venir cuando no vienes, sino que quieres que padezca muchas.

(Porcia se aproxima, recatándose entre las ramas).

PORCIA. Solo está Federico. ¡Qué de enojos te doy, esposo mío!

Perdona el recatarme de tus ojos; que mayor mal te excusa mi desvío.

FEDERICO. Ya, cielos, sé yo el modo con que morir espero:

si me falta el acero, súplale la memoria, que lo es todo.

Ángel del cielo, cuya esfera pisa tu pie, alienta mi llanto, aunque tu gloria le convierta en risa, y pueda el dolor tanto, que me maten amor, ausencia y celos.

PORCIA. ¡Ah, quién pudiera consolarle, cielos!

FEDERICO. Sacar las prendas quiero que tengo tuyas, sírvanle de puntas al pecho, aquí están juntos.

(Saca los objetos que nombra).

Si a este dolor no muero, ¿de qué sirve el teneros tan guardadas?

¡Ay dulces prendas, por mí mal halladas este retrato suyo me dio un día con palabra de esposa;

¡Qué alegre estaba el alma! ¡Qué gozosa!

Pues cuando yo en la mano le tenía, de tres glorias gozaba:

que en él, en mí y en ella la miraba.

Mas ya ni en mí ni en ella

ni en él su imagen veo;

¿cómo, retrato, engañas al deseo?

¿También tú eres de parte de mi estrella?

Mas para que me maten las memorias

de mis perdidas glorias  
acuerdas las pasadas.  
¡Ay dulces prendas, por mí mal halladas!  
PORCIA. Perdóneme la Reina y su preceto,  
atropéllese el riesgo, y mi secreto  
no agravie esta fineza;  
que ya es mayor delito mi dureza.  
FEDERICO. Estos papeles, llenos de favores,  
son los que me escribía:  
en uno dellos celos me pedía;  
quien muriendo de amores  
estaba como yo, ¿qué sentiría?  
Siempre que estaba solo le leía.  
Papel de mi consuelo, ya has trocado  
el oficio y la suerte;  
pues busco en ti la muerte,  
añade este a los gustos que me has dado;  
mas ya tus letras son como borradas.  
¡Ay dulces prendas, por mí mal halladas!  
PORCIA. Yo salgo, aunque la Reina tenga queja;  
que más culpa es negarme a lo que adoro.  
FEDERICO. De en pura madeja  
ella misma cortó estas hebras de oro;  
¡Oh lazo hermoso y bello,  
serviste de prisión a mi albedrío,  
y agora te apercibes para el cuello!  
¿Háceslo como suyo o como mío?  
De ti mi muerte fío.  
Mas ya con el dolor me rinde el sueño.  
Prendas, pues de mi muerte os hago empeño,  
haced que no despierte;  
durmiendo, fácil es darme la muerte,  
pues sois glorias soñadas.  
¡Ay dulces prendas, por mí mal halladas! (Duérmese).  
PORCIA. ¡Ay cielos! De la pena desmayado  
u del sueño rendido  
Federico ha quedado:  
tanto en él ha podido  
mi muerte, imaginada en mis heridas.  
¡Ay esperanzas, por mi bien perdidas!  
¿Qué dureza resiste  
a tanta obligación? ¿Cómo replico  
a mi amor? Yo le llamo: -¡Federico!  
¡Esposo! -Mas (¡ay triste!)  
el Rey viene hacia aquí. (¡Mortal me siento!)  
¿Qué haré? que se me ha helado el movimiento.

ESCENA VIII

EL REY. -DICHOS

REY. Ya que mi dolor me irrita  
a la venganza que espero,  
de la sangre que por mí  
derramada en Porcia veo,  
mientras que en el Almirante  
se ejecuta mi decreto,  
al retiro deste parque  
solo a dar voces me vengo;  
muera el tirano cruel,  
que osó, bárbaro y sangriento,  
matar... Mas ¿qué es lo que miro?  
¡Federico es este, cielos!

PORCIA. (Aparte).

De turbada y temerosa  
ni huir ni moverme puedo.

REY. De Porcia es aquel retrato.

¡Que esto miro! ¡Que esto veo!

¡Que cuando afligido lloro,  
injurinado de desprecios,  
coronado de favores,

y con gustos halagüños,  
esté contemplando este  
el dolor que yo padezco!

¿Por ella, no estoy sin vida?

Pues ¿qué aguarda mi despecho,

que, de mi furor llevado,

con este puñal sangriento

a este traidor no le clavo

aquel retrato en el pecho?

PORCIA. (Aparte).

¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?

¡Ay de mí! que ya este riesgo

es más que el que yo temía.

REY. Torpe acción, injusto hecho

será matarle dormido;

mas ¿cómo desto me acuerdo

con el agravio a los ojos,

y a vista del duro infierno

de celos en que él me tiene?

El que discurre con ellos

no tiene discurso; ¡Muera!

PORCIA. (Ap. ¡Ay de mí, que agora muero!)

Federico, que te matan;

¡despierta, despierta!

FEDERICO. (Despierta).

¡Ay cielos!

PORCIA. Pues ya excusé su peligro,  
huya del mío mi aliento. (Vase).

#### ESCENA IX

EL REY, FEDERICO.

FEDERICO. ¿Qué es esto, Señor? ¿Qué intentas?

REY. (Aparte)

Mi valor me valga. El eco  
de aquella voz ¿no es de Porcia,  
que ya, desmintiendo el viento,  
se desvaneció a mis ojos?

¿Si esto fue ilusión, o el cielo  
con tal prodigio me avisa  
del error con que le ofendo?

FEDERICO. Señor, si matarme quieres,  
como lo muestra el acero  
en tu mano, acaba ya;  
débate lo que padezco  
este favor, y este alivio  
mis fatigados alientos.

REY. ¿Qué dices?

FEDERICO.                      Que me des muerte;  
y pues por tu causa pierdo,  
Señor, lo más de la vida,  
quítame también lo menos.

REY. Eso intentó mi furor,  
pero revocó mi intento  
no comprendido prodigio;  
mas si es tanto tu despecho,  
dátela tú; que de mí  
ya te ha defendido el cielo.  
(Vase, y déjale el puñal).

#### ESCENA X

FEDERICO. Sí haré; yo me daré muerte  
en mi dolor, suponiendo  
que también es el impulso  
de quien es el Instrumento.  
Cielos, que de mi congoja  
testigos sois y el tormento  
que padezco, sedlo aquí  
de que es piedad mi despecho,  
y no desesperación,  
pues para aliviarme muero.  
¿Qué esperas pues, mano osada?  
Intenta...

ESCENA XI

TORREZNO. -FEDERICO.

TORREZNO. ¡Válgame el cielo!

Señor, Señor, dame albricias.

FEDERICO. ¿Qué quieres?

TORREZNO. Que agora vengo  
de ver a Porcia.

FEDERICO. ¿Qué dices?

TORREZNO. Que deste parque saliendo  
la he visto.

FEDERICO. ¿Porcia está viva?

TORREZNO. Así estuviera mi abuelo.

(Ap. Una labradora he visto  
que era su retrato mesmo;  
con ella la he de engañar).

FEDERICO. Vamos allá.

TORREZNO. Vamos luego.

FEDERICO. ¿Porcia es viva?

TORREZNO. Como azogue.

(Ap. Con esto aliviarle pienso;  
que si él traga el perro agora,  
después, sabrá que era muerto).

(Vanse).

Salón del palacio.

ESCENA XII

EL ALMIRANTE, EL MARQUÉS, CRIADOS.

ALMIRANTE. Marqués, ¿dónde me lleváis  
con tal silencio? ¿Qué es esto?

MARQUÉS. Ya es fuerza que lo sepáis.

Almirante, vamos presto.

ALMIRANTE. ¿Por qué?

MARQUÉS. Porque a morir vais;  
el Rey lo manda.

ALMIRANTE. Es muy justo

no me turba la sentencia  
ni la muerte me da susto,  
que ya por su brazo injusto  
logró el mío esta violencia.

Con haberme condenado  
el Rey, la opinión desmiente  
que en el mundo me ha quedado,  
pues vivo como culpado,  
y muero como inocente;  
que el matar yo por mi honor  
a mi hija con despecho,

aunque lo apruebe el valor,  
mientras yo vivo es rigor;  
muriendo será bien hecho.

MARQUÉS. Vamos pues.

ALMIRANTE. Vamos, Marqués,

#### ESCENA XIII

LA REINA, DAMAS. -DICHOS.

REINA. Deteneos, esperad.

(Ap. Ya el postrer remedio es

mi desdicha; muera pues

mi amor, y no esta lealtad).

Marqués, con esta ocasión

decid al Rey que yo aquí

suspendo esta ejecución;

que yo daré la razón

a su alteza.

MARQUÉS. Harélo así.

(Vase con los criados).

#### ESCENA XIV

LA REINA, EL ALMIRANTE, DAMAS; luego, LAURA.

ALMIRANTE. Pues, Señora, ¿qué intentáis?

Cuando yo de mis congojas

voy a lograr el alivio,

¿vos con señas de piadosa

sois conmigo más cruel?

¿Tan buena vida, Señora

es la mía, que la muerte

vuestra clemencia me estorba?

REINA. Almirante, vuestra culpa

no es lo que pensáis, y ahora

lo veréis.

(Sale Laura).

LAURA. (Ap. a la Reina).

Ya está Roberto

esperando aquí con Porcia.

REINA. (Ap. Y el Rey viene al mismo tiempo,

mi resolución heroica

corre por mí, aunque esto sea

la parte más dolorosa).

Almirante, retiraos

a esta antecámara ahora,

que ahí hallaréis vuestra vida.

ALMIRANTE. Ya os obedezco, Señora.

(Vanse.)



ESCENA XV

EL REY, EL MARQUÉS, FEDERICO, TORREZNO, CRIADOS.

REY. ¿Qué dices, hombre, qué dices?

FEDERICO. Que a tus pies, Señor, se postra  
mi amor y mi rendimiento;  
y la acción más generosa  
que hizo mano liberal  
te pido, que es darme a Porcia.

REY. ¿Porcia está viva? ¿Qué dices?

FEDERICO. Señor, mi pecho te informa  
donde viva verla puedes.

TORREZNO. (Ap. al rey).

Señor, una labradora  
que se le parece mucho  
es la que dice, no Porcia;  
lleva adelante su engaño,  
pues con esto el juicio cobra.

REY. Traidor, villano, ¿un contento  
que olvidó mis penas todas,  
me desvaneces tan presto,  
aunque fuera engaño? Arroja,  
Marqués, aqueste traidor  
por ese balcón.

TORREZNO. ¡Pelotas!

Señor...

REY. Arrojadle al mar.

TORREZNO. Por la Virgen de la Aurora,  
que la echaron a un estanque,  
que tengáis misericordia.

ESCENA XVI

LA REINA, DAMAS, LAURA, PORCIA, EL ALMIRANTE. -DICHOS.

REINA. No le ofendáis, deteneos;  
quien dice que vive Porcia,  
dice verdad.

TORREZNO. Sí, Señor,  
viva está. (Ap. Démosle sogas,  
si el Rey también está loco).

REINA. La ejecución rigurosa  
suspendí del Almirante,  
porque si a ella te provocas  
por pensar que Porcia es muerta,  
aquí, Señor, está Porcia.

REY. ¡Cielos! ¿qué es esto que escucho?

REINA. Escucha, Señor, ahora.

Yo, Señor, viendo el peligro  
de tus penas amorosas,

y que tu ciega pasión  
te despeñaba traidora  
a un precipicio tan loco  
como al que ingrato te arrojas;  
viendo a Porcia con indicios  
de la vida que ya goza,  
de secreto la curé;  
y lo dispuse de forma,  
que hecho el entierro en secreto  
tuvieses por muerta a Porcia  
eso intentó mi fineza,  
creyendo mi fe amorosa  
que perdida la esperanza,  
cesaran tus ansias locas.  
Pero viendo que no cesan,  
que el dolor más te apasiona,  
que la inocencia padece,  
y mi mal no se mejora;  
que la dolencia de un triste,  
cuando a los hados enoja  
y le ofenden por destino  
con el remedio empeora;  
ya que vencerlos no puedo,  
quiero vencerme a mí propia,  
para que mi diligencia  
lleve de mí esta vitoria.  
Yo aquí, Señor, soy quien hago  
esta causa escandalosa;  
yo quien tu amor hace injusto,  
y cruel contigo a Porcia.  
Pues si por mí tantos males  
solamente se ocasionan,  
quiebren por mí las desdichas,  
y padézcalas yo todas.  
A Porcia tienes presente,  
cásate, Señor, con Porcia;  
que para que hacerlo puedas,  
yo elijo una celda sola,  
donde viviré contenta  
de ver que tu gusto logras,  
y que yo por él he hecho  
la fineza más costosa.  
Desde aquí me iré a un convento,  
donde moriré gustosa,  
como allí haya donde quepan  
mis lágrimas amorosas.  
PORCIA. No lo acete vuestra alteza;

y antes, Señor, que responda,  
sepa que yo he de morir  
mil veces.

REY. Detente, Porcia.

(Ap. ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?

¿Es posible que tan loca  
sea mi pasión, que no haya  
he conocido hasta ahora  
la estimación que merece  
la fe amante de mi esposa?

Y ¿que se haya de decir  
que una mujer valerosa  
supo vencer sus pasiones,  
cuando a mí me arrastran todas?

¿Yo no he de poder vencerme,  
y ella sí? ¡Oh luciente antorcha  
del desengaño, que alumbras  
cuando más tu luz importa!)

Señora, a vuestra razón  
no doy respuesta, ni hay otra  
sino el arrepentimiento  
que mis yerros me ocasionan.

Pero yo prometo al cielo  
que en mi amor se reconozca  
tal enmienda, que ella sea  
la satisfacción más propia.

Y porque tenga principio,  
Federico, dale a Porcia  
la mano.

FEDERICO. Y el alma en ella.

¡Ay dulce perdida gloria!

PORCIA. ¡Ay querido esposo mío!

ALMIRANTE. De vuestras plantas heroicas  
beso mil veces la estampa.

REINA. Ya fue mi pena dichosa.

TORREZNO. Laura, yo envido mi resto.

LAURA. Quiero.

TORREZNO. Pues con estas bodas  
y un vitor, da fin dichoso  
aquí Primero es la honra.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

